



Ruido en el corazón

UNA CANCIÓN ROCK NOVELADA

© Eloísa Nos Aldás (2012).

© Letras canciones Long Train y Ráfagas: Fernando López Sainz (Motel).

Diseño portada: Adam Brenes.

ISBN-13: 978-1480060128

ISBN-10: 1480060127

*La historia de Doro es un relato de ficción.
Las canciones son reales, pero sus protagonistas no.
O tal vez sí. En el día a día de estos personajes se mezclan
luces y melodías cercanas a nuestras vidas,
retazos de diferentes artistas.*

*Estas páginas beben de tantas experiencias compartidas.
Gracias a quienes habéis estado ahí en cada paso del camino,
leyendo sus diferentes versiones o nutriéndolas de R&R.*

ENA

Puedes escuchar la banda sonora original de la novela en
www.ruidoelcorazon.com

13 de septiembre. Anochece un martes...



*Esas calles que conoces se despiertan por la noche,
Como restos de un pasado, siempre envueltos en pecado.
Y los besos que pagabas resbalaban por tu espalda
Como flechas del amor que nunca encuentran la diana,
En una casa en llamas, o en un pequeño hotel,
En pensiones baratas...*

Con el amor propio en caída libre, Frank toca uno de sus temas originales cogido a su guitarra eléctrica. La persiana cerrada de este almacén del centro, tapada por pintadas, con esas bicis aparcadas a los lados, no es el escenario que soñaba al llegar a Madrid.



*Sentimientos que resbalan por debajo de una falda,
Partes rotas de un espejo que no devuelven las miradas,
En una casa en llamas, o en un pequeño hotel,
En pensiones baratas, en una casa gris
Cerrada y sin ventanas...*

Los rótulos de los comercios hacen las veces de iluminación para este músico de veintidós años que, como tantas otras tardes, durante dos horas ha recorrido sin micro el legado blues de Salomon Burke

y Muddy Waters plantado en este rincón de paso.

Barba de varias semanas, vaqueros ajustados, camiseta negra sin mangas... Frank sería el vivo retrato del Springsteen del '75 de no ser por esa mirada tan apagada. Le asquea que su voz venida a menos parezca mendigar cada pedazo de euro que golpea hueco la funda acolchada de su guitarra.

Sin tiempo ni ganas de más, desconecta su amplificador. Recoge el puñado de monedas esparcidas por el terciopelo azul haciendo equilibrios en cuclillas y acuesta en su lugar su cascada Stratocaster color madera antes de acercarse a intercambiar repertorio con un camello amigo que fuma en la penumbra.

Con sus bártulos y lo que ha pillado para colgarse como equipaje, deja que la boca del metro le succione hasta el angosto cuarto de su pensión. Allí, tirado en la cama, rodeado de las broncas, ronquidos y polvos por horas que atraviesan los tabiques, finos como el papel de fumar que maneja entre sus dedos, Frank repasa los acordes de su insatisfacción tras dos años fuera de su barrio.

Demasiadas horas de montaje de escenarios, de afinar instrumentos para otros, repartiendo maquetas, esperando respuesta, para acabar actuando en las calles.

—Joder... No puedo más... —comparte en voz alta con el ronroneo de la ciudad. Harto de esa llamada que no entra, consciente de que esta no era su apuesta, se pregunta si es hora de abandonar—. Me piro... —

largos silencios separan sus balbuceos—. Sí... Fin del trayecto... Vuelvo a casa... —acepta con sabor a fracaso, como si oír sus pensamientos le ayudara a tomar la decisión.

“Dejaré de meterme... Montaré mi propia banda...”, sigue dándole vueltas a la idea mecido por el traqueteo del pasillo. “*Rosa's Motel...*”, rueda un posible nombre por su mente. “No, *Long Train...*, por el metro interminable que he cogido cada noche..., por el ‘Downtown train’ de Tom Waits..., porque el camino de vuelta va a ser largo, tío...”.

Otro 13 de septiembre tres años más tarde. Noche cerrada. Sábado

Con la acera por cama, Doro acomoda la cabeza en un espacio mullido de su mochila. Acurrucada contra la tapia de la estación de autobuses de Dublín, por mucho que se estira la cazadora, no consigue evitar que el frío de la madrugada le cale por la cintura. Tiene el móvil perdido en un bolsillo, sin batería.

Para no sentir, canturrea por dentro el hit de los Kinks que su madre, Lola, le tarareaba de niña como nana subversiva: “*Lola, Lo-lo-lo-lo Lola...*”. Se imagina junto a ella, hechas ovillo en su cama, bien agarradas, como esos días antes de venirse a Irlanda en los que han hecho de tripas corazón para sobreponerse a la muerte de su padre, todavía no hace un año.

Huyendo de la morriña de la canción anterior, Doro cambia de compañía con Los Suaves: “*Las vueltas que da la vida, el destino se burla de ti, dónde vas bala perdida, dónde vas triste de ti, dónde vas...* ¿Quién me mandaba a mí meterme en este lío?”, tiritita sola en la oscuridad. Se siente al límite, pero no llega a arrepentirse del todo. Acaricia entre sus dedos la púa que ha recuperado del suelo al final del concierto de Cage the Elephant. “Mejor equivocarse que quedarse con las ganas”.

Sin abrir los ojos, comprueba con un movimiento reflejo que sigue a su lado el póster

gigante bien enrollado que ha comprado para su amigo Pablo en un sótano-mercadillo, su segunda casa muchas mañanas de sábado. La primera vez que dio con esta lengua de más de un metro de los Rolling Stones, rojo sobre negro, pensó en su padre, pero a él ya no se la podía llevar.

En cada sitio que ha estado este verano, algo le ha recordado también a Pablo, a las anécdotas y confidencias que compartieron de pupitre a pupitre el curso pasado, a las canciones que él le escribía con su Bic azul mordisqueado en los márgenes de la mesa de clase; a las veces que, a solas con él, Doro maldijo el “puto cáncer” que se ensañó con su padre siendo tan joven.



A la misma hora, casi la una de la mañana, en un callejón del barrio

El ambiente caleidoscópico del Hard Time gira sobre un oleaje humano que arrastra a Pablo, asfixiado de calor, frente al escenario en el que sueña tocar algún día. Fuera, el luminoso de la sala, engalanado con pequeñas bombillas que imitan la estética de los '50, anuncia el concierto de esta noche: Long Train actúa en casa.

Frank y su banda se dejan la piel sobre las tablas con una lona negra desnuda de telón de fondo y unos

focos a sus pies que trazan las sombras de sus siluetas como si los faros de dos coches les lanzaran destellos desde el público.

—No hay noche sin blues...

En cuanto Pablo escucha a Frank presentar entre jadeos un blues prestado de Perros de Paja, echa mano del móvil para que Doro pueda escuchar con él desde Dublín un tema que no conocen, pero “no está disponible”.



*Tranquila mi vida, tú has nacido para brillar
En la noche más oscura o en la mañana más fría.*

Cogido con las dos manos al pie del micrófono, su guitarra por bandolera, Frank revive con roncocos gemidos fantasmas del pasado. Hace hablar a la canción desde la tarima sin artificios del Hard:



*Recuerda, que solo resbala quien se pone de pie
Tras el último tropiezo.
No te preocupes por mí, yo nací para coger el
próximo tren.*

Las tornas se han girado. Al contrario que en las calles de Madrid, ahora los últimos minutos son los

que Frank dedica a las versiones. Tras tres años de maquetas, mucha carretera y horas y horas en las redes sociales, Long Train se ha forjado un nombre en el panorama *underground*. Incluso algún que otro músico más conocido que ellos se deja caer por sus directos en batidas de espionaje musical.

Desde primera fila, la mirada aprendiz de Pablo derrapa con Frank, que pisa a fondo la distorsión y cierra el tema con su eléctrica muy cerca del amplificador, acunando el retorno hasta que muere todo sonido. De una zancada, con una de sus habituales piruetas del ánimo, como volviendo de muy lejos, Frank encara otra vez esos rostros pendientes de él y empieza a balancearse con el riff del “Maneras de vivir” de Leño.

Extraños y conocidos botan y se agarran por la alquimia del directo. Pero Pablo no se abandona a la fiesta. Sin dejar de sentir, apoyado contra la pared a un lado del espectáculo, disecciona cada pose de Frank. Analiza su rock como si estuviera en clase de conservatorio:



*Te busco y estás ausente, te quiero y no es para ti,
A lo mejor no es decente, maneras de vivir.*

—Ahora sí nos vamos —se despide Frank—. Gracias por compartir viaje en este vagón de 2ª clase.

Hasta otra...

Alguna gente anda todavía en la barra a por su última copa o metiéndose algo en el baño. Otra, ofreciéndose para dormir.

14 de septiembre. Primeras horas de la mañana del domingo

Al llegar por fin al aeropuerto de Dublín, a salvo de esas horas nocturnas de desconcierto, Doro ha enchufado su teléfono en los lavabos para contarle a Pablo por lo que ha pasado. Sucia y destemplada por dormir en el suelo a la intemperie, le han bastado un par de minutos hablando con él para reactivarse.

—¿Al final Ráfagas? ¿Qué sois, una orquesta para bodas, tío? —se falta Doro con el nombre que ha elegido Pablo para su grupo de rock.

Pablo convirtió en proyecto su ilusión de tener una banda de rock fantaseando con Doro una tarde de noviembre tirados en su portal:

—Podríamos ser un dúo superglam, a lo White Stripes.

Para distraerla de lo de su padre, la retó a que le mostrase sus dotes musicales, pero no hubo manera. No encontró de dónde sacar. Doro ni afinaba al cantar ni llevaba el ritmo:

—¡Ni con una pandereta! Y no bastará con tu increíble sonrisa —se rindió Pablo.

Sintiéndola parte del plan, estos dos meses de vacaciones que Doro ha estado en Irlanda, Pablo le ha escrito casi a diario sobre cómo montaba Ráfagas. Contento de volver a escucharla, se esfuerza por no

quedarse dormido:

—“Ráfagas” es una versión que grabaron Los Secretos cuando se pillaron con la heroína y les costaba cerrar ideas para un nuevo disco —apenas vocaliza resacoso al otro lado de la línea tratando de justificarle a Doro su elección.

—¡Ah! Entonces me callo —le vacila ella otra vez.

Incomprendido defensor del embrujo de Enrique Urquijo, a Pablo le afecta que su amiga no le tome en serio:

—Venga, cuelga ya. Perderás el avión. Te veo luego. Pásate sobre las ocho por el local de ensayo — Pablo se incorpora en la cama. Para él, ocupar un lugar en las salas de ensayo del barrio es el primer gran paso hacia su meta. No aguanta un solo minuto más sin darle la primicia a Doro—. Estamos pared con pared con el de Long Train, donde el montacargas.



Bajo los tonos de luz de las ocho de la tarde

Liberada de la manga larga y las botas y enfundada en su minifalda y sus tirantes, Doro avanza por el dibujo familiar de las aceras del barrio, feliz por estar de vuelta. Sin importarle su bronceado blanco musgo de trabajar todo el verano bajo neones de cervezas en un pub irlandés, siente la pérdida de su padre más pesada que en la distancia, pero le impulsa

la sensación de que esta vez le toca algo bueno.

En pocos minutos, sus zapatillas rojas crujen sobre la gravilla del polígono industrial donde se esconden los locales de Ráfagas y de Long Train. El tenue eco de los grupos que ensayan en el interior de la nave le marca la dirección. Llama al timbre. Por contestación, solo guitarrazos y golpes de batería. Ansiosa, prueba al móvil de Pablo, que casi de inmediato abre la inmensa puerta metálica.

—Pasa —la invita con cierta timidez tras un fuerte abrazo espontáneo.

—Te la presto, para que te de suerte —se desprende Doro de la púa del directo de Cage the Elephant nada más verle.

Doro y Pablo entran en el local como a cámara lenta, con la emoción de los grandes acontecimientos. Doro saluda a los otros tres Ráfagas y se repliega sobre la pisoteada moqueta, a un lado de los amplificadores, preparada para castigar sus tímpanos. Pablo, Raúl, Dani y Sergio retoman sus posiciones.

Ráfagas es del mismo corte que Long Train, con la misma piel de rock and roll, pero todavía sin curtir. En Pablo, cantante y guitarra, como en Frank, se junta técnica y alma. Los demás Ráfagas están en el grupo un poco de rebote, a la caza de chicas. Comparten pocas influencias musicales, pero se beben la vida a morro a una. Okupas de temporada en un garaje cochambroso insonorizado con hueveras de cartón, los cuatro se han tirado todo el verano encerrados sudando la gota gorda

entre viejos trastos y bicicletas antes de ponerse de acuerdo para alquilar este local.

Para ellos y para quienes se acercan a verles, estos ratos en los locales de ensayo que les calan hasta la ropa interior de olor a humo y humedad son los mejores de la semana. Cargados de intimidad. Sin apariencias ni imposiciones. Su guarida de libertad, para encontrarse, para evadirse. En estos metros cuadrados repletos de amplificadores, atriles, fundas e instrumentos, no son como han de ser, sino como quieren ser. Nada de buenos chicos. Nada de chicas buenas. Desnudan sus instintos con la música. Transpiran su energía. Se adentran en la trastienda del rock.

15 de septiembre. Lunes de inicio de curso



*Bocadillos de fracaso se me escapan de las manos,
Yo me arrastro a recogerlos.
Sabes bien que estoy borracho cuando digo
que te quiero.
Hay una fiesta en el lavabo.
que se pare el mundo entero... El mundo entero.*

La canción de Long Train que tiene Doro como alarma de su móvil se cuela en sus sueños y la saca poco a poco de su profundo descanso. Nada que ver con el sobresalto del amanecer del largo día anterior, tirada en la calle, helada, mecida por la bota de una enorme policía en las costillas como despertador. Doro no entendió nada de lo que le gritaba aquella mujer de acento irlandés tan cerrado, pero le quedó claro que allí no podía dormir.

“Adiós, fin de semana”, se mentaliza frotándose los ojos sin ganas de salir de la cama. Como otras mañanas, apunta con el mando a distancia hacia su equipo de alta fidelidad, el último regalo de su padre, y se sirve una ración de música a todo volumen. “Allá voy otra vez, segundo de Bachiller”. Las horas apuradas anoche en el local de ensayo le pesan en los párpados, pero se despega las sábanas y salta de la cama a ritmo de rock and roll. Cuando está feliz, recorre la distancia

hasta el baño bailando; cuando tiene un mal día, usa cada nota para tomar aliento.

Desde que solo son dos, Doro y su madre cumplen el pacto implícito de “no más malas caras en casa”. El rol de madre de Lola se suicidó con la pérdida de su compañero. Mano a mano, madre e hija, como viejas amigas, han conseguido sentirse pocas veces solas en el último piso de nueve al final de la pequeña avenida en la que viven. Ninguna cierra nunca la puerta de su cuarto. Bien abierta. Entrada libre.

—¿Qué es ese ruido que retumba en tu habitación, macarra? —barrunta Lola mientras desayunan—. Con lo tranquilita que he estado todo el verano —sonríe a su hija con la mirada.

—¿Ruido? Tú sí que eres ruido —le pone una caraza cariñosa Doro a su madre—. Es Ráfagas, la banda de Pablo, grabados a pelo en el local de ensayo. Suena a directo.

—Para escuchar esto de buena mañana tiene que gustarte Pablo.

—¿A qué viene eso? —habla con la boca llena Doro, que acaba de engullir una cucharada de leche con copos de avena—. Somos colegas.

—Colegas repetidores —siente Lola que tiene que ponerle las pilas a su hija en su primer día—. No os va a ir mal estar en clases separadas. A ver si así no volvéis a perder curso.

—Qué tendrá que ver. Sabes mejor que nadie

por qué la cagué el año pasado...

Lola bloquea el dolor por la muerte de su pareja que Doro acaba de destapar:

—¿Y Pablo...? Entonces es él el que se despista contigo —trata de salir del atolladero.

—Y dale. Que noo. Lo suyo es la música. Es un puto crac. Se pasa las tardes en el conservatorio. Quiere vivir el rock y del rock. Apuesta por su vocación, como yo.

Doro dio con su opción viendo trabajar a su padre en la penumbra de su despacho, entre un caos de libros tocho, con el tocadiscos sonando bajito. Curioseando a su alrededor, intrigada por las ilustraciones de los artículos que leía tan concentrado, creció en Doro el gusanillo de la Medicina.

—Pues yo te veo con Pablo —sigue Lola distraendo su duelo picando a su hija.

—Ni con él ni con nadie, pesada —le corta Doro hundiendo el rostro en su tazón para apurar la leche y ocultar así su mentira, porque sí que hay alguien a quien se desayunaría.

28 de septiembre. Una de esas tardes que no se olvidan

Con el nervio de quien está muy cerca de lo que más desea, Doro hace un esfuerzo inhumano por estudiar sentada a la mesa de la cocina en casa de su amiga Alexia, que también se revuelve nerviosa en la silla junto a ella:

—¿Pongo música? No soporto más a mi hermano. Lleva toda la tarde dando por culo con la misma cancioncita. ¿No te molesta?

—Yo a ese ni lo oigo, mira si ando metida en la célula —responde Doro convencida sin levantar la vista del libro de Biología. Desde que ha llegado, no ha despegado el oído de lo que intenta componer Frank en su habitación. Alexia, la mejor amiga de Doro desde el colegio, es la hermana pequeña de Frank *Long Train*.

Cuando parece que por fin Doro empieza a concentrarse, el cantante se asoma por la puerta vestido solo con el pantalón corto de su pijama de algodón, que deja poco a la imaginación:

—¿Qué tal, empollonas? ¿No tenéis hambre?

La situación es tan natural que Doro no pierde espontaneidad en presencia de su estrella:

—Que te lo digan mis tripas. Hace rato que andan berreando.

—Yo creía que era el cuervo de Frank ensayando —mete cizaña Alexia.

—Doro, ¿te pongo leche, con copos de avena? —atina Frank abriendo la nevera como si su hermana no

existiera.

–Qué control –alucina Doro mientras trata de distinguir qué lleva tatuado el guitarrista en la espalda.

–Deformación profesional. Pongo todo mi empeño en conocer bien a las mujeres que encuentro en mi camino...

A Doro el comentario no la pilla desprevenida. Sabe de sus credenciales de golfo por Alexia, que observa las maniobras de su hermano mediano con cara de caso perdido.

–Pues tócame algún tema, casanova –reta Doro a Frank mirando fijamente a sus ojos llenos de historias–. Seguro que también sabes cuál elegir.

–Luego probamos –accede enigmático.



Tras una rápida merienda de domingo con los apuntes desparramados por la mesa y el carrusel deportivo de fondo, pasan al dormitorio de Frank

Doro no olvida que lleva retrasado el examen, pero “al día le sobran horas para recuperar. Lo primero es lo primero”, se deja llevar incapaz de declinar “¡una actuación privada de Frank, casi en pelotas, en su propio cuarto!”.

–Te puse falta en el último concierto –bromea Frank–. No estuviste, ¿no?

–Nop.

—Para una seguidora incondicional que tengo...
Estoy acabado —actúa dejándose caer en el borde del colchón.

—Tío, me pilló en Dublín.

—¿En Dublín? Qué envidia, joder. ¿Y eso?

—He pasado el verano allí de camata.

—Como en una novela de Roddy Doyle...

Doro le ríe la gracia. Alexia pone los ojos en blanco.

—Tenía el billete cerrado desde junio para la mañana siguiente a vuestro bolo —no puede evitar justificarse Doro—. Pero no me quejo del plan alternativo. Apuré mi última noche en un concierto de Cage the Elephant.

—¿Y qué tal? —le interesa a Frank.

—Hasta que perdí el último autobús y me tocó dormir en la puta calle, de lujo... ¿Te hace gracia? —se mosquea Doro por la forma en que la mira Frank.

—La verdad es que sí —saca él su actitud siempre burlesca ante la vida—. Te iba a preguntar por los músicos callejeros de la Grafton Street, pero igual compartiste manta con alguno de ellos —se descojona.

—Ojalá, así no habría pasado tanto frío.

—Bueno, está claro que tienes una buena excusa para no haber venido al bolo de Long Train.

—Estamos a tiempo de arreglarlo —despliega Doro todos sus encantos poniendo a actuar sus ojazos—. Toca algún tema nuevo que llesves entre manos y me pones al día.

—Quieres ser mi esparrin, ¿eh? A ver... Déjame pensar... —se cuelga la ancha cinta de cuero marrón desgastado de su acústica y aparta los pies desnudos en el suelo en busca de su púa. Profesional, afina la guitarra en Sol abierto para sacar un sonido con sabor country y ajusta bien su cejilla en lo alto del mástil—. Aún no tiene título...

Frank arrastra por las cuerdas metálicas de su guitarra las primeras notas, entre melancólicas y solitarias, que escapan por el silencio de la casa:



*Salimos a bailar un sábado a la noche,
Tú llevabas el vestido de ser quien nunca has sido
Y qué más da, si sigues el compás.
Salimos a olvidar todos los problemas,
No me digas la verdad, ni nada que no quieras
Y qué más da, la orquesta va a empezar...*

Doro, sentada frente a él en el suelo, apenas respira viéndole desnudarse con cada estrofa en este particular escenario. Alexia, que se la sabe ya de memoria, le hace segundas voces sin quererlo:



*Y otra vez volvimos a perder,
Y otra vez volvimos a encontrarnos
En el mismo bar, un sábado a la noche...*

*Llevaré más botas de piel,
que están ya rotas de andar por charcos.
Todo va a estar bien... Un sábado a la noche.*

Todavía con el eco del último acorde por la estancia, Alexia y Doro le jalean como en un auténtico concierto. Las viejas botas que acostumbra a calzar Frank completan la escena en un rincón.

—Qué buena, tío —se controla Doro—. Le pega un título clásico, tipo “Sábado noche”, como la de Moris que hacen los Porretas y Sidecars.

—♪ ♪ ♪ ♪ ♪ ♪ *Sábado a la noche, y a correr, y mi dinero yo me lo gané, mi madre me dice, ven y quédate, pero sábado a la noche no me quedaré... Lo gastaré por ahí, te invitaré a salir, a recorrer la ciudad como yo soñé...* —improvisa Frank a lo Calamaro de manera acelerada sin dejar de vigilar la expresión de Doro. Baraja si hablarle de tantos otros que han versionado ese tema antes—. Puede servir... —musita con la púa entre los dientes mientras añade el posible título entre interrogantes en el borrador de la canción, sobre la cama deshecha.

—¡Venga, flipada! Ya tienes tu *bonus track*. Nos vamos —Alexia coge a Doro por el brazo—. ¡Que estábamos currando, intruso! —se despide de su hermano.

—Tú siempre cortando el rollo, Miss Coitus Interruptus —no puede zafarse Doro—. Hasta otra... —le dice adiós a Frank con su cara más bonita mientras

Alexia se la lleva.



Pasada la una de la mañana

Como otras veces en que las distracciones alargan sus horas de estudio, Doro pasa la noche con Alexia. Ya duermen cuando llaman al timbre de abajo. Los padres de Alexia y Frank están acostumbrados a que su hijo mediano tenga visitas a altas horas, así que la casa no reacciona. Doro, sin llegar a despertarse del todo, escucha las pisadas descalzas de Frank alejarse camino de la puerta.

Contra la pared del rellano, Yara. Frank se siente fuertemente atraído por las endorfinas que destila la batería argentina de Long Train, por ese arrojo que irradia tras una noche de desmadre.

—¿En qué andas metida? —le saluda—. Tienes un peligro...

—No chingues, pelotudo. En pasarlo bien, pero viste, me quedé colgada demasiado pronto y vine a seguirla al 24 horas Frank —le pide asilo haciéndole morritos, consciente de la intensidad de su mirada, maquillada a lo Kurt Cobain.

—¿Y qué me has traído para que te deje entrar?

—Si eres bueno, te invito a M.



Antes de que den las siete de la mañana

Alexia y Doro encuentran a Frank y a Yara sentados a la mesa de la cocina. La botella de ron y la cajita del papel de liar casi vacías les hablan de otra larga velada entre los amigos.

En un cruce de rutinas soñoliento, los cuatro se preparan a su manera para afrontar este lunes. Frank y Yara chocan frente al fregadero con su vaso en la mano:

—Siempre en medio —se ríen.

Desde el día en que se conocieron, hace casi tres años, al poco de regresar Frank de su malograda aventura en Madrid, Yara y él comparten el guiño de que siempre tropiezan el uno con el otro.

—¿Cómo entraste en Long Train, Yara? —necesita intervenir Doro sin saber muy bien por qué. Sentada sobre sus manos en un alto taburete de acero junto al banco de la cocina, Doro da patadas en el aire de manera involuntaria.

—Con dieciocho añitos, no se pudo resistir a mi oferta —chulea Frank a Yara sin percatarse de que esa es la edad de Doro, un año mayor que su hermana Alexia.

—Che, mira que sos capullo —se defiende Yara.

Con veintiún años, Yara es la más joven de Long Train, aunque la única que ha aguantado con

Frank desde la primera formación. Entre burlas y faltadas mutuas, le cuentan a Doro que Yara aporreaba una batería que no alcanzaba a comprar en la misma tienda de instrumentos donde Frank probaba guitarras de segunda mano a la caza de una oportunidad. Cada uno a la suya, molestándose. Algo que han repetido otras muchas veces desde entonces. Se atropellaron de nuevo en el tablón de anuncios donde Long Train buscaba batería y Yara grupo de rock.

Lo que no les comentan es que en pocas semanas, en el fragor del exitoso encuentro, Yara y Frank sellaron su amor musical, socios inseparables del rock and roll y, en breve, también compañeros de placer volátil, aunque ahora ya hace meses que son más colegas que amantes.

Jueves 9 de octubre. En el local de ensayo, compartiendo pasillo con Ráfagas

Los Long Train llevan un buen rato calentando sus instrumentos a la espera de que aparezca Frank.

—Che, ¿dónde se metió esta vez el *boss*? —se impacienta Yara levantándose a recoger la baqueta que le ha volado tras el enérgico final de una versión de Soda Stereo.

Yara nació en Rosario, Argentina, de ahí que lleve el rock en la sangre, asegura ella. Aterrizó en España con sus padres hace cinco años, pero mantiene de origen su acento aterciopelado y algo de voseo.

—Había quedado con una chelo y una Hammond —se desespera el segundo guitarra de Long Train, que está probando las pastillas de su Gibson.

—La madre que lo tiró —relincha Yara—. El otro día quería una mandolina y ahora piensa montar la puta orquesta de Praga.

Para Yara, el rock es “batería, bajo y guitarras”. Le desquicia la constante experimentación de Frank, aunque es solo una pose: le respeta. Reconoce que, cuando él decide meter algún arreglo arriesgado, suele acertar. Pero quejarse de “sus excentricidades” es parte de la fiesta.

La funda cuarteada de la guitarra de Frank asoma por la puerta y detrás va él, con su sonrisa de no haber roto nunca un plato de cuando sabe que la ha cagado:

—Lo siento, me han liado. ¿Seguimos donde lo dejamos el martes?

El segundo guitarra, quemado con la forma de ser de Frank, ni levanta la vista.

—Para el carro, pibe —le mete caña Yara—. ¿Te liaron o te liaste?

Frank la ignora con aire traicionero mientras saca su nueva Fender de la funda y la conecta.

—Serás cabrón —le lanza Yara una de sus frases adoptivas.

Frank y Yara están hechos de otra pasta. Se entienden como nadie. Sus incursiones en el sexo jamás han acabado en mal rollo. Nunca han puesto en jaque la compenetración de la banda. Saben de qué van.

—Luego te cuento —se confabula Frank con Yara—. Va, al tajo, que se hace tarde —da por zanjado el tema con voz de mando y enciende su amplificador de válvulas.

Los miembros del grupo, atónitos, intercambian miradas. Es Frank y punto, siempre en el límite entre embaucarles con su carisma de artista y que lo manden a la mierda.

Las baquetas de Yara marcan el comienzo y Long Train vuelve a arrancar, poco a poco, como una antigua locomotora de carbón.

11 de octubre. Esa cita semanal que no perdonas

Un fin de semana más, el Hi-Fi de Doro anda toda la mañana en marcha. Hundida en su sillón junto a la ventana, arropada por sus viejos cascotes acolchados de suave piel negra y un libro muy gastado de letras de Leonard Cohen sobre las rodillas, vuelve a dejarse llevar una y otra vez por el encantamiento de *Songs from a room*.

Desde muy pequeña, los vinilos de rock de su padre han sido para ella compañeros de juegos... Van Morrison, Neil Young, Lou Reed, MC5, Led Zeppelin... Todavía hoy, a menudo se refugia en sus portadas. Sentada en el suelo junto a la estantería de su habitación, se detiene en cada diseño como si pasara a solas por un Museo de Arte Contemporáneo.

Las horas le pasan también coleccionando nuevos discos en internet. Rastrea cada plataforma de música siguiendo las pistas que recopila en su día a día. Cuando para en el quiosco, ojea con vicio las revistas musicales. Si va a la biblioteca, las relee con el tesón que nunca ha puesto en sus apuntes de clase. Por bares y tiendas de discos, secuestra cada fanzine que localiza. Doro es extraña para muchos compañeros del instituto.

No para Pablo. Los dos reservan los sábados por la mañana para escuchar música y descubrir juntos qué hay detrás de tantos nombres de artistas, sellos, salas o sonidos de la cultura rock que para ellos todavía son

solo eso, nombres: Sub Pop, CBGB, Detroit, glam rock... Marcan en el calendario los días en que oyen por primera vez alguno de esos temas que les llegan hasta dentro.

Alertada por su madre sobre la llegada de Pablo, Doro arranca el jack del equipo y sale corriendo descalza por el pasillo. Se oye la música de fondo cuando abre la puerta, vestida con un culote verde y una camiseta de REM de su padre a la que le cortó el cuello para hacerla más escotada.

—Joder, tía, tápate, que no soy de piedra —se corta Pablo al ver salir a su encuentro esos hombros y piernas trabajados en la piscina tarde sí y tarde no.

—Ya te vale. ¡Estoy en mi casa, estrecho de mente! Y estoy sudando hasta los dientes. Debes de ser el único tío que en lugar de aprovecharse, encima me riñe.

—Eso será... que soy un estrecho y un demente, pero, joder, así pondrías a cualquiera. Igual estás intentando seducirme... ¿Que no está tu vieja en casa?

—Ya empezamos...

—¿Qué pasa? ¿No te intereso? ¿Te has echado algún rollito irlandés en Dublín? —deja caer Pablo como quien no quiere la cosa siguiendo a Doro camino de su cuarto. Este verano, alejados, ha empezado a escuchar notas diferentes al pensar en ella. La ha sentido todo el tiempo entre el boli y el papel en esos textos que esperan en su carpeta el momento de pasar

a canción.

—No he estado de humor para rollos, la verdad. Necesitaba estar sola —le confiesa Doro tristonaa—. Me he conformado con algún café irlandés, dulce pero fuerte —se recupera con ojos lujuriosos subiendo y bajando el cejo simpática.

—Venga, pues a ver ese hallazgo —se sienta Pablo contento frente al ordenador.

Doro se inclina por encima de su hombro para alcanzar el ratón. Sin atreverse a mirar, Pablo siente cómo le rozan sus pechos sin sujetador. Doro sigue a lo suyo. Teclea en *Youtube*: “White Stripes Whitehorse”. *Enter*.

—Vas a poder meterte conmigo hasta reventar recordando tu fracasado intento de convertirme en Meg White —le tienta con suspense sentándose junto a él y dándole al *Play*.

Viéndola revolotear a su alrededor, hipnotizado con sus movimientos, Pablo no comprende esas otras veces en que apenas se ha fijado en ella, concentrado en la música, hoy en segundo plano.

—Qué pasote, ¿eh? Ahí, tocando en un pequeño escenario, a plena luz del día...

—Sin que puedan esconder nada... —reacciona Pablo—. ¿Por eso irá Jack todo de negro y con sombrero?

Doro asiente sin terminar de escucharle. Le viene a la cabeza la escena en el cuarto de Frank unos días antes, medio desnudo, a la luz del flexo. Antes de

que Pablo lo detecte, Doro aparta la imagen de su mente y retoma la conversación:

—Pone los pelos de punta, ¿verdad?



Varios vídeos después, aún pegados a la pantalla

Pablo está sentado detrás de Doro, tan cerca que puede oler cómo se mezcla la fragancia que desprende recién duchada con el sudor que empieza a caerle por la espalda:

—¿Qué sonaba cuando he llegado? —se le acerca mucho, decidido a abrirse a ella de par en par.

—Leonard Cohen —Doro se pone de rodillas sobre la silla de un salto y se queda de lado, en posición de sirena—. El tío es la caña. Igual te parece un poco rollo, pero... ¡uau!, me encanta —se abraza al respaldo que la separa de Pablo—. Es muy intimista y muy lento, rompe el tiempo. ¿Sabes? Janis Joplin le hizo una mamada una noche que pasaron juntos... Lo cuenta en la letra de su canción “Chelsea Hotel”, un hotel mítico para el rock en Nueva York.

La inesperada anécdota descoloca a Pablo, que, tras unos segundos de bloqueo, da con una salida:

—¿Y tú, Janis? ¿Con quién pasarías la noche en un hotel? —se la juega con un nudo en la garganta—. Dame una pista... —Pablo gira la silla de Doro hacia él y ancla las ruedas traseras con sus zapatillas,

atrapándola entre sus vaqueros desgastados, bajo los que siente sus formas—. ¿Con una estrella del rock como yo? —se protege detrás de la broma.

—¿Estrella como quien? —se ríe Doro con cariño.

Ciega, relajada entre las piernas de su amigo, flexionadas a ambos lados de su asiento, Doro ni se plantea que, por ella, el corazón de Pablo bombea a otra velocidad bajo esa camiseta negra de manga corta del Hard Time. Otras chicas suspiran por algo así, por entrar en ese espacio misterioso en el que Pablo se oculta y que encuentran tan atractivo. Pablo tiene duende. El negro de sus ojos invita a perderse.

Sin dejarse comer la moral, buscando otra respuesta, el compositor de Ráfagas vuelve a lo que iba. Deja de recorrer el bonito cuerpo de Doro con la mirada y penetra sus pupilas, esforzándose en seducirla. “¿No crees que pueda conquistarte con mis canciones?”, piensa Pablo en contraatacar, pero decirlo en voz alta le suena patético.

Doro sigue contestando:

—¿Tú me ves a mí con un rockero? No soy una *groupie*. No sois de fiar —juega al despiste.

Sin saberlo, Pablo ha acertado de pleno. Doro no puede dejar de pensar en su músico favorito. Desde esos minutos de domingo compartidos con Frank en su dormitorio, su fascinación de fan por él ha mutado en algo más. Consciente de sus dieciocho años, Doro nunca se había sentido tan cerca de los veinticinco del

líder de Long Train. La diferencia de edad es solo una de las razones por las que no quiere desvelar que es por Frank que anda tan descentrada.

17 de octubre. Una curva en el camino que Frank no esperaba

Las miradas cargadas de sustancias de Frank y Yara dejan de reflejar al otro como colega segundos antes de cerrar la puerta de la furgoneta. Aparcados en la dársena junto a un garito del puerto en el que han actuado, sin haber recogido aún los instrumentos, se lo montan sobre la manta que cubre la parte trasera. Rápido y sucio.

—Che, no sé en qué pensaba. Sabés que ya no me van las pollas. Frank, tío, nunca más —sentencia Yara apoyada semidesnuda contra la cortina de la ventanilla—. No me besés, no. Esta vez no te funcionará.

—Pero si ha estado de puta madre... —acaricia Frank el tatuaje de estrella que lleva Yara en el lateral de su cuello.

—No... No conocés el significado del no, ¿eh?

—Yara, no me jodas.

—Por fin lo pillaste. Vos fuiste el último. Recién creí que podía estar bien, pero, viste... ya no... En la cama solo me ponen las tetas... como a vos.

El interés de Yara por las chicas se gestó durante su época más grunge, cuando tenía diecisiete. Descubrió que su atracción por Amparo *Dover* Llanos iba más allá de lo artístico. “Estaba buena”. Le volvían loca su cuerpo fibroso y su rock. Empezó a

experimentar con mujeres y confirmó sus sospechas. Durante estos cuatro años ha explorado su bisexualidad, pero últimamente ha dejado de sentirse atraída por los tíos.

—¿Así que te he mandado directa a la otra acera?

—No es eso. Es que sé que con vos toqué techo, boludo —bromea Yara para no hacer daño a su amigo—. Y si ya no me apetece con vos, es oficial que ya solo me van las tías.

—Y si nos camelamos a alguna chavala para unirse a nosotros, como aquella vez, ¿te animas? Montamos en la furgó el polvo del siglo.

—¿Y para qué te necesito entonces? Vos buscame a la pibita y dejame el campo libre.

—Sí claro, encima.

—O debajo, igual da. Chao, Frank —le da un beso en la mejilla.

—Joder Yara, no me dejes así.

—Te quedás solo, compañero —se despide terminando de vestirse.

Solo. El punto flaco de Frank. A ojos de quienes le admiran, es el músico inspirado y que inspira, el creador de melodías que llenan carpetas de MP3. Pero, en su soledad, se define un extraño. Juega con musas que tejen en su corazón cuentos a los que pone fin en seco, para volver a comenzar de nuevo sin par. Con su personalidad laberíntica, magulla también a sus

amigos, ausentes en tantos momentos. La parte del disco que nadie vislumbra, que no aparece en los créditos. Frank lleva el blues dentro.

18 de octubre. De puertas adentro

—Frank, tío, deja de beber. Menudo profesional. ¿Qué buscas? ¿Voz de borracho? —se queja su hermana.

—Prueba tú a cantar a palo seco aquí en el cuarto, oyéndote por los auriculares —se pone serio con Alexia—. No soy un autómatas del rock.

—Pero cantas mejor sobrio.

—Eso lo dirás tú, canija. Además —maquina con ojos de granuja—, no me líes, que las voces ya las tenemos grabadas.

—Es que ya llevas muchas latas —señala Alexia el montón de cervezas que Frank arrincona con el pie.

—Y lo que no son latas... Venga, aguafiestas, al lío. Tú tranqui, que cuando no pueda seguir lo dejamos para otro día.

—Allá tú —se resigna Alexia a los mandos del ordenador portátil frente al escritorio de Frank—. Son tu música y tus neuronas. ¿Preparado para seguir grabando?

—Dale...

—“Pantano” a la una, “Pantano” a las dos, “Pantano” a las... ¡tres!

Alexia le da al REC. Frank, borracho, algo depre, pero muy concentrado, deja salir otra vez toda su alma. Puntea a la acústica sobre las pistas grabadas de voz doblada y guitarras:



*Ayer tarde fui al pantano
Buscando algo de aire sano,
Tal vez me dió por recordar.
Dejé a la gente con su prisa,
Me quedé mirando al agua,
Que calma toda mi ansiedad.
De pronto sentí un frío extraño
Subiendo por el pantalón.
Anoche estaba en el pantano,
No sé bien por qué cambiamos,
Solo sé que todo fue a peor.
Busqué tu nombre entre las piedras,
Pero el agua se ha tragado,
Todo el fuego que quedó de tí...*

—¿Qué has hecho esta vez?

—Es un tema recuperado de hace algún tiempo... No recuerdo a la culpable... —le miente Frank—. Seguro que mereció la pena... —“Sentimientos que se repiten...”, piensa—. ¿Te gusta cómo ha quedado esta toma?

—Ya sabes que tu música me mola. El que no me gusta un pelo eres tú —fuerza un gesto duro Alexia.

—Cría hermanas y te sacarán los ojos.

—Bueno, esto ya está —cambia de tercio ella—.

¿Activo la pista de la batería?

—Es lo que hay por ahora —contesta Frank mientras se lía un porro.

Cuando las ideas se agolpan en su cabeza, Frank echa mano de la caja de ritmos para grabarlas en caliente y que la banda escuche cómo siente cada tema.

—Yara se pone paranoica cuando oye mis simulaciones de batería —continúa Frank dando la primera calada—. La saca de quicio que un aparatejo haga su trabajo —rememora con media sonrisa y una sombra de añoranza de lo que ha tenido con su *partenaire* de carretera.

—Pues me piro.

Alexia deja el tema exportándose a MP3 y se escaquea hacia la puerta, sin el menor atisbo de que en menos de un mes ella ocupará un asiento hasta ahora reservado para Frank.

—Hermanita, ¿no quieres meterle unas voces? —la detiene él—. Le daría un rollo más negro.

—Ni de coña.

—Lo digo en serio. Cantas de miedo. Será tu ADN —conspira con guasa Frank.

—Lo que tú digas... —incrédula, Alexia vuelve a sentarse—. ...Una virgen no puede hacer rock and roll salvaje como tú... —vomita sin venir a cuento buscando alivio en su hermano. Sus ojos reflejan de repente todo lo que siente—. Ves... ADN a la mierda.

—Bueno... a tu edad... —Frank se da cuenta de que el tema la supera—. Pero... ¿cómo es posible, con tu apellido? —trata de quitar hierro al asunto sin demasiada convicción. Después del corte que le dio Yara anoche, no se encuentra en su mejor forma.

—Pues ya ves. Debo tener el gen de ligar atrofiado. ¡Ya me podías enseñar algo!

Frank no sabe explicárselo. No existen reglas. Su química reacciona sin previo aviso en los lugares más insospechados.

—¿Quién te funde los plomos? —persigue los esquivos iris verde oscuro de Alexia, que esconde su mirada. No le resulta fácil hablar de esto con él:

—Mi colega Sergio...

—¿El batería de Ráfagas? ¿Ese que me mira como si le debiera algo?

—A ti y a cualquiera. Yo creo que es por su sordera. Le reventó el tímpano izquierdo el año pasado en un concierto de death metal.

—Vaya, vaya... Así que te gusta que te den caña...

—Será eso, porque me ningunea como nadie. Soy un cero a su izquierda.

Por un segundo Frank olvida su vorágine interior por lo de Yara y piensa en cómo hacer sentir mejor a su hermana:

—Conque Sergio, ¿eh?... Será que necesita volver a graduarse las gafas.

Alexia no le ríe la gracia.

—Ojalá tuviera un antídoto —se rinde Frank ocultando un suspiro cómplice.

—Tranquilo, *brother*. Como tú dices, algún día mi apellido no me fallará —se despide yendo hacia la puerta.

Frank farfulla algo que su hermana no puede descifrar.

—¿Qué?

—Que me gusta cuando me cuidas, pequeñaja.

—Ah no, conmigo no te pongas sentimental, colgao.

—Pues cuando vayas a la cocina sácame del congelador otra lata.

—Sí, hombre, sí, no te vaya a bajar el nivel de alcoholemia —desaparece Alexia.

19 de octubre. Domingo a media tarde

Anoche, después de un sábado autocompasivo encerrado en casa, antes de caer rendido, Frank le pasó a su hermano mayor un *e-mail* con la grabación de “El Pantano”. Siempre que tiene algo nuevo, incluso algún pequeño arreglo, se lo muestra a Fer el primero.

—“*Quien t ha empantanado esta vez en tu soledad, artista?*”, le llega un mensaje de Fer. “*Entra en el correo. T mandado una letra xa un blues sangrante d los tuyos*”.

—“*Lo miro y t digo*”, contesta Frank casi antes de que su hermano suelte el móvil. “*Yara me ha dado la patada. Nada d volver a metrme en su cama*”.

Desde que no viven bajo el mismo techo, Frank y Fer están más cerca. Cuando Frank estuvo en Madrid, Fer era el único al que le confiaba las hostias que se metía. Y a él fue a quien despertó de madrugada después de rechazar la oferta de Coque Malla para ser su guitarra. “Me asusta acabar de extra para siempre...”, se justificó Frank al teléfono desde un vagón vacío del metro después de aquel único bolo como guitarra de guardia detrás de un atril.

En su relación amor—odio de hermanos, para Fer, Frank es “un puto genio capaz de volver loco al tío más cabal”. Ya con quince años, “el renacuajo” tocaba día y noche aquella Stratocaster siempre tan bien afinada que le regaló su abuela poco antes de que

abandonara el instituto. Aunque a veces le entraban ganas de estrangularlo, a Fer se le ponía la carne de gallina con lo que Frank componía.

A sus treinta y cinco años, Fer trabaja como redactor en un periódico, pero cuando le asalta la vena creativa y quiere librarse de palabras de uniforme, escribe letras para posibles canciones. Su hermano Frank las lee una y otra vez con su guitarra y deja que las frases le sugieran la melodía, hasta que todo cuadra. Long Train completa el círculo y en el local de ensayo cobran vida.

Todavía perjudicado por su salida de la noche anterior, impaciente por ver cómo traduce Frank en canción la idea que le acaba de enviar, Fer se tumba en el sofá junto a su chica, July.

26 de octubre. La trastienda de Long Train

La siguiente tarde de domingo, Frank se presenta en casa de Fer y July con una de sus guitarras y algo de equipo. Casi al alba, le ha enviado un mensaje a Fer: “*Ya la tengo. D blues nada. Nos marcamos una jam y la rematamos?*”.

—Traidor, ¿desde cuándo eres makineto? —
arremete Frank con sorna contra su hermano nada más entrar en su comedor.

—¿De qué vas?

—¿Tú crees que un blues puede titularse “Discoteka”? Si Muddy Waters levantara la cabeza.

—Serás cabronazo... El sábado salí con los colegas, sin July. Me levanté pasado el mediodía, con resaca de mis veinte años, tío, cuando nos colábamos con nuestras pintas heavy en el Pachá de la playa...






Frank se descojona imaginando la estampa.

—Tú riéte, pero qué veranos... Desengaños con las chicas, coqueteos con las drogas... Qué te voy a contar... Por cierto, ¿qué le has hecho esta vez a la argentina?

Sentado sobre un brazo del sofá, centrado en montar su equipo, Frank no contesta. Rueda a un lado y a otro los botones de sus pedales y prueba sonidos a su Gibson roja hasta sacar el que busca. Con la grabación de “El Pantano” dio por zanjadas esas emociones. Ya las tiene bloqueadas. O eso cree. Fer

entiende ese silencio que le es tan familiar: “si las cosas no se dicen, no existen”.

Los dos hermanos no cambian sus formas. Bien amarrados a sus eléctricas, despliegan la letra: Fer, el mismo boceto garabateado que trabajó hasta que la dio por acabada. En la hoja apenas puede leerse nada. Frank, los acordes apuntados sobre los renglones impresos del *e-mail* de Fer, también entre tachones.

Sin pensarlo un minuto más, con la batería pregrabada de fondo, Frank hace sonar su wah–wah     , colchón para un rock and roll funky muy crudo, tan crudo como el texto que amplifica con su voz más desgarrada:



*Sí te queda algún disparo,
ven y apúntame a la frente,
Porque las cicatrices
Nunca duelen en caliente,
Yo sé que tú vas flípando en mil colores,
Hoy le pedí a la virgen que te cuide la salud.
Mientras tú sigues bailando
En la discoteca,
Mientras todo va girando
En la discoteca.
...Y tú sonriendo indiferente.
En la discoteca... En la discoteca...
En la discoteca...*

1 de noviembre. Empieza a hervir un sábado de concierto

Vestirse para la ocasión es para Doro y Pablo dar con la camiseta que ponga título a sus expectativas; lucir ese traje de lujo de pocos euros, neón de su sed de fiesta, que anuncia quiénes son.

Envuelta en su toalla negra de baño, Doro revuelve el cajón al compás de los bafles de su habitación: “¿La de Black Crowes? ¿La de Thin Lizzy de Irlanda? Esta roja que enseña hombro. Sí, sexy ante todo”, se pone de acuerdo consigo misma sobre qué camiseta ponerse con los vaqueros ajustados. Cargada de adrenalina, mientras se marca la raya negra del ojo frente al espejo, anticipa una noche para recordar: “¡Fiestón rock!”. Doro ha escuchado mucha música, pero ha vivido pocos directos. Desde que encontró el de hoy en internet, tan solo a una hora en tren del barrio, Pablo y ella han sido monotema.

Preparado desde hace casi una hora, Pablo apenas puede contener su energía: “¡Un tributo a los Buenas Noches Rose! Y con Doro...”. La oportunidad para reconectar con ella. Estas últimas semanas, aunque es la misma, la nota cambiada, que no cuenta algo. La camiseta elegida: la negra de Ráfagas con letras rojas que ha diseñado esta semana con su hermano menor, Dani, segundo guitarra del grupo.



Tras el pitido ensordecedor del cierre de puertas, Pablo y Doro siguen acelerándose a la velocidad del tren

Pablo, junto a la ventana, no espera para sacar de su bolsillo trasero una pequeña libreta y su Bic azul mordido para atrapar el subidón en pentagramas.

Doro, sentada a su lado, choca su cuerpo contra él:

—¿Qué haces?

Viendo a Pablo enfrascado en lo suyo, Doro pasea su mirada por el vagón para distraerse con otras historias. Por entre los respaldos le llega una conversación entre dos mujeres:

—Hoy es 1 de noviembre. Noche de muertos —escucha con acento mejicano.

De golpe, el significado de esta fecha arrolla a Doro y congela el momento. El barullo que la rodea desaparece y el recuerdo de su padre la atraviesa. Su madre no le ha comentado nada. Ellas no se rigen por tradiciones.

Desplomada en su asiento, poco a poco, como si alguien subiera el volumen, vuelve a oír de fondo el murmullo a su alrededor:

—Allá en México miramos la muerte de otra manera. Este día cenamos y celebramos en el cementerio con los que ya no están.

En su propia deliberación, Doro protege su corazón con su razón. Están ya casi a medio camino. Por mucho que duela, no tiene sentido amargarse la

noche ni amargársela a Pablo, así que... “nos vamos de concierto, papá”.

—Ya puedes volver de donde estés —le da unos golpecitos cariñosos con el codo Pablo como si hubiera recibido su grito de auxilio por telepatía.

Doro deja caer su cabeza en el hombro de Pablo y se coge fuertemente de su brazo para ahuyentar la soledad que se ha apoderado de ella:

—Me has dedicado un tema, ¿writer? Plántame un autógrafo aquí, anda —juguetea bajándose un poco el escote y acercándole su piel desnuda para ponerle nervioso.

Pablo controla su mirada desviándola por la ventana y guarda en su bolsillo trasero algunas líneas para un tema que ha estado componiendo estos días a la acústica:

*“Olvidé cómo regresar hasta mi casa...
y buscaba tus ojos en el portal,
Pero tú ya no me querías...
Canciones de música popular
Ruedan por mis mejillas,
Pensaba que tú me ibas a esperar...”*



¡R&R!

El luminoso con el nombre del local guía como aurora boreal los pasos de los dos amigos calle arriba. Con sus andares, como sincronizados por tantas horas de aceras compartidas, dibujan un perfil oscilante, manos en los bolsillos. Como piratas al abordaje, son los primeros tras la apertura de puertas. Se adentran en la sala explorando cada rincón. Decoración, música, iluminación... todo apunta como un lugar ideal para conjurar una madrugada bárbara.

Desde su pecera en uno de los ángulos de la pista, la silueta de un espigado DJ de pelo afro que parece sacada de una viñeta de *Love & Rockets* elige “Sheena is a punk rocker” de Ramones. La música está muy alta y la multitud comienza a rodearlos. Ya casi es la hora. Doro busca a Pablo haciendo equilibrios con dos tubos hasta arriba, y entre un single de Arctic Monkeys y otro de Raconteurs, toman posiciones. Las luces se atenúan y el DJ pega un giro con un tema de los Buenas Noches Rose. La expectación de Doro y Pablo alcanza el tope.

Con el cartel de completo, los grupos empiezan el homenaje. Cada uno con su propio sonido, con su propio carácter, apuntalan una noche que no decepciona. Pablo no pierde detalle desde una de las primeras filas. Doro, junto a él, alterna su interés en el espectáculo con fogonazos de miradas por la oscuridad, buscando a alguien.



La última banda del tributo toma forma con componentes de todas las anteriores

Después de “Miss Cafeína”, sin margen para el descanso, con los primeros compases de “Sentado en el barro”, dos de los auténticos Rose, Alfa y Rubén, como volviendo al pasado, salen al escenario.

La ovación sorprende a Doro y a Pablo algo apartados, en busca de un sonido más limpio. Pablo, impactado, interrumpe lo que estaba pidiendo en la barra. Doro, eufórica, se pone a bailar con más fuerza todavía al reconocer a los dos músicos de *Youtube*. Para Pablo, los movimientos de Doro compiten con el concierto. Vuelve disparado a su lado llevando dos botellines:

—Eres un terremoto, apache.

Con sus dos cortas trenzas lanzadas de lado a lado, Doro sonrío sin apartar la vista un solo segundo del directo. Cada vez que empuja a Pablo al contonear sus caderas, le pone a cien.

En el estribillo, los dos cantan a dúo alzando sus cervezas:

—¡Y estoy sentado en el barro esperando el remedio, sentados contemplando el milagro!

Pablo, al acecho, adentrado ya muchos kilómetros en un mar de bebida, se pone las gafas de sol para ocultar sus ojos, fijos en su amiga. Sin dudarle:

—¡¡Doro!! —potencia su voz al máximo— ¡¡Me lo estoy pasando de puta madre!! ¡¿Y tú?!...

Ella asiente sonriente.

—¡¡Doro!! ¡Eres mi estrella! Eres todo lo que quiero...

Descolocada por el ataque frontal de Pablo, sin estar segura de lo que ha oído entre tanta distorsión, Doro tarda en reaccionar:

—Con esas gafas, aquí dentro, para ti todas las gatas son pardas —gana tiempo.

En ese momento, el concierto casi para y deja a las ácidas guitarras hacer el resto...



*Prendí las cenizas, de un fuego apagado que
nunca dio calor.*

*Sembré en los papeles palabras sinceras y recogí
dolor...*

Impulsado por este cuadro eléctrico, Pablo, imparable, se reinventa como en un cómic de superhéroes; el inocente colega convertido en el villano de la fiesta:

—¡Quiero amanecer a tu lado! ¡No quiero otra noche vacía! —le lanza una nueva directa en volandas por el alcohol.

Con ojos dulces, sin acabar de creer lo que está ocurriendo, enredada en su embriaguez, Doro evita

responder.

—No quieres saber nada del amor, ¿eh? —insiste Pablo acariciándole el pelo de una forma tan íntima que traspasa la frontera que les separa. A Doro se le encienden el pecho y la entrepierna. Cogida a su tercio de cerveza, anónima entre la gente, le parece volar.

De fondo, el último trallazo de la noche, “La estación seca”, que Doro y Pablo han escuchado tantas veces juntos en su cuarto, les paraliza esta vez en vivo. Tiempo muerto al devaneo.



*Ahora sí me importan una mierda las palabras
bonitas,
Tus bonitos ojos, son dos bonitos recuerdos,
dolorosos...*

Cuando la música para, el vocerío que pide más envuelve a los dos amigos, cada vez más pegados, en su particular nirvana. Pablo se quita las gafas. Tembloroso, se abalanza sobre Doro y la besa.

Las luces de la sala se encienden en esos segundos y Pablo queda al descubierto. Sus miradas se agarran como queriendo prolongar este inicio. Doro, pensativa, no frena una sonrisa. Sus labios brillan todavía húmedos. Todo gira.

Pablo aguarda una reacción, pero Doro, insegura, reprimiendo un “¡uau!”, no puede continuar.

3 de noviembre. Uno de esos días en que solo te sientes bien vistiendo de negro

Doro atraviesa la calle despistada y tropieza con el bordillo. Vaga sin rumbo junto al asfalto aún mojado por un paisaje urbano de bolsas de basura destripadas y mierdas de perro. La ciudad, que otros días le acompaña y sabe apreciar en su paradoja, esta mañana de lunes le agobia, hostil. Los coches pitan sin paciencia; la gente, estresada, se grita e insulta. Se pone los auriculares del MP3 con The Black Keys a tope para aislarse.

Tras un domingo de resaca que le voló de la cama al sofá y del sofá a la cama, Doro ha sobrellevado hoy la primera clase como ha podido. La diversión del concierto se difumina, ya muy lejana, como el pitido que aún escucha en sus oídos. Telediarios de cementerios llenos han avivado poco a poco las brasas de su dolor por la muerte de su padre. Su fortaleza se ha tornado en profunda tristeza. Incapaz de afrontar ni un minuto más, se ha escabullido del instituto en cuanto ha sonado el timbre. Huía también de encontrarse con Pablo, de tener que enfrentarse a los instantes furtivos del sábado, de tener que definirlos.

No sabe a dónde dirigirse, pero necesita escapar... Cruza un semáforo tras otro en dirección a las afueras hasta que topa con el hospital. Encogida contra el bajo muro que encierra el parking, como viviendo el poema que recita Rober al principio del

videoclip de “Standby”, localiza la carpeta de Extremoduro en su MP3. Al volver a meterlo en el bolsillo de su anorak, cuando las guitarras dan paso a la letra, Doro se derrumba:



Vive mirando una estrella, siempre en estado de espera...

Trata de oxigenar su angustia con bocanadas de recuerdos de cuando iba a visitar allí a su padre al trabajo, en radiología; de sus sensaciones cuando de pequeña exploraba con curiosidad las salas de rayos X mientras él se ocupaba de sus pacientes. Instantáneas de felicidad barridas por su experiencia en esos mismos espacios cuando enfermó. Esas horas de auriculares al lado de su cama compartiendo el *Black and Blue* de los Stones, el álbum preferido de su padre. Visita a visita, los pasillos del hospital perdían su blanco luminoso para teñirse de deprimentes tonos verdosos. Olores que nunca había detectado la perseguían hasta asfixiarla.



Y desde entonces su cabeza solo quiere alzar el vuelo...

Acorralada por ausencias y lugares que había apartado en lo más oscuro, Doro se arranca el MP3 de un tirón. Lloro desconsolada, ajena a la atención de quienes pasan. Vacía de lágrimas y de impotencia, algunos minutos más tarde echa una mirada de hasta luego al concurrido edificio y reanuda su marcha, esta vez sabiendo a dónde se dirige. Su dejarse llevar inicial se convierte ahora en una ceremonia personal.

Rodea la ciudad por la alfombra de hierbajos de la vía del tren abandonada hasta llegar al puente sobre el río, un refugio sin paredes que siempre le ha calmado. La brisa en su cara y el contraste entre la vida acuática y la cadencia urbana le hacen sentir en casa. Desde aquí, su madre y ella lanzaron a la corriente las cenizas de su padre. Apoyada en la barandilla de hierro, se acuerda de tantos momentos triviales que le devuelven la sonrisa, pero también de las primeras despedidas, del primer cementerio... Huellas... Cicatrices...

Está mareada por la velocidad de tantos saltos por el tiempo. Y además tiene hambre. Ya ha entrado la tarde y aún no ha comido nada en todo el día. Sentada sobre el respaldo de un banco de piedra junto a la orilla, saca el almuerzo y se pone en el MP3 la carpeta que recopiló para su madre tras aquellos días de tanatorio. Busca su móvil en la mochila. El resto del mundo empieza a existir de nuevo. Tiene 5 llamadas perdidas.



Tras unas piscinas, Doro toma el camino largo de vuelta a casa, por los locales de ensayo. La suerte le acompaña

—¡Frank! —le tiende una emboscada Doro desde la acera de enfrente.

En la penumbra, Frank está saliendo de la nave. Se ha quedado otra vez el último rematando el borrador de un nuevo tema que le rondaba la cabeza. Cierra rápido la puerta para buscar a Doro, pero le caen las llaves al suelo, como si la imprevista visita lo descolocara.

—Hey, ¿qué tramas por aquí? —se baja la capucha.

—Pasaba a secuestrar a alguien para tomar algo.

—¿No te has cruzado con Pablo? Ha salido justo delante de mí.

Entre las emociones de Doro por su encuentro con Frank, se abre paso la intensidad del morreo de Pablo, el desgarró de negarle la mirada en el coche de Yara de regreso a casa. Frank no sabe interpretar la melancolía en su mirada.

—¿Estás bien?

—Escapando de mis demonios —le confiesa cogida a su bolsa de deporte.

—Has intentado ahogarlos en la piscina, ¿eh? — trata de aliviarla revolviéndole con la mano su pelo mojado.

Una carcajada incontrolada cerca está de delatar a Doro.

—¿Te sirvo yo para exorcizarte con unas birras? Así me das tu versión de cómo estuvo el tributo a los Rose. Yara me ha dicho que os encontrasteis.

—Si me lo pides así... —se lo gana Doro con su desinterés.

Sin necesidad de mencionar adónde van, emprenden la marcha hacia el Hard Time. Avanzando por las aceras, uno al lado del otro, a Doro se le dibuja una sonrisa estúpida. Siente vértigo a no estar a la altura de unas horas con Frank.

—¿No se mosqueará tu madre si llegas tarde un lunes? —tantea el terreno él—. A mí no me metas en líos, ¿eh?

—Tranqui. Mi madre carece de la capacidad de mosquearse —Doro observa por el rabillo del ojo que hace reír a Frank y va cogiendo confianza—. Pero no te tenía por alguien que huye de los problemas...

—¿Y tú cómo me conoces tan bien?

—Me hablan tus canciones. No, en serio. Son muchos años aguantando a Ale.

—¿Y qué raja mi hermanita de mí?

—Que eres un animal nocturno... —no se corta Doro.

—Cierto. La putada... Perdón, debería cuidar mi vocabulario con una jovencita como tú.

—Hey, tío, no me hagas de hermano mayor.

Frank vuelve a sonreír con la frescura de Doro:

–Está bien, chica dura –flirtea sin poder evitarlo.

–¿Cuál es la putada entonces?

–Tener que levantarme antes que el sol para ir a currar... ¿Te imaginas poder pasar de horarios...? ¿Perder el sentido del tiempo también entre semana...? –sueña Frank despierto.

Porque lo suyo son las sombras. Que le sorprenda el alba camino de casa, mezclándose con otros personajes por calles secundarias. Más de una vez empalma la noche con el trabajo. Frank se dedica a la reparación de ascensores como andamio para su proyecto musical. Sobrelleva su jornada intensiva esperando las tardes, libres para apostar por Long Train. Se agarra a la idea de que esas horas de luz artificial entre huecos de ascensor son otra manera de colarse por la puerta trasera de la ciudad y hurgar en sus entrañas, como en sus canciones.



Doro y Frank pasan de la oscuridad de la calle a la del Hard Time

Al abrir la pesada puerta del bar, les recibe el solo de saxo del “Walk on the Wild Side” de Lou Reed. “Que ni pintada”, ata cabos Doro caminando al lado de Frank, que le indica una mesa apartada que hace

esquina. Cada uno se sienta por un lado del sofá. Doro suelta la bolsa de la piscina en el suelo. Frank apoya su guitarra con mimo en una columna junto a la mesa.

–Si quieres os dejo a solas –le hace sonreír Doro una vez más.

Con el “All kindsa girls” de Real Kids de fondo, como en un salto en el tiempo hacia una realidad paralela, pegan los primeros tragos de cerveza fría.

–Me extrañó no verte en el tributo...

–No me lo recuerdes... Cuando Yara me restregó que subieron al escenario Alfa y Rubén, me dio un síncope.

–Fue la hostia. No estaba anunciado.

–Castigo de Lucifer... No quería ver a otras bandas destrozando las canciones de los Rose.

–¡Joder, cómo sois los músicos! No dejáis títere con cabeza.

–Todo porque intentamos tocar y nos quedamos fuera.

En la barra, el camarero de tarde del Hard es Raúl, el bajista de Ráfagas. Aburrido, sin clientela, levanta la vista por encima del cómic gótico que ojea: “¿Qué hacen esos dos juntos? ¿De qué hablarán? Qué chorrada. Música, música y música”, se responde a sí mismo.

Se equivoca. Frank y Doro hablan de todo un poco. Nunca antes habían estado a solas, pero han conectado a la primera. No les resulta incómodo pasar

el rato en silencio; dejan fluir sus ideas sin precauciones, sin interrupciones; intercambian bromas y al momento se ponen filosóficos.

Doro descubre a un Frank humano y cercano, pero que, a sus ojos, desprende un aura especial. Tras esa mirada que ella percibe pícaro pero sincera, Frank, en dirección contraria, anda pendiente de un medio ligue que acaba de entrar en el Hard.



Sobre la mesa, siete botellines vacíos. Tres de Doro y cuatro de Frank

Un tema de Wilco da paso a otro de Lapidó. Su poesía desnuda la cotidianeidad más próxima y alcanza a la pareja, que discute sobre los silencios comprados de los medios de comunicación:

–Los claroscuros del tablero del mundo. El dinero como toda regla –enerva a Frank este tema.

–Los daños colaterales del negocio de la guerra...

–Del puto chiringuito del sistema...

–Creía que pasabas de esas cosas.

–¿Y eso?

–No las tratas en tus canciones.

–Ya hay mucha peña que lo hace de puta madre. Lo mío es el rock and roll visceral. Ya sabes, canciones de desamor, o que salen de la entrepierna...

—O sea, escribirles temas a las tías que te cepillas.

—Más bien a las que no, o a las que me dejan tocado...

—Todo un clásico, vamos.

—Hasta en el punk... Johnny Thunders componía porque tenía el corazón hecho trizas por una chica.

—Joder, pareces Pablo, enciclopedias de rock andantes.

—Para nada, tía. Ya me gustaría. Es que ando leyendo *Por favor, mátame*. Brutal. Te lo recomiendo. Son entrevistas a gente como Iggy Pop o Ramones sobre la aparición del punk en Nueva York.

Lejos de las aulas, a Frank le da vida seguir aprendiendo. Autodidacta en todos los terrenos, siempre tiene un libro cerca. Se empapa de las historias que le rodean, las absorbe como una esponja.

Doro trata de ordenar alguna pregunta para él sobre el rock y Nueva York, dos de los temas que más le apasionan, cuando Raúl apaga el equipo de música dejando a mitad un tema de Plimsouls:

—¿La última? Tengo que chapar. Es más de medianoche —les interrumpe el bajista gótico acercándose a su mesa. Su tez mortecina no es cosa de maquillaje, le viene de fábrica; bajo las luces del Hard, parece un espectro.

—Tranqui, nos vamos. Cóbrate. No quiero estar entre los más buscados por secuestro de menores —se levanta Frank.

—Y dale. Estás obsesionado con mi edad, ¿eh, chico duro? Relájate, hombre, que tengo dieciocho.

Parece que el hechizo se ha roto. Vuelta a la realidad.

Al pisar de nuevo la calle, la ciudad ya está adormecida. Se oye un camión de la basura.

—¿Te acompaño a casa? —se ofrece Frank fijando en ella su mirada glam.

—No sufras, cobarde. No necesito niñera.

—Mensaje recibido. Entonces ya nos veremos — Frank le da un beso en la mejilla que Doro le devuelve—. Hazme un favor —se frena el músico antes de irse—. Llévate este MP3 recién salido del horno y me dices qué tal.

—¿Esto es lo que estabas mezclando hoy en tu laboratorio del rock?

—Mis neuronas con la soledad. Sí. Toda tuya. Pásale luego el USB a Ale.

—Claro. Gracias. Nos vemos —se despide Doro alejándose sin dejar de mirar atrás con sus enormes y alegres ojos azabache.

De camino a casa, el cielo amenaza tormenta. El viento es fuerte, pero las calles permanecen silenciosas bajo las luces. Y al romper los primeros truenos, Frank entra en su portal con cuerpo de haber pasado una buena noche.

4 de noviembre. Uno de esos amaneceres en los que Doro se ha levantado bailando

Doro siempre anda rápido por la calle, como si tuviera prisa, aunque no la espere nadie ni se le haga tarde. La gente le sonríe como si la conociera. Suele ir con una sonrisa en su cara y eso la hace cercana para quienes se cruzan con ella. Y esta mañana aún más, después de la novecita con Frank. Cada vez que piensa en ese rato a solas, en el Hard, conociéndose algo más, entre cervezas, a media luz, le entran ganas de gritar.

Ayer el mundo le pesaba sobre los hombros, pero hoy casi levita. En su MP3, unos temas de Rosendo que ha copiado de la memoria USB de Frank. Los acompaña con movimientos de cabeza al son de la ciudad: el bajo parece marcar el paso de los peatones; los riffs, la marcha de los coches; el comienzo del estribillo, el cambio del semáforo...

En las escaleras de entrada al instituto se topa con los Ráfagas, sentados con caras largas. Final brusco de canción:

—¿Qué os pasa?

—No hemos entrado en el cartel del concierto de Navidad —le da el parte Raúl.

—Qué putada...

—Ni que lo digas. Nada sale bien. Menuda mierda —remuga Pablo escaneándola. Se pregunta si el brillo en sus ojos tendrá que ver con el beso

clandestino del concierto. Siente su euforia, pero muy lejos de él. Doro le sigue esquivando la mirada. No le ha devuelto sus llamadas.

—Bueno, y, qué, trasnochadora, ¿tú no tienes nada que contar? —delata Raúl la escapada de Doro de la noche anterior.

—Noo. ¿Qué? —apenas se reprime Doro por fuera desatada por dentro.

—Va, suelta el rollo que te traes con la estrella de rock, Mata Hari —insiste el camarero gótico del Hard Time.

—No empieces, Raúl. Solo estuve tomando unas cervezas con Frank —“¡solo!”, se recrea ella sola—. Cuando llegué a los locales ya os habíais pirado, desertores. Me apetecía airearme —miente descaradamente.

Pablo, tocado y hundido. Suena el timbre, estridente, como anunciando su KO técnico. Doro se levanta de un salto para escapar del laberinto y roza a Pablo, por primera vez, con uno de esos vistazos del día después. Dolido, como desplazado por una mala carambola, Pablo la sigue a algunos metros de distancia camino de clase. Con cada paso cambia de idea sobre si pedirle a Doro que se quede fuera con él para hablar lo del sábado o dejarlo pasar.

13 de noviembre. Después de otro bolo de Long Train

Dos figuras se sumergen en la oscuridad del mar como neones casi indistinguibles a la deriva, cargados de libertad.

—Todo fuera —hace el gesto Doro de quitarse el sujetador.

—Si haces eso te arrepentirás —le advierte Frank casi inaudible.

—¿Tú crees? —se lo lanza juguetona.

Los instintos de Frank se clavan en sus tiernos pechos recién descubiertos:

—Tú ganas —la acerca por la cintura contra él hasta sentirlos contra su cuerpo.

Dando tumbos hacia la orilla, empiezan a comérselo todo en dirección a la lancha sobre la que han dejado su ropa. Frank escudriña sus vaqueros en busca de un condón mientras Doro, junto a él, de pie, se desprende de su última prenda, unas sencillas braguitas blancas de algodón empapadas.

—Trátame como a otras... Hazme de todo... —se le acerca.

Sin que llegue a acabar la frase, todavía mojada por el mar, con sus pezones rosáceos encogidos por el frío, Frank la apoya contra una caseta de la playa, de espaldas a él, como si fuera a cachearla, y maniobra entre sus piernas para penetrarla con ansia y suavidad a una...

Doro abre los ojos lentamente, como con miedo de que se desvanezca lo que estaba soñando. Un largo sueño con Frank. Porno, muy porno. Salvaje. Y muy real. Aún puede oler su piel sudorosa. Sentir su tacto. Aunque en la habitación hace frío, está al rojo vivo. Se queda unos minutos entre las sábanas reviviendo los momentos más intensos para descargarse. Salta a la realidad, al recuerdo de anoche en el Hard... Frank punteando ese solo final... sus dedos deslizándose por los trastes, apretando y frotando las cuerdas muy abajo en el mástil...



Mientras Doro soñaba en su cama

La propuesta al oído de desaparecer le funciona a Bárbara para robar al cantante seis rondas después de la actuación de Long Train. Durante la versión de “Una noche sin ti” que Frank ha tocado a solas con su acústica en el escenario, le han entrado ganas de hincarle el diente, pero cuando en el siguiente tema se ha subido a la tarima de la batería de Yara para cantar por su micro, boca con boca, jugando con el morbo, Bárbara ha decidido que hoy se lo tiraba.

El coche de Frank rueda veloz en busca de un descampado del extrarradio sembrado de condones que conoce, donde aparcados en paralelo entre matorrales improvisan su hotel muchos amantes.

Un golpe brusco de freno de mano y Frank salta sobre su acompañante, que ataca su cremallera con una mano mientras con la otra reclina el asiento y lo empuja hacia atrás. Frank, sin quitarle las bragas, resbala entre sus piernas, cubiertas apenas tres dedos por una minifalda roja punkarra de cuadros. Le arranca la camiseta por la cabeza y se encuentra de cara con sus tetas, sin sujetador y muy bien puestas, como llevaba toda la noche intuyendo.

Sin poder creer la deriva que ha tomado el juego, Frank se lanza a comerle los pechos desde el lunar que asomaba por el borde de su pálido escote y al que le ha echado el ojo nada más verla. En su polla arde el último whisky y en su cabeza ruge ese “Me pone que me follan por detrás cuando estoy muy cachonda” con el que Bárbara le ha provocado entre chupitos.

Con un movimiento rápido, la pelirroja amazona tumba a Frank sobre el asiento de atrás para asumir el control. Hace sudar vaho a los cristales montándole con sus botas moteras puestas. Frank le marca el ritmo cogiéndola por las caderas. De fondo, suave, en el casete superviviente de su viejísimo coche, el *Sticky Fingers* de los Rolling.

Se apodera de Frank la tentación de repetir más noches de esa sexy barriguita blanquecina, de follar y follar arriesgándose a quedar enganchado de ella.

*23 de noviembre. En la cancha de básquet del barrio,
cubierta de hojas secas*

Después de unas semanas de dispersión, de haber perdido la conexión como dos bolas de billar impelidas hacia las bandas, Doro y Pablo han vuelto a quedar hoy por primera vez desde aquel día de concierto. Sin saber que su papel es evitar que estén a solas, Alexia hace equipo con Doro y Dani con Pablo en este dos contra dos.

—¡Dobles! —para el partido Frank, que no va solo.

Pronto va a atardecer y las farolas insinúan ya el anaranjado del encendido. Frank se acerca cogido de la cintura de una chica que aparenta su misma edad: pelirroja, de larga melena rizada, como las de los anuncios de champú pero más salvaje, de piel muy blanca.

Doro le pega un repaso: botas moteras, vaqueros elásticos, enorme hebilla de acero en el cinturón y una camiseta roja ajustada muy escotada bajo su cazadora de cuero negro desabrochada. No muy guapa de cara.

No sabe qué le molesta más, si la imagen de Frank con ella o los comentarios por lo bajini entre Pablo y Dani, embobados. No ignora que, para muchas tías, Frank es un encantador de serpientes, pero es difícil verle con ellas a la luz del día. Doro piensa en algo ingenioso que decir, pero Alexia se le adelanta:

—¿Qué pasa, príncipe de las tinieblas? ¿No me presentas?

—Bárbara —mira Frank con ternura a su vampiresa—, mi hermana Ale.

“No parece una pava...”, le regurgita a Doro, “más bien una loba”, maniobran los celos con su reflexión. Y eso que desconoce que todo empezó cuando Bárbara le entró a Frank tras el concierto del jueves y juntos perdieron el Norte. A la hora en que Doro se metía en la cama, Bárbara entraba en los pantalones de Frank.

—Bonita canción la que me regalaste —se arranca Doro.

—¿Te regalé? Tampoco fue eso —se desentiende Frank en público.

—Ahora comprendo tus pocas ganas de enfrentarte a la soledad. Resuelves rápido tus neuras, ¿eh? —le mete presión Doro.

—Bueno, os dejamos. Vamos con prisa —desvía el tema Frank iniciando la marcha bien amarrado de Bárbara.

—¡Frank, es un buen tema! ¡Muy 091! —le grita Doro suavemente, rota por dentro, con un tono que le deja helado.

Sin girarse, Frank suelta a su acompañante. Colgada de la valla romboidal de alambre de la pista de básquet, Doro le observa alejarse.

—¿Qué ha sido eso? —indaga Pablo, que es el único que ha leído algo en la escena entre ella y Frank.

Sin apartar su atención de la esquina por la que ha desaparecido el cantante de Long Train, Doro hace como que no ha oído a Pablo. No puede articular palabra y si le mira está segura de que sus ojos la delatarán.

Pablo prefiere no insistir. Con una mueca condescendiente, driblando una vez más su confusión con Doro, vuelve a botar el balón y encara canasta.



El encuentro con la inesperada pareja enfría el partido

Mientras Pablo la paga con el tablero, Alexia y Dani, sentados en la base de la canasta, hablan de otras historias cruzadas en el concierto de Long Train:

—El jueves, Frank no fue el único que encestó —arrastra Alexia las palabras de su metáfora.

Le cuenta a Dani que la otra noche en el Hard, su común amigo Sergio, el batería de Ráfagas, objetivo de Alexia desde hacía tiempo, se enrolló en sus narices con Rut “la heavy”, compañera de clase de Dani y una vieja conocida de la pandilla.

—Joder con Rut. ¿Ahora con Sergio? Siempre haciendo sangre —entiende muy bien Dani cómo se siente Ale.

Rut “la heavy” fue protagonista el invierno pasado de un fuerte desencuentro entre Dani y Pablo.

Les rajó el corazón a los dos hermanos con su filosofía de “amor libre y seguro: libre de enfermedades venéreas y embarazos y seguro para el corazón. Nunca un chico más de un mes”.

Rut y Dani se liaron, pero, unas semanas más tarde, Dani perdió la sonrisa cuando Rut atacó a Pablo, en su propia casa, en la habitación de al lado. Tras Pablo, Rut volvió sobre sus pasos a por Dani, para luego, como repitiendo la escena, devorar de nuevo a Pablo.

Los dos hermanos descubrieron su *piercing* oculto. Los dos, atrapados por su calor, pasaron un par de meses a cara de perro. Por Rut, dejaron de tocar juntos la guitarra. Ni siquiera se dirigían la palabra, hasta que una tarde de bares de febrero llegaron a las manos y tuvieron que mediar sus colegas para que se alejaran de arenas tan movedizas y cerraran sus heridas.

Las magulladuras de Alexia por Sergio también empiezan a curarse. Después de unos días malos, de replanteárselo todo, sin terminar de entender cómo, se le ha despertado cierto interés por otra persona que la está ayudando a pasar página. Ya puede reírse de las palabras de alivio de Doro mientras Rut le levantaba a Sergio:

–Joder con “la heavy”. A ver cuándo sienta el coño de una vez. ¿Aviso a los del Guinness para que le certifiquen haberse cepillado a tres del mismo grupo?



A unos metros de Dani y Alexia, Doro lleva casi diez minutos sentada en el suelo, ida, sin levantar la vista del conglomerado de grava verde del pavimento

Repite una y otra vez en su MP3 el tema que le pasó Frank, buscando una respuesta, tratando de releer qué pasa por su mente, o por su polla:



*Lo que me da miedo es quedarme solo con mi cabeza,
Recorrer fracasos, escribir diarios de la tristeza,
Lo que más me duele es quedarme solo frente a frente,
Y ver cómo el tiempo me clava sus dientes.
Y entonces miro hacia tu ventana,
Y solo veo sombras y luces que se apagan,
Y me imagino tu silueta, mientras sígo la gota,
Solo con mi cabeza.*

—¿Juegas o qué? —le reclama Pablo quitándole uno de los auriculares—. ¿Me lías para que montemos el partido y ahora pasas? Ahí se te va a quedar el culo plano.

Doro deja el MP3, el tema y su rabia sobre una de las sudaderas tiradas junto a la cancha y se pone en pie:

—Prepárate.

Aunque no es muy buena jugando, más bien torpe, Doro siempre se marca unas risas.

—¡Tuya! —le avisa Dani.

¡Blum! El balón se empotra en su cara y la tumba por completo.

—Joder, Doro. Qué hostia...

Dani busca a Pablo con la mirada aterrorizado, como disculpándose con él.

—Cómo ha sonado.

—Está grogui.

Aturdida, poco a poco, Doro comienza a reaccionar:

—Aaaaaa... —agoniza.

Entre la neblina por la conmoción, Doro distingue la cara de pánico de Pablo:

—¿Tía, estás bien? —le tiende la mano él.

—Pablo... ¿sabes que ese pantalón no lleva huevera? Desde aquí te lo veo todo. Gracias por compartirla conmigo en estos momentos —termina de borrar la tensión de las últimas semanas entre Pablo y ella desde el suelo.

Pablo, sin más reproches, la levanta:

—Me caes fatal, ¿lo sabes, verdad?

7 de diciembre. Habituales de última hora en los locales de ensayo

El segundo guitarra de Long Train a punto está de llevarse a Pablo por delante al salir al pasillo. Le deja atrás con la mirada huidiza del que evita contar algo. Intrigado, con ganas de compartir espacio con Frank, Pablo ve la posibilidad de asomarse al cubículo vecino:

—¿Te ha descarrilado un vagón? —improvisa desde fuera con algunas de sus partituras en la mano.

—Menudo hijo de puta está hecho, tío. En cualquier otra banda ya le hubieran largado. No podría ser más negativo, jjooder.

—¿Y por qué no le das puerta?

—Y yo qué coño sé —cerca está de pagarla Pablo—. Ya sería el tercero...

—Mi batería, Sergio, también es un vinagre, pero encima no da una. Le irían bien unas clases con Yara.

—Otra que tal. A mala hostia deben ir empatados. Menuda es la Yara —sigue quemado Frank—. Hoy debía de tener la regla... No ha dado pie con bola, la tía...

Esta noche, Frank tiene cruzada también a Yara, que le ha machacado todo el ensayo con que está encoñado, que Bárbara lo ha cazado, que va a domarlo... Yara ha descargado en Frank su propio rebote por no poder sacarse a Alexia de la cabeza.

Rayada con cómo se tomaría su socio que se liara con su hermana, lleva días luchando contracorriente.

—Pasa, tío —busca Frank nueva compañía en Pablo—. Cúrrate un porro mientras pillas unas birras de la máquina para cenar.

En cuanto entra, a Pablo le penetra el olor a tabaco de años pegado a la tela de las paredes. Por primera vez en el local de Long Train, paladea cruzar una nueva puerta hacia Frank. Sin dejar de registrar en su retina todo lo que le rodea, se sienta en el sillón de escay rojo de tres plazas cosido a quemaduras de cigarrillos que hace de palco VIP en los ensayos y deja los borradores de los temas en los que está trabajando a su lado.

—Cooño, ¿pentagramas? ¿Esto es tuyo? —le saca del trance Frank sentándose al otro extremo del sofá venido a menos—. Cómo escribes música, cabrón.

—Muchas horas de tortura en el conservatorio...

—Eres un valiente.

—No creas. Tiendo a ser demasiado técnico. Y como dice Doro, si no arriesgo más, mis temas solo servirán para limpiarnos el culo.

Frank deja escapar una sonrisa:

—¿Hace una raya? —saca un minúsculo saquito de papel y su tarjeta bancaria.

—Mejor no.

—¿Algo de *speed* para exprimir la noche? — comparte Frank sus provisiones para el próximo asalto a Madrid el miércoles.

–Me quedo al margen, tío. Me cuelgo con facilidad... De una tía... De una canción...

–De un buen polvo... –piensa Frank en sí mismo.

–Puedo llegar a ser obsesivo. Prefiero no cruzar la línea. Tú a lo tuyo –da Pablo la primera calada al porro que ha liado.

Concentrado en pintar su tiro sobre un pequeño taburete negro de plástico, Frank hace unos segundos que no le escucha.

–Hey, tío, ¿solo cantas en castellano? –le entra Pablo con brusquedad por los nervios cuando vuelve a estar receptivo. Antes de contestar, Frank lame los restos y deja la VISA reluciente:

–¿Tú me has oído frasear rock en inglés? –le reta con cachondeo—. Pues eso. En Madrid sí le di bastante al guachu, guachu. Me lo pedía el cuerpo. Pero creo que solo se entendía a mi guitarra...

–Doro y yo conocemos a muchas bandas españolas por tus versiones... Más Birras, Cosecha Roja, 091... –intenta lucirse Pablo tras unos tragos de cerveza tibia.

–Llámame romántico... –da un trago doble Frank—. En los '80-'90 el rock en castellano fue lo máximo... Los sellos se lo curraban... –empieza a pensar en voz alta—. Es lo que me tienta a probar la opción de la industria... –vuelve a un tema que discute estos días consigo mismo después de que uno de sus envíos a editoriales haya dado en la diana.

—Yo aún ando buscando referencias... Me inspiran mucho tus temas... —le reconoce Pablo su admiración empujado por la marihuana.

—Son canciones que han estado ahí, a mi lado, cuando no tenía nada ni a nadie... —casi recita Frank medio colocado—. Solo ellas y yo, rodeados de noche...

—Tío, me largo.

Pablo deja la conversación de repente. Para él, pasar el rato con Frank es como escuchar una buena canción. Frank, con la palabra en la boca, reconoce en la espantada de Pablo un retrato de sí mismo, una llamada de la inspiración a bocajarro.

10 de diciembre. Miércoles de carretera

—¿Pero el tío este viene o qué? —explota el segundo guitarra de Long Train.

—Che, Frank, es verdad. Qué pelotudo tu amigo. El celular primero apagado y ahora ocupado todo el tiempo. ¿Quién dijo que era confiable? —se queja Yara también tratando de calentarse las manos con el aliento.

—Hey, ya vale —intenta tomar el control de la situación Frank cabizbajo. “El Hugo de los cojones”, se cabrea. “Muy propio de él”.

Hugo, compañero de trabajo de Frank, se ha ofrecido para conducir a Madrid, pero sobre todo para apoyarle en su primera oportunidad con una discográfica. Hugo y Frank le han metido un embolado a dos bandas a su jefe para librar mañana jueves.

¡¡¡Rrrmmm!!! El rugido de una furgoneta blanca que tuerce la esquina resuena con eco en el polígono industrial y conduce de cara a los músicos y a sus instrumentos, plantados en plena calle a la intemperie de diciembre. Al volante, Hugo. Aunque ya se intuye el ocaso, no lleva todavía las luces puestas. Va pegando golpes, haciendo alguna ese, dejando tras de sí un horrible rastro de humo negro.

La furgoneta alquilada no puede tener más años. Un fuerte frenazo en seco la deja justo delante de los

Long Train, que de manera secuenciada giran sus cabezas hacia Frank esperando una explicación.

El rostro del cantante deja entrever un “¿qué coño queréis?” gesticulando con sus manos de obrero del rock.

El segundo guitarra le lanza un puñal:

—¿Quién ha alquilado esto?

Sentada encima de un amplificador, Yara lo amenaza también con sus baquetas:

—Frank, decime que no fuiste vos. Decime que es cosa de Hugo. Porque somos Long Train, no *Old Furgo*.

Hugo coloca el freno de mano de la vieja carraca hasta su tope y se asoma por la ventanilla con sus ojos saltones todavía en fase REM:

—Me dormí, tíos. Pedazo de siesta. Totalmente muerto. Vaya semanita tuvimos, ¿eh, Frank? Y vaya mierda de furgo alquilaste, tío.

Nuevamente, los miembros de la banda, como fichas de dominó cayendo, vuelven la mirada hacia Frank.

—Te dejaste tangar por la chavala del *rent a car*, ¿eh, guitarrista? La verdad es que la tía estaba un rato buena —mete la pata del todo Hugo mientras baja de un salto.

Escabulléndose de tener que enfrentarse a la banda otra vez, Frank abre las puertas traseras de la chatarra y, sin dejar pasar un minuto más, comienza a subir los instrumentos y el equipo. La batería la pone

el local. Acumulan una hora de retraso sobre los planes, así que, con el tiempo más que justo, Long Train saldrá en diez minutos hacia Madrid.

—Joder Hugo, no lances así las guitarras. No son de goma.

—Las prisas, tío. Ah, por cierto, olvidé contarte un detalle... Umm, nada... Un desliz... Vamos, que... Supongo que pagará el grupo. Viniendo hacia aquí. Putos móviles, puta poli. Me multaron.

—Lo que me faltaba —resopla Frank.



Un tropiezo más

Long Train deja vacío el escenario. La música ambiente se escucha de nuevo, pero las luces continúan apagadas. Los Marshall encendidos comunican como con un lenguaje de signos que la sala todavía les permite rematar el show. Después de hora y cuarto sin dar tregua a quienes visitan el local esta medianoche tan fría, les quedan dos, quizás tres zarpazos más.

De vuelta a sus posiciones, Long Train no se enfría con el “John Wayne” Enemigo. Tras el estruendo final de la canción:

—La última, para la gente de la compañía que ha venido a vernos una noche tan gélida... Gracias a todos —dedica Frank vagabundeando con la mirada entre las cabezas en la oscuridad sin poder localizar al

representante que ha enviado la discográfica—. Cerramos con los Hermanos Dalton. Esta es “Una noche más”:



*Una noche más, no quiero solo tu recuerdo,
Debo descansar, pero yo sé que no andas lejos.
Nada es igual, y en mi cabeza cada instante,
Necesito gritar, y en mi locura volverás...*

Frank, adicto ya a saborear la pálida barriguita de Bárbara, vive otra de sus ausencias.



*Todo sigue igual, es solo una noche más,
Todo sigue igual, es solo otra noche más...*

11 de diciembre. Mano a mano

Todavía con la resaca de la actuación en Madrid, Frank y Yara han quedado para tomar una cerveza rápida en su bar habitual, Futbolines. Long Train hoy no ensaya. Día de recuperación.

Sentados a la barra de esta antigua cantina de lo que fue un sindicato, de techos altos y grandes ventanales, conversan con el sonido de fondo de las bolas que golpean jugadores y porterías.

—No me quito el mal sabor de boca, tía. Me jode sobre todo por vosotros. ¡Creía que los A&R eran más serios, joder! —rasca Frank cabreado la etiqueta de la botella que tiene entre las manos.

—Che, no te agobies. Debe haber agentes y agentes. No tuvimos suerte esta vez...

—Hostia, pero es que ni siquiera cuando lo vi entrar con esa chavala pegada a su culo me imaginé que sería tan desastroso.

—Tenía quince años menos seguro —salta Yara.

—O quince años, punto —se desfoga Frank.

—Sí, pero cuando se presentó, vos no le quitabas ojo a la pibita.

—El tío iba súper puesto. No podía soltar cuatro frases seguidas, joder.

—¿Algo así como tú unas horas después?

Frank no entra al trapo:

—Empezamos a tocar y, no te lo creerás, pero me notaba nervioso, tía. Los veía a un lado, en los

sillones, escuchando...

–Privilegios de estar en primera fila. Desde mi batería yo solo veía tu trasero.

–Es que no me quito de la cabeza cuando a la tercera canción el tío envolvió a la rubia como un pulpo y le metió la lengua hasta el esófago. ¡Era solo el tercer tema, joder! Y no dejaron de sobarse hasta que desaparecieron. Me dio una bronca, como dices tú...

–Por ahí es tan bueno que puede escuchar a los grupos noveles y meter lengua a la vez.

–Puto ojeador. Pasó totalmente del concierto... El tío me ofuscó. De verlos ahí, enganchados, no me salían ni los solos, joder. Para eso mejor que no hubiera aparecido...

La vieja historia se repite: el sueño de triunfar se esfuma antes de despertar. Pero esta vez Frank no está dispuesto a rendirse todavía. Y menos cuando descubra en la red un par de buenas críticas que no espera.

–Calmate, querés. Tenía mejores cosas que hacer que prestarnos atención –intenta suavizarle el mal trago Yara–. Es que sos muy romántico, Frank. Tus canciones ponen cachondo al público rápido.

–Joder que sí –se lo toma a coña Frank–. Seguro que a mitad concierto ya andaban follando en algún reservado –empieza a relajarse–. Desde luego el tipo no nos olvidará... Para él seremos “aquel grupo de la rubia de los morritos”.

–O “el de la mamada en el baño” –le sigue Yara.

—Eso, igual nos oyeron de fondo. Lo peor.

—¿Y qué me contás de la cuadrilla de pilotos y azafatas de Barajas? Menudo público.

—Los que faltaban, joder —maldice Frank moviendo la cabeza de lado a lado—. Nosotros regalando nuestro mejor rock y la fuerza aérea al completo abajo de puto desmadre. ¡Y de espaldas al escenario! Con dos cojones...

—Che, uno uniformado casi me pota encima cuando intentó ayudarme a desmontar los platos —le cuenta muerta de risa—. Para eso inventarían los muy boludos el piloto automático. Les hace la faena los días de resacón.

—Joder, tía, para ya... Conmigo no contéis si hay que subirse a un avión. Por mucho que te empeñes, nada de tocar en Argentina, aunque nos salga un bolo.

—Cagao.

14 de diciembre. Una mañana de domingo de mudanza

Con ayuda de su hermana, Frank está metiendo sus cosas en cajas. También sus recuerdos. Hoy abandona de nuevo el piso de sus padres. Estos últimos tres años en que ha vuelto a refugiarse con ellos, ha estudiado la idea casi a diario, pero ha aguantado para ahorrar y poder invertir en su banda.

Frank viste su vieja camiseta negra de la raspa de Enemigos que atesoraba en la parte baja de su armario con otras igual de roídas de la época de Madrid. Cada objeto que recoge desempolva en su memoria algún relato que compartir con Alexia:

—A los catorce años, cuando íbamos al pueblo en verano, escuchaba este disco de Bryan Adams —le cuenta ante una montaña de CDs de serie media cubiertos de polvo—. Tumbado en la cama, envuelto por el olor de esa casa con historia, soñaba con componer alguna vez mi propio *Summer of 69*.

—¿Ves como en el fondo eres un sentimental, hermano? Venga, ponte las pilas o nunca me desharé de ti.

—Serás mala gente... Ya sé que te mueres de ganas de que me largue, enana. Pero podrías ser menos descarada.

—¿Por qué? En cuanto salgas por la puerta me mudo aquí.

—Espera al menos a que se enfríen mis sábanas.

—Ni hablar. Date prisa en hacerme sitio o

empezaré a vender tu estudio privado de grabación por piezas.

Entre estas cuatro paredes, Frank consigue ese sonido garajero tan personal de sus primeros borradores. Ni tan siquiera el local de ensayo le convence tanto. Hasta que no encuentre de nuevo su espacio, no desmontará su centro de operaciones. Este cuarto siempre ha sido su lugar para aislarse, para inspirarse, acostado sobre la colcha, mirando a ninguna parte.

Alexia deja con cuidado en el suelo la caja que transporta por el pasillo para contestar su teléfono:

—¿Qué pasa, tía? Aquí estoy, ayudando a mi hermano en el traslado. Volvemos a librarnos de él. Creía que nunca llegaría este día —bromea cuando Frank trata de sortearla camino de la puerta con otra caja.

—¿Y eso? ¿Así de repente? ¿Ha sabido algo de la discográfica? ¿Se vuelve a Madrid? —no puede enmascarar su alarma Doro.

—No. Se larga a casa de Bárbara.

19 de diciembre. Víspera de las vacaciones de Navidad en el Hard Time

Solo los asiduos ya ocupan casi un tercio de la sala. No falta nadie. La actuación de Long Train convoca una noche rock de corte clásico bajo los focos: hora larga de sudor con sonido guitarrero y el *feeling* de Frank sobre el escenario. La banda siente, comunica, se divierte. Después de tres canciones a un ritmo endemoniado, las guitarras rascan un funk que no deja dos pies quietos en toda la sala:

–Bárbara –manda un mensaje Frank.



*Y ahora que ya estoy probando
De mí propia medicina,
No me queda de tí
Más que un poco de cocaína,
Y yo sé que tú vas, pisando por delante,
Hoy me quedé en la barra, para verte y sonreír.
Mientras tú...*

Por un segundo a Frank se le va la letra. Con una sacudida de cabeza, continúa:

*En la discoteca,
Mientras todo va girando,
En la discoteca...*

El suelo se tambalea bajo los pies de Doro como tablones de madera en una de esas viejas atracciones de feria itinerantes. No veía a Frank desde aquella tarde en la cancha de básquet. Con los exámenes por medio, no ha pasado por las salas de ensayo, y desde que Frank anda con Bárbara, tampoco han coincidido en la cocina de Alexia, así que ha trapeado esta racha repleta de días grises bloqueando pensar en él.

Esos tres minutos eternos acaban con un giro imprevisible. Frank se pone en el dedo índice un cilindro de acero que Doro nunca había visto para presentar la primera lenta:

–“Sábado noche”. La estrenamos hoy. Por esas tardes de domingo, chicas –dedica hacia su hermana y Doro antes de dar un trago de nostalgia a su cerveza.

Pablo, sin saber muy bien de qué habla, radiografía los ojos vidriosos de Doro tratando de leer qué ocurre, qué siente.



*Salimos a beber, un sábado cualquiera,
Yo llevaba tu ansiedad, metida en la cartera,
Y qué más da, la orquesta va a empezar.
Y otra vez volvimos a perder,
Y otra vez volvimos a encontrarnos
En el mismo bar, un sábado a la noche...
Llevaré mis botas de piel,
que están ya rotas de andar por charcos.
Todo va a estar bien...*



Tras los últimos aplausos

Llevan armándola desde mediodía, pero Pablo quiere apurar lo que queda de este viernes frenético de barriles de cerveza y colas de bocatas en los bares del barrio. Hoy piensa volver a intentarlo con Doro. No puede fingir más que pasa de su indiferencia, que le da igual.

—¿Seguimos la fiesta en otro sitio?

—Yo espero a que salga mi hermano.

Doro se ancla a Alexia para saludar a Frank.

—Entonces pido otra ronda —se conforma Pablo.

Al cabo de unos diez minutos los componentes de Long Train empiezan a dejarse ver por la barra. Les rodea su gente, “la familia Long Train”, como llama Frank a todos esos colegas satélite que les siguen en su trayecto. Los más amigos se abalanzan sobre ellos. Con otros conversan y se echan unas risas. Algunas chicas aprovechan la ocasión para volver a verles.

—Ahí está Frank —sale Alexia disparada hacia Yara.

Doro a punto está de lanzarse también, pero se frena. Ya está bien de ser solo un apéndice de Alexia a ojos de Frank. Se hace la dura coqueteando con Pablo, pero, lo pasa tan bien con él, que por un momento se olvida de todo, incluso de Frank.

Cuando Alexia vuelve a la mesa, Doro recorre la barra tratando de localizarle. No está. “¿Se ha ido?”.

—¿Qué te pasa? —la interroga Pablo al notar su agitación.

—Nada. Voy al baño.

No puede seguir sentada sin buscar a Frank. Se dirige a los servicios rastreando con disimulo en todas direcciones. Nada. Al salir del baño toma un camino distinto para cubrir todas las posibilidades. Tampoco. Se acerca a pedir una cerveza para darle algo más de tiempo a la suerte, pero teme que la función de hoy haya terminado.

Mientras espera a que le sirvan, reconoce la voz de Frank a su espalda:

—¿A quién andas buscando, ojazos?

Aliviada y atacada, se impulsa con la barra para girar el taburete en el que está sentada. Sus piernas quedan entre las de Frank, apoyado en el asiento de cuero negro de su lado.

—¿Dónde te has dejado a tu sirena, Ulises? —le mantiene Doro la mirada con el corazón en la boca.

—Regalando su canto por ahí. ¿Y tú? ¿Estás con Pablo?

—No, paso. Los cantantes de rock sois unos crápulas.

Frank le da la razón con una mueca canallesca.

—¿Y cómo va lo demás? ¿Qué tal tus exámenes, futura doctora?

—Me temo que la cagaré con la media que

necesito, pero tengo un plan B: Enfermería. Ale me ha prometido una bata blanca para empaparla en cerveza si lo consigo.

—Suerte —la anima haciendo chocar su gintonic con la cerveza de Doro. A pesar de la cercanía, el último gramo ha encerrado a Frank en otra dimensión, inalcanzable.

—¿Y tú? ¿Cómo ha quedado lo de la discográfica? —trata de llegar a él de todas formas Doro—. Ya me he enterado de lo de Madrid.

—Nada. Agua de borrajas. No hay forma de dar con el tipo en cuestión. En la compañía se me tiran cada vez que llamo.

—Qué chungos. ¿Pero tú estás seguro de querer esa fórmula? Eres un nostálgico... ¡Si siempre estás echando pestes de la industria! No te veo yo dejándote amaestrar.

—Frank, esta peña quiere moverse a otro sitio —les corta Bárbara colgándose de su cuello por detrás.

—Bueno, Doro, hasta otra.

—Chao. Suerte con todo —le desea a Frank mientras se aleja detrás de “su bárbara”, empujándola suavemente por las caderas con el “Kiss Kiss Bang Bang” de Subways llenando la sala.

Sigue la noche de desmadre, para casi todos.

20 de diciembre. Sábado por la mañana de bifurcaciones

–Buenos días –bosteza Doro al teléfono apartándose las legañas–. No, qué va, volví pronto, pero no podía dormir y me lié con internet. Tú eres la que está desaparecida.

–Menuda nohecita, cariño –bosteza su madre también al otro lado de la línea–. Se me alargó la cena del curro... –empieza a contarle algo.

–¿Y dónde has pasado la noche, perdida? –vuelve a bostezar Doro todavía más fuerte.

–En un hotel.

–¡¿En un hotel?! –se le abren los ojos de una.

–Con alguien.

–¿Y todo eso de que aún no estabas preparada, de que los de tu edad solo quieren meterse en casa para que los cuides...? –se pone un poco borde Doro.

–No sé, ha surgido nena –se escucha cierta tristeza en su tono de voz.

–¿Y te hacía falta un hotel, pendón? ¡Tienes casa! –se arrepiente Doro de su marcaje.

–Y una hija.

–Ni que yo te molestara. ¿Tanto habéis gritado?

–*Yeeaaah!* –pierde el control Lola sin poder reprimirse.

El chillido al teléfono recupera el código entre madre e hija, todo confianza.

–¿Pero qué te pasa? ¿Quién te ha poseído?

–No me hagas mucho caso, Doro. Es un tío de

fiar, muy simpático...

—Sí, claro, te ha estado contando chistes...

—Y muy cariñoso. Se llama Luis. Tiene unos ojos... Y unas manos...

—¡No sigas! No necesito tantos detalles. No soy tu madre. Pero... ¡vuelve algún día por casa! Andaré por aquí con Pablo.

24 de diciembre. Frank deja atrás la ventisca en las calles del pueblo

La robusta puerta carcomida de la entrada retumba. Fer reconoce el ímpetu vespertino de su hermano.

Hacía más de cinco años que Frank no se apuntaba a la excursión familiar al pueblo los días de Navidad. En cuanto ha llegado se ha ido directo al bar en busca de sus antiguos compañeros de trastadas. De regreso a casa de sus abuelos, sube las escaleras en cuatro zancadas y encuentra a su hermano mayor taciturno, frente a la chimenea.

—Hey, Fer, te esperaba en la taberna —le tantea Frank desde el quicio de la puerta, todavía bien abrigado.

—¿Recuerdas a Vero? —apenas murmura Fer.

—Claro. ¿Por?

—Me la he encontrado cuando iba de camino. No me ha molado nada lo que he visto....

Vero fue la primera novia de Fer a los dieciséis. Nunca ha querido tanto a nadie. Ni siquiera a July, su actual chica. Vero protagoniza sus mejores recuerdos, aunque no fueron muchos. Cuando solo llevaban dos años juntos, la familia de Alexia, Frank y Fer se mudó a la ciudad. Una distancia suficiente para decirse adiós.

—Su aspecto era deplorable, tío. Le ha costado

reconocerme. Me ha dicho la abuela que está enganchada.

—¿Yonqui? No jodas...

Fer mantiene un silencio glacial.

—Nos gustaba hacer planes, ¿sabes...? Hoy he lamentado no haber estado estos años a su lado... Haber cogido otro camino, con ella.

—Hacíais buena pareja. Yo era apenas un chaval, pero ya quería ser como vosotros...

Por un momento, las facciones de Fer se templan:

—¿En serio?

—Soñaba con tener una chica como Vero, que me hiciera reír como ella a ti, que andabas todo el día descojonado y feliz.

—Y luego se te pasó, ¿no? ¿Lo de emparejarte, digo? —saca fuerzas de flaqueza Fer para meterse con Frank.

—Hey, que estoy probando con Bárbara. Qué poca fe tenéis todos en mí, joder —se ofende mortificado por sus contradicciones.

Fer ya no le presta atención. Su rostro vuelve a enturbiarse:

—Putas drogas. La coca se está cargando a muchos colegas. No te lo puedes imaginar. Y ahora Vero, de jaco... Joder —no deja de mirar las brasas. Los ojos secos le queman.

—Tío, lo siento.

—Espero que Ale lo tenga claro —medio

pregunta Fer.

—Ya sabes, alcohol y algún porro. Creo que de ahí no pasa... Tiene una pandilla muy sana. Aunque no lo parezca, en el fondo te escuchamos —bromea Frank levantando las cejas.

—Entonces, ¿tú... lo tienes controlado?

—Casi siempre. Fumo lo mío. ¿Te acuerdas que de enano me ponías el *Rock'n'Ríos*? —cambia Frank el tono para no tener que dar más explicaciones—. “Un caballo llamado muerte”. Todavía me emociona cuando la oigo.

—Hostia, tío, mira que eres antiguo...

Sus escarceos con la heroína, recogidos en algunas de las estrofas rasgadas de sus viejas maquetas, es una de las pocas cosas que Frank nunca le ha confesado a su hermano sobre su etapa en Madrid.

Fer se revuelve en el sofá y coge unos papeles repletos de garabatos que tiene junto a él:

—Toma. He escupido unas líneas. Igual te valen para algún tema de Long Train.

Cuando está hecho polvo, Fer escribe sus mejores textos, cargados de mala leche.

Frank se estira para recoger esos resquicios del mal rato de su hermano. La visión de una joven Vero se amplía en su cabeza cuando comienza a leer en la habitación apenas iluminada por el fuego:

*“...Y aunque ya nada es igual, eres la niña de COU
Curso del 94.”*

*La camiseta del Che te quedaba tan bien.
Calímocho y anarquía, y escapar de la policía..."*

Levanta la vista unos segundos para despedirse de Fer dejándole claro que lo que ha escrito es realmente bonito y, sin parar de darle vueltas a esos versos, Frank sale escaleras arriba a por su guitarra. No repara en que el resto de la familia ya se está preparando para la cena de Nochebuena.

27 de diciembre. A cuatro tardes de Nochevieja, todavía sin nada montado

Doro ha convocado a los colegas a un gabinete de crisis en Futbolines. Nochevieja es una de esas oportunidades que no acepta desperdiciar: una noche de descontrol, de noquear los problemas para empezar de nuevo dejando solo lo bueno. Cuelga el cartel de “todo vale”.

Por si acaban de botellón en algún sitio, Pablo y ella llevan toda la semana intercambiando ideas, grabando música para hacerla durar hasta bien entrada la mañana. Sus móviles echan humo y sus visitas de casa a casa se han multiplicado.

Los comentarios de Sergio sacan a Doro de sus casillas:

—Total, el 31 es como cualquier otro día. Tampoco pasa nada si no la liáis.

Sergio pasaría esa noche jugando en red al *World of Warcraft*. Enganchado a su teclado, el batería de Ráfagas vive frente a la pantalla del ordenador. Lo suyo son las aventuras virtuales más que las reales.

Recién llegada del pueblo, Alexia interrumpe la conversación en el momento justo acercándose entre las mesas de madera maciza llenas de marcas:

—Me debéis una —proclama triunfal sentándose.

—A ver —le suelta Sergio una de sus coces escéptico.

—Tenemos plan —sigue Alexia sin que le afecten ya sus desplantes—. Mi hermano Frank va a pasar la Nochevieja en el villorrio de unos colegas con pasta de sus colegas. ¡En la playa! Quieren montarla buena, y cuanto más peña mejor. Con 40 pavos por cabeza para bote podemos apuntarnos.

—¡Pero si con el alquiler del local estamos pelados! —se raja Sergio.

—¿Una Nochevieja con los Long Train? —ignora Doro al batería.

—No sé si van todos los Long Train. Frank y Yara seguro —aclara Alexia sin hacer caso tampoco a las pegas de Sergio.

—Pinta bien, ¿no? —interpela Doro ansiosa a los demás temiendo que Sergio pueda tumbar el plan.

Pablo, con mirada inquisidora, se lo piensa.

—¿Hace entonces? ¿Confirмо? —no da tregua Alexia tampoco.

—Por mí vamos —se anticipa Doro para tratar de que el resto la siga. A través de los cristales manchados de huellas dactilares de las gafas de Sergio, detecta que ya no está en la discusión.

Raúl la tranquiliza, asiente a su propuesta. A Dani le apetece también:

—De puta madre.

—Vale —se suma Pablo el último. Su único requisito es pasar las campanadas con Doro. Espera ganar su segundo asalto con ella.

30 de diciembre. El penúltimo del año es un día de cielo negro basalto

Lleva chispeando desde ayer, pero la mala suerte ha querido que el chaparrón descargara justo cuando Frank iba de camino al piso de Fer y July. Le ha pillado de pleno. Empapado y encabronado, en cuanto ha entrado en el portal ha destapado la bolsa de vinilos que protegía bajo la cazadora para asegurarse de no haberlos mojado.

En compañía de su mal humor, Frank se sienta en el suelo junto a una estantería del despacho de su hermano. Coloca con cuidado los discos que trae para devolver y se entretiene sacando y metiendo carátulas en busca de otros títulos que llevarse. Está preparando música para pinchar mañana, la noche del 31. Su pelirroja tampoco tenía la tarde libre para él hoy.

Fuera sigue diluviando, así que Frank no sale de su guarida. Apoyado en un rincón, entiende la lividez y el desaliento del rostro de Lou Reed dibujado en espray blanco y negro en la foto gigante del muro de Berlín que tiene colgada Fer. Se queda absorto un buen rato vagando por sus grafitis.

Por alguna de esas asociaciones indetectables de la memoria, se acuerda de cómo discutía hace poco con Bárbara sobre si era mejor el polvo de *Qué hace una chica como tú*, en el baño, o el de *Quadrophenia*, en el callejón durante la pelea, y cómo acabaron follando contra la pared del pasillo.

Dejando escapar una mueca de placer, se levanta y se acerca a la colección de vídeos de conciertos y películas de rock que etiquetan tantos de sus recuerdos. Recorre con el dedo la fila de DVDs y de cajas polvorientas de BASFs, TDKs y SONYs que guardan en VHS *American Graffiti*, *Gimme Shelter*, *Velvet Goldmine*, *Casi Famosos*, *Alta Fidelidad*, *The Doors...* y, cómo no —se ríe solo—, la preferida de Fer, *The Commitments*, de la que cuenta hasta tres copias en DVD. “Qué vicio tiene el tío”.

Su dedo índice reanuda su paseo por los adhesivos de las primeras que vio de pequeño, *Cuenta conmigo* y *La Bamba*. “Joder, si llegué a llorar con esta”. Las persecuciones de los *Blues Brothers* y el pique de guitarras final de *Cruce de Caminos* se los puso cientos de veces antes de ir a la cama. Y *The Last Waltz*, con la que siempre cuenta que aprendió a hacer rock and roll.

En otros estantes se reencuentra con más viejos amigos: la selección de cintas de casete bien rotuladas de Fer que tanto le han sufrido... Y al final de la balda, después de los CDs de música, ya solo como decoración, el arcaico cuatro pistas hecho polvo que Fer se compró por capricho, como juguete de coleccionista, y con el que Frank montó sus primeros temas.

—Te pasabas tus buenos ratos con él, ¿eh? —le sorprende Fer husmeando por encima del hombro de su hermano—. Parecías el inventor loco de *Regreso al Futuro*, tío... con los ojos fuera de las órbitas, ahí, to

concentrao...

Como de vuelta de otra dimensión, Frank se fija en que ha dejado de llover:

–Me largo. Te pillo estos discos.

1 de enero. Primeras horas del año

Los discos de Fer corren peligro rodeados de copas a medias y chupitos vacíos. Desde las ocho de la tarde, varios DJs han ido pasando por la zona reservada para pinchar, que ahora ocupa Pablo, con el plato a un lado y un Mac al otro.

En el centro del enorme comedor acristalado, Yara y Alexia bailan con la música que él va seleccionando. Tras ellas, contra la pared, descansa una larga mesa repleta de botellas, vasos y platos de comida desperdigados. Todo mezclado. Bien usado. Al otro lado del salón, alguna gente charla apalancada en los sofás junto a una pareja que no para de meterse mano. Raúl, con su indumentaria gótica de gala, va y viene al congelador y a la nevera intentando ligarse a la *Emily the Strange* de la fiesta. Un escuadrón de chicos entra al baño.

Pablo, ilusionado con su nueva experiencia musical ante un portátil, no baja la guardia. Esquivando estas escenas cercanas, a través de las puertas de cristal empañadas que dan a la playa, persigue la silueta de Doro, casi indistinguible, que se divierte en una pachanga de fútbol con Frank y otros invitados a la fiesta que no conoce.

Es una noche muy oscura con apenas una línea de luna. La arena está muy fría, pero todos juegan descalzos. La luz dorada de las farolas del paseo marítimo da sensación de calidez y el alcohol

consumido les protege del aire helado. Nadie lleva la cuenta de los goles o del cronómetro. Flotan desinhibidos en una nebulosa etílica. Tubos y litronas de plástico cuidadosamente depositados por los jugadores señalan la banda.

Después de tantas horas de jarana, el juego a menudo se convierte en rugby amistoso. Las caídas y los revolcones son constantes. En una de las jugadas, los pies desnudos de Frank y Doro se rozan de forma casi imperceptible. No para ella. Ahora, al tratar de robarle el balón, Doro hace caer a Frank, que se la lleva por delante. Los dos ruedan, rebozándose.

Hace más de una hora de las doce campanadas. Momentos íntimos de camaradería. El abrazo de feliz año entre Doro y Frank, las palabras que él le ha regalado en esos instantes: “*carpe diem*, bonita”. La celebración con Ale y con Pablo. Doro no ha conseguido hablar con su madre, las líneas estaban colapsadas, pero han cruzado un mensaje en medio del ruido: “Este va a ser nuestro año ;-), “A x el! :-p”.

Cuando la bebida de la playa empieza a escasear, la mayoría abandona y vuelve a la casa a repostar. Solo dudan Doro y Frank.

—Yo me quedo un rato —se recuesta Doro en una barca con el deseo de que Frank la siga, pero él regresa con los demás. “Debe ir en busca de su Bárbara”, le repatea.

Al minuto, Pablo se apoya junto a ella. Al darse cuenta de que no volvía, ha visto la oportunidad de

estar a solas con su musa.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —le susurra bajo la cara oculta de la luna.

—¿Desde cuándo pides permiso para atacar? —le sonrío Doro.

Pablo titubea:

—Pensaba que ni te acordabas de aquella noche.

—No iba tan mal...

—Es por Frank, ¿verdad? —escarba Pablo con sus dedos en la arena.

Doro, enmudecida, sin mover un músculo, se aferra al rompeolas, que marca el ritmo de la escena.

—No hace falta que contestes... Joder, eso es competencia desleal —protesta Pablo, como hablando solo—. Contra él no tengo nada que hacer... —remuga lanzando una piedra a la oscuridad con desánimo.

Doro salta a horcajadas sobre él y lo sujeta fuertemente por los antebrazos contra la barca, cara a cara:

—Pablo, prométeme por tus guitarras que de aquí no sale —le amenaza con un ruego cargado de pánico en la mirada.

Pablo se encoge de hombros.

—En serio, tío. Por favor. ¿Cómo lo has sabido?

“Porque leo en tus expresiones como en un libro abierto, bonita”, trata de decirle con el gesto sin pronunciar una sola palabra. Aunque le salga de dentro, Pablo, sin serlo, en esos momentos no puede evitar sentirse una copia barata de Frank.

Como rindiéndose, Doro vuelve a su posición anterior. Tiembla por el frío y por lo súbito de la confesión que acaba de hacerle a Pablo, que la rodea con su brazo y la acerca hacia él. Esta vez con la actitud sincera de un amigo, sin pretender nada más que reconfortarla. Los dos se quedan en silencio, escuchando romper las olas entre palpitaciones con su respiración acelerada de fondo.

Con Pablo, Doro se siente segura. A gusto. Tal vez es con la persona con la que mejor está, en cualquier circunstancia. Le vienen a la memoria flashes junto a la barra aquella noche de concierto. Mariposas en el estómago. A lo lejos ve desaparecer a Frank con Bárbara por detrás de una caseta de la playa. La pelirroja es la que va a vivir su sueño.

Se coge de la cintura de Pablo con fuerza y esconde el rostro contra su pecho, tratando de borrar la imagen de su retina. A Pablo, que ha visto lo mismo que ella, le recorre una mezcla de rabia, por tener que ser su paño de lágrimas por Frank, y de excitación, por tenerla por fin entre sus brazos, tan cerca; por ser él su confidente.

Doro, agarrándose a su ironía como tabla de salvación, gime para dejar atrás su amargura:

—Oye, Pablo, ¿sabes que hueles muy bien? — inspira pasándole las manos por el torso bajo la camiseta—. Y estás bien macizo...

Mientras bromea, Doro siente los músculos de Pablo en las yemas de sus dedos. Sin saber muy bien si

por el alcohol, el despecho, la atracción, el cariño, o simplemente como reacción física por el roce de sus cuerpos, Doro besa a Pablo.

De nuevo, Pablo tiene sentimientos encontrados, pero se impone el que le hace apretar fuerte su boca contra la de Doro y dar intensidad a ese tímido beso inicial.

5 de enero. Roscón. El último cartucho de las vacaciones



*You can't always get what you want,
You can't always get what you waaant...*

Doro baila por el pasillo de su casa, toda para ella, al límite de descoyuntarse con la versión de Diamond Dogs del clásico de los Rolling. Lleva unos días de muchos discos. No sabe lo que quiere. Con sus pinturas de guerra puestas, protegida detrás de esa raya tan marcada y varias capas de sombra de ojos negra, se prepara para la revancha de Nochevieja.

A falta de otros planes, ella y sus colegas han optado por cenar en un chino. Era lo más barato y en este ponen litros de cerveza. Han apurado tantos que han acabado chillando de punta a punta de la mesa y, al salir a la calle, de lado a lado de la acera.

En cuanto entra en el ambiente turbio del Hard Time, Doro distingue a Frank de espaldas, frente al mezclador de música, con los cascos como orejeras. A veces echa una mano tras la barra para sacarse unas pelas extra, pero, además, esta noche está anunciado como DJ.

La sala está a reventar. Raúl y Sergio van directos a pedir y Dani y Pablo se apoyan como pueden

en la gran columna del centro de la pista, cerca de Alexia y Doro, que se desmelenan con “The Passenger” de Iggy Pop bajo la bola de espejos.



—¿Cómo va, reina de la noche? —trata de hacerse oír Frank cuando Doro se sienta más tarde frente a la barra sonando a toda caña el “Ace of Spades” de Mötörhead.

—Pasándolo en grande —grita ella también—. Una noche de amigos, ya sabes, currante.

—Ya me ves... A ver si los reyes me traen ese contrato millonario sin cadenas —le guiña el ojo apoyado en el tirador de cerveza—. ¿Y tú? ¿Has pedido algo?

“Si tú supieras”, oculta tras sus labios Doro con los ojos muy brillantes.

—Que me traigan experiencias... Tantas como les quepan en sus sacas.

—Ojalá fuera tan fácil, ¿eh?

El volumen de la música no deja que Doro escuche la confesión de Frank. Sin querer hacerle repetirlo, nerviosa y ebria, continúa con la idea anterior:

—Podían empezar hoy mismo con una larga noche con algún tío glam... —duda si entrarle.

—¿Qué pasa Frank? —aparece Pablo detrás de Doro, como aparcando en doble fila.

—Pablo —le saluda Frank contento—. ¿Te pongo algo?

—Un ron con cola.

—¿Doro?

—Un chupito de vodka rojo.

Pablo le pasa el brazo por el hombro a Doro, pero ella lo aparta con disimulo levantándose del taburete mientras engulle el chupito de golpe.

—Me vuelvo a la pista. Nos vemos Frank —se mezcla con el tumulto.

Entre Pablo y Frank queda un incómodo espacio sin decibelios que enseguida rompe alguien que reclama la atención del barman.

14 de enero. Jueves. Uno de esos días en que todo cambia

Doro y Pablo viven su relación en clave diferente. Doro se siente perdida en el videoclip de “Donde solíamos gritar” de Love of Lesbian; Pablo, atrapado en las canciones de Enrique Urquijo.

El día después de Nochevieja hablaron por teléfono para tratar de descifrar qué había significado lo de la noche anterior. Doro fue clara desde el principio contándole que le asustaba que su amistad se fuera al traste e insistiéndole en que está colgada por Frank. Pablo permanecía en silencio, tumbado en su cama, como ella, escuchándola, con el móvil pegado a la oreja. Cada frase de Doro vaciaba en su cabeza partes de un puzle de miles de piezas que no sabía cómo montar para hacerla cambiar de idea.

—Si me presionas, Pablo, te tendré que mentir. No quiero estar contigo por no poder estar con él —fue lo último que resonó esa tarde.

Sin embargo, han vuelto a montárselo un par de veces desde entonces. Instantes inolvidables. Espontáneos. Privados. Empiezan buscándose por debajo de la mesa sin que el resto se dé cuenta y acaban escabulléndose a algún rincón fuera del alcance de la pandilla. Juegos prohibidos. Sin explicaciones. Sin complicaciones. No han querido que lo sepa nadie. Todo sería más difícil.

Hoy ponen en la Filmoteca *The Soul of a man*, de

Wim Wenders. Es pase único, así que, aunque sea entre semana, los melómanos del barrio se dan cita en la sala. Pablo ha cambiado el ensayo a otro día y Doro se ha saltado la piscina. Como siempre, escogen unos sitios libres muy hacia delante, cerca de la pantalla.

Sentado en el anfiteatro superior, Frank no les pierde de vista desde las alturas. Flirteaba con su soledad cuando se ha sentido extraño al verles entrar y pasarlo bien juntos. Doro, desde su butaca, en medio de este pequeño teatro lleno de encanto, siempre tan expresiva, está preciosa...

—¡Te pescamos! —sorprende Yara a Frank sacándole de sus pensamientos—. ¿Qué hacés aquí arriba, lobo estepario? No me dijiste que venías —le recrimina.

Junto a Yara, Alexia.

—¿Y tú? ¿Qué pretendes con mi hermanita? —desconfía Frank.

Triple cruce de miradas. Bajo las tenues luces de esta antigua sala de cine, Frank percibe lo que le rodea con más claridad que otras veces. Cae en la cuenta de que, desde hace un par de meses, Yara y Ale le preguntan constantemente la una por la otra, como quien no quiere la cosa, y Yara acaba de romper con su última chica.

—¿Qué pasa, hermano? —le saluda Alexia algo cortada.

—No sabía que te gustaban estas pelis —le contesta Frank con sarcasmo.

—Ya ves, todo se pega. Y tú, ¿has venido solo? —
se extraña Alexia al verle sin Bárbara.

—Mejor no preguntes. Por cierto —le hace un
queibro Frank mosqueado—, Doro y Pablo andan por
abajo.

—Cómo no. ¿Vamos con ellos? —propone Alexia
para dar salida a la situación.

A Yara le parte el cambio de planes. Ha subido
al gallinero para estar a solas con Alexia. Frank se
levanta como lanzado por un resorte:

—Vamos.

No se lo plantea dos veces. Baja las escaleras el
primero para sentarse junto a Doro. Le apetece estar
con ella.

—Hola pareja —sonríe lanzándose a la butaca que
no ocupa Pablo.

—¿Pareja? —hace un amago de carcajada Alexia
ignorante de lo que hay entre Doro y Pablo.

Frank lee su secreto en los ojos de Doro.

Justo antes de que la sala quede a oscuras, se
refleja en el semblante de Pablo y de Yara que les han
arruinado la cita. Frank y Doro en cambio parecen
alegrarse de poder compartir este viaje en el tiempo al
Mississippi de los años cuarenta, mientras Alexia, junto
a Yara, enfrenta un vendaval de emociones.

La pequeña sala está semillena. Frank y Doro no
apartan la vista un segundo de la proyección,
ensimismados, sumergidos en la trama. Pablo vive el
momento a través de Doro. La mira cada dos por tres.

Se deja caer hacia ella para tenerla más cerca. El contacto con Pablo saca a Doro de golpe del hechizo de Nueva Orleans. Consciente por primera vez de que Frank y Pablo la flanquean, muy cerca, en la oscuridad del teatro, Doro se siente estallar.

—¿Has visto qué guitarra? —le susurra Frank al oído en ese instante—. Es todo tan puro. Qué fuerza transmiten con apenas nada...

Doro se estremece. Pablo sabe que no es por él, ni por la película. Como si le hubieran clavado un puñal en el estómago, se hunde en su butaca y se zambulle en el documental, tratando de olvidar a los demás.

A la salida del cine, Pablo se despide rápido y desaparece por la primera calle a la izquierda, de capa caída, con las manos en los bolsillos, dándole patadas a todo lo que encuentra por el suelo.

Los ojos siempre atentos de Frank interpretan que él tiene algo que ver con el mal rollo repentino de Pablo. Nota a Doro preocupada, que sigue con la mirada cómo se marcha su amigo, pero también feliz:

—Qué pedazo de blues en imágenes, ¿eh? — comparte Doro con el grupo.

—Joder, ni que hubieras tenido un orgasmo, tía —la empuja Alexia.

—Bueno —gesticula Doro graciosa sin hablar.

17 de enero. En un ensayo de Ráfagas

Para Pablo, las letras de rock que escucha adquieren nuevos sentidos estos días. Le hablan de lo cerca que ha estado de que Doro fuera su chica. De poder proclamarlo a los cuatro vientos. Le enloquece el juego enfermizo que se traen, pero es incapaz de renunciar a él. No comprende el miedo de Doro a que su amistad se estropee. La resistencia a dejarse llevar es lo que más les está separando. Cada vez que están juntos acaban montándose. Son hierro e imán. Pero la sombra de Frank está siempre presente. Su atracción es más fuerte.

—¿Qué te parece meter “El Roce” de Platero en el repertorio? —le propone a Dani.

—¿Hay algo que no me has contado?

Pablo traga saliva, sin respuesta.

—Puede quedar guapa, tío, ahí tú y yo dándoles caña a las eléctricas —le da tregua Dani percibiendo alguna cicatriz fresca en su hermano.

Pero Pablo no coge la eléctrica. Se cuelga la cinta vestida de chapas y parches de su acústica y se sienta en el amplificador. Sin brillo en los ojos y barba de cuatro días, agachándose a conectar el afinador, contesta a su hermano sin hacerlo:

—Llevo mal la partida entre la amistad y el corazón.

Afina las últimas cuerdas, busca en el atril la letra con los acordes y empieza pausadamente,

cambiando el tempo, como siguiendo una claca muy, muy espaciada, con la voz rota:



*Te pilla la tarde en tu cuarto otra vez,
No suena el teléfono y tú sabes por qué...*

Sentado frente a él, Dani trata de descifrar la maraña de quintas y tristeza de su hermano. Doro entra en ese momento de regreso de la máquina de bebidas con Alexia. Al sentirla, Pablo le mantiene la mirada una fracción de segundo antes de volver a cerrar los ojos. Doro se aparta contra la tela mugrienta de una de las paredes, junto a la puerta entreabierta. Los susurros de Pablo le gritan una vez más lo que tantas veces han discutido desde Nochevieja:



*Y yo ya no sé lo que ha podido pasar,
Lo que estaba bien, ahora está fatal.*

Alexia, atascada en la entrada, le pide a Doro que le deje sitio, pero ella no le presta atención. Una de sus canciones preferidas está cambiando de entonación en la banda sonora de su vida. Por el pasillo aún vacío de grupos, resuena el quejido de Pablo.

29 de enero. El huracán María Dolores llega a casa de Alexia

Tal como entra, Doro suelta la mochila sobre la mesa de la cocina y corre al baño. Ya aliviada, al pasar por el viejo cuarto de Frank, le descubre tumbado en la cama, con el semblante derrotado y la mirada perdida en el techo, ido. Llama a la puerta con los nudillos. Al verla, Frank se incorpora con gesto amable y le saluda abriendo mucho los ojos:

—Hey, no sabía que estabas por aquí.

—¿Y tú? ¿Arresto domiciliario? ¿O no soportabas que Ale quisiera apalancarse en tu cuarto? —se ríe Doro, pero percibe que no es día de bufonadas—. ¿Estás bien?

Frank vuelve a acostarse boca arriba, sin contestar, con la cabeza sobre sus manos en el almohadón, como si estuviera en el diván de un psicoanalista:

—Algo jodido.

—¿Bárbara?

—Ujum —admite Frank con un sonido gutural sin llegar a articular ninguna palabra.

—¿Qué ha pasado? ¿Es serio?

—Los fracasos de siempre. Lo hemos dejado.

Doro siente como si fuera a saltar desde el trampolín más alto de una piscina olímpica, pero no se lo piensa:

—Eres de hostia continua —se acuesta junto a él

sobre las sábanas y apoya la cabeza en el brazo flexionado de Frank—. Te prepararé un ungüento casero para tus heridas, guerrero. Te grabaré temas para el mal de amores que te arranquen de cuajo la pena, a lo Quique González.

—*“Y ahora tendré que salir a buscarme, alguien que me arranque de cuajo la pena, de alguna manera tendré que olvidarte, tengo que olvidarte de alguna manera...”*— entona Frank—. Gracias, peque, pero a mí me van más las canciones cañeras, energía en vena. Soy de recuperación rápida — le guiña el ojo con esfuerzo.

Doro se da cuenta de que esta vez está tocado de verdad.

—Todo esto quedará en alguna canción, supongo —se hace el fuerte con ella sin dejar de recorrer el techo. Tras unos segundos, se gira lentamente y le clava la mirada con complicidad. Con sus rostros a menos de un palmo, Frank le recita una frase de la biografía de Janis Joplin que Doro le ha prestado—: “Cada noche, en el escenario, haré el amor a un montón de personas diferentes, pero volveré a casa solo...”.

—¡Tío! —exclama Doro incorporándose para no perder el control—. ¿Ya te la has leído? ¿Pero si se la pasé anteayer a Ale?

—Estoy en ello. Me está ayudando a evadirme... Un álter ego la Janis...

—Increíble, ¿eh? Pero ten cuidado, te acercas a

la edad fatídica: los 27... Janis, Jim, Jimi, Brian, Robert, Kurt, Amy... –nombra de carrerilla Doro, dejando pensativo y casando apellidos a Frank.

–¿Qué está pasando aquí? –les reprende Alexia desde la puerta al ver a Doro sentada en la cama tan pegada a Frank.

–Ya voy, ya voy, no creas que estaba perdiendo el tiempo. Practicaba para enfermera –se defiende Doro sonriendo de reojo a Frank mientras se levanta.

–No te engañes. Mi hermano solo conoce una medicina... Una enfermera le serviría, pero ya sabes para qué.

–Frank, tú aquí me tienes para lo que necesites –se ofrece Doro con expresión gamberra.

–Venga, tira para la cocina, pendón –le estira Alexia de la manga–. Te tengo que atar corto. Estás hambrienta de tíos.

–Ya me pasarás tu próxima canción –se despide Doro a rastras.

3 de febrero. Apenas una semana más tarde, en el mismo escenario

Alexia sabe que a Doro le pasa algo. La nota distante, más pensativa de lo habitual. Junto a su madre y a Pablo, ella es quien mejor la conoce. Las mayores confianzas llegan cuando duermen juntas, justo antes de cerrar los ojos. Con la luz ya apagada, se retuercen en sus camas por la emoción de sus confesiones.

A Doro le cuesta no hablar con Alexia de lo que le está ocurriendo con Pablo y con Frank. Hasta ahora, ella siempre ha sido la primera en saber qué le preocupaba, cada cosa que le pasaba. Es consciente de que su silencio las está distanciando, pero no podría confesarle lo de Pablo sin desvelarle lo de su hermano. Sin darse cuenta, Pablo y Frank han ocupado parte del lugar de su amiga.

Alexia tampoco está siendo franca con Doro. No encuentra el momento de explicarle lo de Yara.

—Doro, ¿te quedas a dormir? Tengo que contarte algo gordo —suelta al fin.

—¿Qué pasa?

—No quiero que lo oigan mis padres —masculla Alexia en voz muy baja—. Hablamos luego mejor.

—Me estás intrigando. Hecho. Me quedo. Pero dame un adelanto. ¿Le ha pasado algo a tu hermano?

—Nada nuevo.

—¿Ya tienes recambio para Sergio?

—Por ahí va.

Durante la cena, Doro no para de incordiar a Alexia. Las dos cuchichean en la mesa cuando les interrumpe Frank, que acaba de llegar a casa.

—Hombre, hermanito, por fin das señales de vida. Desde que volviste de casa de Bárbara es imposible poner GPS a tus movimientos. Estás recuperando el tiempo perdido, ¿eh?

Frank no responde. Está algo apagado. Pálido. Agotado. Mira a Doro:

—Hola Doro.

—¿Qué tal, Frank? Me debes una canción —le recuerda analizando su rostro, marcado por las ojeras de vivir la noche a tope, respirando su maldad sin límites ni horarios.

—No me olvido, pero solo doy con ninfas destructivas.

—Y a ti eso te gusta más que comer con las manos —le embiste Alexia dolida por ver a su hermano aferrarse a sus excusas.

—No encuentro a mis musas —la ignora él—. A ver si me pasas unos conciertos de esos que consigues por internet y me reinicio —le pide Frank a Doro.

—Claro, te paso unos enlaces. Te pondré un poco de porno casero también.

La salida de Doro hace mella en la sonrisa de Frank, que aparca por unos instantes más su cansancio:

—Gracias, mangui...

—Es gratis...

Cuando Frank sale de la cocina, Doro y Alexia se quedan unos minutos sin hablar. Doro le imagina por las calles, tratando de aliviar sus quemaduras, huyendo, una vez más, sin saber de qué. Intuye que está roto, arrinconado por su soledad, de vuelta en el lado oscuro del rock.

—¿Cama? —propone Alexia ansiosa por quitarse de encima su confesión. Odia ocultarle cosas a Doro.



En cuanto se meten en la cama nido con la puerta cerrada, Doro no le perdona un segundo más:

—Cuenta, tía. Me tienes en ascuas.

—Espero que lo que te voy a decir no nos cambie...

—Pero, ¿por qué?... No te sigo. ¿Por qué íbamos a cambiar? —Doro no sabe qué pensar.

—Bueno. Allá voy. Esto es como depilarse con cera: mejor de un tirón. Salgo con alguien.

—¡Tía, por fin te has estrenado! —lo celebra Doro destapándose y poniéndose de rodillas en su cama de un salto—. Pero está de puta madre. ¿A qué viene tanto dramatismo entonces? ¿Quién es, quién es? —le apremia Doro rebotando en la cama feliz.

Alexia mantiene el suspense un momento. Mira fijamente a Doro. Los ojos le brillan como nunca

antes:

—Es... Yara.

Doro no pestañea, la mira con el semblante paralizado. Ni sorprendido, ni alarmado, ni extrañado... Simplemente, en *pause*. Los ojos muy abiertos y la sonrisa a la espera de la respuesta.

—¿Doro? ¿Qué opinas?

—¿Yara? ¿Yara *Long Train*? —reacciona Doro.

—Sí, Yara.

—Pero... Yara...

—Sí...

—¿Y entonces?

—Ajá...

—Ah... Vaya... —Doro repasa a su amiga de arriba abajo, como tratando de detectar qué ha cambiado—. Pues mola.

—¿En serio?

—Claro. Pero yo flipo contigo, Alexia —se sienta sobre la cama entrelazando las piernas—. Joder con la mosquita muerta. La bataca argentina de Long Train, ni más ni menos. Hermana de tu hermano tenías que ser. Te ha costado, pero cuando te has puesto... Pero... ¿que a ti te iban los tíos!

—Bueno, tampoco los había catado. Y me molaban altos, flacos, castaños... batacas... Y Yara es alta, delgada, castaña... bataca...

—Es eso, ¿eh? Te pone cuando se quita la camiseta en los ensayos y se queda sudorosa, solo con su top ajustado...

—...marcando sus tetitas, pequeñas pero gustositas...

—¡Estás hecha una salida, tía! —le lanza el almohadón Doro acostándose otra vez y tapándose con la sábana—. ¡No te reconozco! Pero cuenta, ¿cómo ha sido?

—Todo empezó cuando vi a Sergio y a “la heavy” comiéndose la boca aquel día en el Hard después del concierto. Me escondí en el baño para que nadie notara mis lágrimas. Me estaba lavando la cara con agua fría cuando vi entrar a Yara por el espejo. Se acercó y me revolvió el pelo así... de forma cariñosa.

—Seguro que tu hermano le ha enseñado esos trucos.

—Qué cabrona...

—Vale, no interrumpo. Sigue, sigue. Y... ¿cómo te has colgado de ella?

—No sé, tía. Esa noche decidí tirar la toalla con Sergio. Y ella me hizo sentir bien, la verdad. Estuvimos hablando un rato. Su dulce tono argentino me calmaba. Desde el primer momento congeniamos. Tenemos mucho en común. Aunque me saca cuatro años. No sé... Para serte sincera, se me ha ligado, tía. La manera en que me miraba, cómo me trataba...

—Quieres decir que flirteaba contigo, ¿eeeh?

—Sí, bueno, no sé, como era la primera vez que me pasaba, tampoco estaba segura... Cada vez pasaba más a menudo por casa a ver o a recoger a mi hermano... Hasta que él se piró a vivir con Bárbara,

claro.

—¡Qué oportuno!

—Ni que lo digas. Aunque algo ayudó. Seguí sus consejos y confié en mis dones de una vez por todas. Empecé a acercarme yo por los ensayos de Long Train con la excusa de que así veía a Frank.

—Estás hecha una picarona... Y, ¿cuándo os liasteis?

—En Nochevieja me besó. No supe reaccionar. Me porté como una capulla, tía. Sabía que tenía novia... y estaba hecha un lío.

—Y yo, a por uvas...

—Bueno, algo también has contribuido. Al final nos enrollamos el día de la peli *The Soul of a Man*. ¿Te acuerdas que te quedaste hablando con Frank en la plaza y ella me acompañó a casa? Pues me contó que lo había dejado con su chica y... ¡menos mal que Frank tardó en llegar! Porque fue allí mismo, apoyadas en un coche, frente al portal de casa.

—Serás kamikaze.

—Sí, tía. Alguien me debió pillar infraganti porque hay un par de vecinas carcas que desde entonces me ponen unas caras... ¡Y me da igual! ¿Tú entiendes algo? Cualquiera día me pedirán explicaciones mis padres... Menos mal que Frank ha puesto muy alto el listón de sorpresas en casa.

—Joder, Ale, rock and roll.

10 de febrero. Cuando todo cuadra

A Yara le gusta sentirse al mando de las baquetas, llevar la batuta desde la retaguardia. En medio del ambiente cargado del local de ensayo de Long Train, sudorosa y sin camiseta, marca el comienzo de un nuevo tema en el que llevan trabajando unas semanas:



*Las calles ya no son iguales,
Y hay algo que me quema dentro,
Hoy te ví pasar de lejos, hoy volví a pisar el pueblo.
Y tú que te íbas a largar, o al menos eso me decías,
Arreglábamos el mundo en clase de Filosofía.
Perdona sí te digo que te ví de lejos,
Comiendo la manzana que te daba Adán.
Y aunque ya nada es igual, eres la niña de COU
Curso del 94
La camiseta del Che te quedaba tan bien,
Calímocho y anarquía, y escapar de la policía...*

—La tenemos —comparte Frank satisfecho con su banda. “Gracias Fer. Nuestro particular *Summer of 69*”.

—Habrás que celebrarlo, che —percibe Yara lo especial del momento.

—¿Una en el Hard? Además, tenemos bolo a la vista —anticipa Frank.

—Yo no puedo. Me contáis otro día, pero si es un embolao de los tuyos, paso —se larga el segundo guitarra de Long Train sin dar opción.

Las que sí se apuntan son Alexia y Doro, único público en el sofá de escay del local esta noche. Alexia es ya una habitual. Yara y ella mantienen de incógnito su relación. No encuentran cómo decírselo a Frank. Doro se ha dejado caer por los dos últimos ensayos. Los dos días, al acabar, ella y Frank se han quedado solos charlando un rato. Su acercamiento les aleja cada vez más de Pablo, que no encaja ya donde no queda espacio.



Noche de encuentros y desencuentros

Entre toma y toma, Frank baraja cómo plantearles a Yara y al bajista de Long Train su última iluminación: un concierto en un club de alterne. De una sala de primera en Madrid a un *night club* de carretera. Muy decadente. Le seduce la idea. Después del intento fallido con la discográfica y su desintoxicación de Bárbara, que le ha sumido de nuevo en viejas adicciones, aceptar esta actuación es un intento de tocar fondo para renacer de sus cenizas a lo Ave Fénix.

Las caras en torno a la mesa lo dicen todo. Cada uno trata de visionar la propuesta a su manera, sin apartar los ojos de Frank, como esperando más.

–Eso. Y barra libre y 500 pavos. Y las chicas subirían al escenario para caldear las notas...

–Capaz sos de que sea verdad... Suena tan tuyo... –no acaba de verlo Yara pendiente de la reacción de Alexia.

–A mí mi novia me mata –se sincera el bajista de Long Train.

–Venga... Y luego la seguimos por ahí y la liamos... –lo tiene claro Frank.

–Che, habrá que vivirlo –le apoya Yara ante la perplejidad de Alexia.

Todos están muy metidos en el momento cuando una chica de largas trenzas oxigenadas se sienta en las rodillas de Frank. Su minifalda vaquera deja entrever en lo alto de su cadera parte de una guitarra eléctrica tatuada con brillantes colores cubierta de purpurina.

–Hola Peter Pan –susurra la desconocida besando a Frank en la boca–. He estado muy solita...

El resto del grupo cierra filas. Siguen comentando la jugada y dejan a Frank a lo suyo. La chica que está con él es del grupo de amigas de July, que se arrima también a la mesa a saludar:

–¿Cómo andáis, pandilla?

–¿Qué hay, July? –se levanta Alexia a darle un beso a la novia de su hermano mayor–. Nos estamos recuperando de la última ocurrencia de Frank. El próximo bolo, en un puticlub.

–No me jodas. Qué bicho es. Y míralo, no

pierde baza.

—¿Alguien quiere algo más? —pregunta Doro para escapar a la barra.

Unos y otros le contestan con negativas.

—Yo te acompaño —se apunta July.

—¿Dónde te has dejado a Fer?

—Tenía curro en el periódico. Me he montado una noche de chicas.

July intenta sentarse con dificultad en uno de los altos taburetes de la barra.

—Ojo —la sujeta Doro.

—Upps, perdona tía. Estoy bastante pedo —sonríe apoyándose en su hombro—. Necesito empezar a diluir. Un agua, por favor.

—Raúl, a mí ponme una negra bien fría. Me apetece algo fuerte.

—Pues te pongo absentá, no te jode.

Doro le atraviesa con una mirada de fuego. Raúl se rinde manos arriba. Su camisa de manga corta negra deja al descubierto la camiseta de Sirenia que lleva debajo, con un lúgubre 13 en el que Doro se identifica. Sola entre Raúl y July, araña la etiqueta de su cerveza para evadirse de lo que la rodea, pero su cuello se gira ligeramente para ver qué hace Frank.

—Raúl, pon algo más animado...

—Sí —se une July—. ¿No tienes rap?

Raúl y Doro miran a July al unísono, como si acabara de aterrizar una nave nodriza.

—Sí, rap. ¿Qué pasa? Nací en *New York*, llevo

esos ritmos negros en la sangre. Estoy segura de que os molaría el buen rap.

Doro se ha quedado solo con un dato:

—¡¿Que eres de Nueva York?!

—*Yup!* Del Norte de Harlem, cerca del Cotton Club —frasea July rapeando mientras contonea su cuerpo sin levantarse del asiento.

—Ya decía yo que tenías un acento muy sexy — ensaya un piropo Raúl.

—¿Y qué haces aquí? ¿Cómo acabaste en este barrio? —se interesa Doro.

—Mis padres son de aquí, pero se fueron a trabajar a Nueva York. Cuando acabé mis estudios de Enfermería allí, me vine con un programa de intercambio. Me apetecía ver esto, practicar mi español... Conocí a Fer y me quedé... Mis padres también se volvieron hace un año.

—¡Qué fuerte! Mi padre era médico y vivió allí unos años con una beca. Me contaba historias increíbles sobre sus calles, sus gentes, sus garitos... Algún día espero poder hacer lo mismo. ¿No lo echas de menos?

—A todas horas... —suspira July—. Pero también me gusta esto.

En la cabeza de Doro se arremolina todo lo que ha visto, oído o leído sobre “la ciudad que nunca duerme”, su asignatura pendiente.

—Dejé muchos amigos allí —la trae de vuelta July, a la que el alcohol le suelta la lengua—. Pero Fer

tiene su vida aquí... ¿Sabéis? En Nueva York, cada minuto cruzan varios aviones por el cielo... Creo que a Fer le podría la nostalgia... Soñaría con coger uno de esos aviones de vuelta...

Entre July y Doro se despierta una conexión. Las dos vuelan hacia Nueva York.

—No os lo creeréis, pero echo a faltar hasta las enormes ratas de los decadentes túneles del metro...

—¿De qué habláis, guapetonas? —aparece Frank entre ellas cogiéndolas por la cintura.

—De ratas enormes —le para los pies Doro—. ¿Y tú qué? ¿Cambio de jugadoras? —le da la espalda.

—Hola cuñado —le saluda July—. Les estaba hablando de mi tierra. ¿Te acuerdas que te conté sobre mis colegas de Strawberry Fields?

—Cómo no. Del sin techo que cambiaba las flores cada día al homenaje a Lennon de Central Park.

—Sí, tío, el Gary. Vivía allí mismo, a la intemperie, frente al Dakota, con su perra. Si me pegué paseos yo con aquella perra negra con su pañuelo rockero al cuello... ¿Sabes Doro? “La negra” era hippy, no había quien la hiciera ladrar.

—Mira que nos han inspirado estrofas a Fer y a mí tus aventuras, *New York doll*. Más de una canción a lo Dylan. Algún día recorreré esas calles con mi guitarra a cuestas...

—¿Para probar a sus mujeres? —le castiga Doro sin dejar de darle la nuca.

—Qué imagen tienes de mí, peque. ¿Crees que

llegarás a conocerme?

—No creo que te dejes —se revuelve Doro en el taburete para que la suelte. Hoy no le apetece estar con Frank, pero quiere preguntarle a July sobre sus estudios de Enfermería en Nueva York. Se levanta de un salto y se dirige a los servicios. Al salir, algo más calmada, ve desaparecer a Frank en el baño de enfrente tras “la vikinga”.

—Raúl, me largo. Hazme un favor. Cuando Frank acabe, dale lo que te he dejado ahí.

—OK.

—July, otro día me cuentas sobre Enfermería, ¿vale? —le pide sin apenas energía.

—Cuando quieras. Que te pase mi móvil Ale. Cuídate, guapa.

El siguiente en abandonar el Hard Time, sin compañía, apenas diez minutos después, es Frank. Sale maldiciendo del baño, con las botas y los bajos de los pantalones mojados. Su ligue le ha potado encima nada más cerrar la puerta del váter.

Raúl le pasa un póster enrollado:

—No te dejes esto.

—¿Qué es?

—Ni idea. De Doro.



Frank atraviesa la casa a oscuras hasta su cuarto

Lanza las llaves y la cartera sobre su escritorio y, sin quitarse la cazadora, se tira sobre la cama mientras despliega el cartel de la película *The Soul of a Man* que colgaba tras el cristal de la taquilla de la Filmoteca y que Doro ha conseguido para él. No lleva ninguna nota. La situación habla por sí sola.

—“*Gracias x masajear mi alma amoratada*”, manda su primer mensaje a Doro.

Ella, cansada, metida en la cama, pasa del aviso de su móvil, pero la curiosidad arrastra su mano hasta la mesilla. Tarda en dejar de odiar a Frank lo que le cuesta leer el mensaje.

—“*Buen viaje*”, contesta de manera casi automática esperando que Frank perciba los matices de su píldora envenenada.

13 de febrero. Más distorsión

—¿Cómo andás? —parece pedir permiso Yara para entrar en el local de ensayo de Long Train.

Solo, de espaldas, Frank está recogiendo los cables que necesita para la actuación de esta noche.

—Che, Frank —interpela Yara a su cogote—, no seas enojón...

Frank la fulmina por el rabillo del ojo. Hace semanas que tenía la mosca detrás de la oreja con ella y con su hermana, pero las dos han jugado al despiste hasta esta mañana, que las ha pillado en plena faena en el baño de casa de sus padres. Se ha dado media vuelta dando un portazo y no les coge el móvil.

—Boludo, sabés mejor que nadie que hay instintos y pasiones que no pueden controlarse... Y el amor es el peor de todos... —continúa con su monólogo Yara—. En serio que traté de evitarlo... No es solo un calentón.

Ignorándola con desprecio, Frank saca al pasillo la funda de su guitarra. Yara se sienta encima del amplificador de Frank para forzar el encontronazo.

—Quita de en medio que llegamos tarde... Dame el ampli.

—Por la mano de Maradona, qué susto me diste. Pensé que te quedaste mudo y necesitábamos nuevo cantante...

Con rabia porque esté tirándose a su hermana, Frank resopla moviendo la cabeza de lado a lado como

si la fuera a embestir. Yara entiende que no es el momento y sale a esperarle en la furgoneta. En tres años, no recuerda un trayecto tan tenso por carretera. No siente ni rastro de la conexión con su camarada.



Un par de horas más tarde, en el Club 69, olvidado junto a una deteriorada carretera nacional con su neón medio fundido en rojos y verdes



*Ni tengo esmoquin ni el alma negra,
Ni tengo alas ni tengo halo,
Pero conservo un trozo de ti.
Un, dos, música maestro,
Las partituras se hunden mar adentro,
Y la orquesta se deshace con la sal...*

Una joven de mirada apagada, con una tanga brasileña y un sujetador de cuero negro que apenas le tapa los pechos, se retuerce cogida a una barra, bajo un foco, al ritmo de la banda.



*Soy un esclavo, soy un esclavo,
Soy quien da brillo a los instrumentos,*

*Y cuando sueño lo hago en dorado.
Y tu mujer te lo puede jurar,
Está triste porque no volverás,
Ha volado al club de jazz, ooh jazz...*

Frank suda, arde, llora, se come el micro sobre un escenario en llamas. La crudeza del tema de Las Ruedas, regresando al espíritu de la sala Ágapo, le sumerge en la poesía más sórdida del rock.

Es una noche de versiones. Nada de repertorio propio. Así firmó Frank la función en el *night club* cuando se lo ofrecieron la semana pasada en una de esas noches en malas compañías. No es lugar de agrado para Long Train, pero esta vez Frank necesitaba acercarse a Satán en su terreno. El segundo guitarra no ha aparecido.

Yara rompe el silencio que ha dejado el eco anterior golpeando caja y bombo, sin charles ni platos, de manera seca y muy pausada. Ella sola. Tras medio minuto largo, Frank y el bajista entran a *capella* con un doble salto stoniano:

*You gotta move, you gotta move,
You gotta move child, you gotta move,
'Cause when the Lord gets ready, you gotta
move...*

Sobre las tablas, a media luz, se desdibujan las siluetas de los dos músicos, con pantalones muy

ajustados y los mástiles de los instrumentos colgados a la espalda sin ser utilizados. Cantando al mismo micro, sus voces de ultratumba aumentan la temperatura del desnudo de la estríper, que cubre y descubre sus tetas con un sensual aleteo de brazos bajo la iluminación en rojo.

*You may be high, you may be low,
You may be rich, chiiiiild, you may be poooooor,
But when the Loooord gets ready,
You gotta moooooove...*

Recoge un pañuelo del suelo y se dirige hacia Frank, que ha iniciado un solo lento, sucio, nervioso, que recuerda a Keith Richards. Situada detrás de él, le acaricia el cuello antes de empezar a jugar con su pie de micro como lo hacía con la barra.

El tema se alarga porque nadie quiere que termine. Ni el público, ni el grupo, cada uno en su particular instante. La bailarina, arrodillada frente a él, simula una felación a Frank, quien hace suspirar su guitarra con unos fraseados tomados de Robert Johnson. Las voces acaban y dejan casi medio minuto de golpes de Yara, ahora todavía más intensos, como queriendo decir algo ante un foco que ya no alumbra nada.

Agradecida porque haya cargado de dignidad una noche diferente, la estríper besa la boca de Frank, purpurinoso, de figura glam, con el maquillaje

desintegrándose en sus ojos por gotas de sudor que se deslizan por donde no hace mucho cayeron lágrimas.

El improvisado final acaba con los gritos ensordecedores de la docena de borrachos apelotonados bajo el escenario y que esta vez sí van dirigidos a este Long Train en clave de tres, protagonista también de los mejores minutos de la noche.

De entre el griterío, una mano lanza una moneda dentro de la funda de la guitarra de Frank, abierta en un rincón; rodando como un dado sobre el terciopelo azul, reabre en él llagas que creía ya cerradas.

Sobre un amplificador, envuelto en una bruma de olor a moqueta podrida, el móvil olvidado de Frank se ilumina al recibir un mensaje de Fer:

—“*Q tal las bailarinas, pendejo?*”.

13 de marzo. Hace un mes de la actuación en el Club 69

Después de aquella madrugada, que se alargó en un par de días sin dormir y la composición de dos nuevas canciones, Frank retomó las riendas de su carrera musical y de su vida. Pensando en la banda, recompuso su relación con el segundo guitarra, que les dejó tirados aquella noche, y con Yara, lo justo para poder seguir juntos en Long Train. De nuevo centrado, tras ese punto de inflexión, se puso el mono de trabajo y montó lo necesario para grabar la nueva maqueta. En eso ocupa su tiempo libre. Pasa las horas en el estudio de un amigo, grabando, retocando cada pista; o con actuaciones por ciudades cercanas para rodar los temas ya cerrados. Cuando no sale, necesita recuperar horas en el trabajo. Va a tope y se le ve cansado, pero por fin contento, positivo.

Doro vive una mala racha. Su madre sigue con su ligue de Navidad. Prácticamente está desaparecida. Apenas pasa por casa. Con ella, Doro ha perdido su apoyo más importante. Tampoco es lo mismo con Ale. Últimamente solo se ven en clase. Está volcada con Yara. “Ya tiene quien le cuida”. Pero sobre todo le ha afectado que su relación con Pablo se haya enrarecido. Ya no comparten su tiempo. No la busca. Más bien la evita. Apenas hablan ni intercambian mensajes. En el instituto, cuando la pandilla se reúne durante los descansos en las escaleras para verse un rato, Pablo se queda en la puerta de su aula. Sus compañeras

revolotean a su alrededor y, sin querer aceptarlo, Doro se lamenta de no estar con él. Los fines de semana, cuando quedan todos, se muestra frío, distante, esquivo. Le echa de menos.

Frank es el único que reconforta a Doro estos días. Ironías de la vida. En realidad no se han encontrado desde aquella noche en el Hard Time cuando Doro se enfrentó a esa versión de Frank que a veces olvida. Los horarios de los ensayos de Long Train son ahora muy tarde, cuando Frank puede acabar el trabajo que se le acumula por los conciertos entre semana, y Doro ha estado de exámenes, así que llevan desde entonces, más de un mes, sin cruzarse. Pero hablan bastante por mensajes de móvil y correos electrónicos y, en la distancia, cada vez están más unidos, aunque Doro teme que, a través de la pantalla, se construye una imagen ideal de Frank, maquillada, adulterada.

Al salir del instituto hoy, Doro y Pablo, con la cabeza gacha, caminan cada uno a un lado de su grupo de amigos.

—¡Yara! —chilla Alexia haciendo que todos miren hacia el lugar al que corre.

A Pablo se le escapa una mueca de dolor. El rostro de Doro se ilumina. Frente a ellos, subida en la acera, junto a los contenedores, la furgoneta alquilada de Long Train que acaba de volver de una de sus salidas.

—La Yara, que nos ha obligado a hacer esta parada antes de ir a descargar al local —se queja el segundo guitarra por la ventanilla.

—Hola Doro —salta Frank de la parte trasera ignorando a quienes les rodean—. Toma —le regala un CD—. Rock del bueno. Lo venimos oyendo en la carretera. Es una recopilación de temas cañeros que te he preparado.

Pablo no tiene muy claro qué está pasando, pero nota en Frank un interés por Doro que no le gusta nada.

14 de marzo. Cuando y donde menos te lo esperas

Durante este tiempo sin verse, Frank y Doro han ido ganando complicidad en los mensajes que no han dejado de devolverse. Los mensajes se han ido amontonando en el buzón de entrada de sus móviles. Tras el breve encuentro de ayer en la acera, hoy la carretera gira en una nueva dirección.

—*“Las paredes grises se me caen encima. Necesito oxígeno. Reskíu mi”*, le escribe Doro en un arrebato sin pensarlo dos veces.

—*“Dond estas? Si t recojo, t subs a mi coche y dsaparecemos?”*, llega apenas unos segundos más tarde la respuesta de Frank, que, palabra a palabra, trata de descifrar un ruido en su corazón.

Doro roza la taquicardia:

—*“C'mon! pro el sol sta en lo alto. Creia q solo cuidabas a las damas al atardcer”*. Sin releer el mensaje, pulsa enviar...

—*“Para ti no tngo reloj”*, no tarda en pasarle otra vez la pelota Frank.

El pulgar de Doro busca frases que añadir para terminar de conquistar a su amigo:

—*“Tipo duro, no tienes nada mejor q acr q acosar a una xavalita?”*, arriesga.

—*“Sabado a la noche, lo gastare x ahí, t invitare a salir, a recorrer la ciudad como yo soñe”*.

El guiño de Frank al clásico argentino rompe los

esquemas de Doro que ahora necesita ser rescatada de su rescatador. No acaba de estar segura, pero el intercambio parece cerrarse en ¿una cita?

Los pasillos de la sala de lectura de la biblioteca permanecen desiertos y quienes estudian en torno a las largas mesas no acompañan su excitación. En este silencio, Doro, cogida al móvil, se siente vulnerable al tiempo que imbatible. Tiene los dedos inmovilizados. Quiere escribir: “Eres el mejor plan que pueda tener”, pero antes de decidirse, nuevo mensaje. Frank insiste:

—*“Kemaremos el motor. Repondremos gasolina solo al volver a casa y hasta el alba no t dvolvere a tu cama”*.

Definitivamente, a ojos de Frank ha dejado de ser una niña. La edad ya no se interpone prohibitiva y la imagen infantil se desvanece por momentos. El ídolo es ahora... ¿accesible?... y... quiere... ¿quedar con ella? El tiempo se acelera. Una autopista de tres carriles se abre frente a Doro.

Bloqueada, pero eufórica, con la respiración entrecortada, da rienda suelta a sus pensamientos: “El motor no es lo único que va a quemar”. El cursor parpadea al principio del mensaje todavía en blanco. “*Me pregunto a q sabn tus bsos*”, escribe sabiendo que no lo va a enviar, que no está destinado a que lo lea Frank.

Ya solo dedicada al juego de su cita, totalmente desconcentrada, se ve incapaz de leer una línea fuera de la pantalla del móvil. Mientras piensa en qué contestar, comienza a recoger el libro de Filosofía y los diccionarios que tiene sobre la mesa, que ya apenas

reconoce, antes de leer el nuevo mensaje que ha entrado en su móvil:

—“*Kiza no haya otras noxes... Paso x Futbolines a las 9?*”, no le da tregua Frank.

Doro vuelve a sentarse y sin dudar más presiona las teclas:

—“*Alli mencontraras. Kiza me pint el pelo d azul, me trenc a lo Pipi o me plant una cresta punk*”.

Su mensaje hace sonreír a Frank, que, feliz, coge un libro, cierra el coche y comienza a subir las escaleras del edificio.

Doro sale de la biblioteca sin fijarse en nada. Atrás queda el examen. Empuja la última puerta con fuerza y se da de bruces con Frank, móvil en mano. El encuentro que parecía cerrado para las nueve en la distancia de los mensajes se adelanta precipitadamente al mediodía del sábado:

—Joder, Frank... ¿qué haces aquí? —carraspea sobresaltada Doro, desnuda de frases bonitas.

Frank tropieza con los escalones. Sin saber cómo reaccionar tampoco, con un nudo en la garganta y el timbre de voz de pronto reseco:

—Iba a pillar algún libro antes de que chaparan.

—¿Te espero? —aventura Doro.

—Robémosle el reloj a Saturno —retoma la iniciativa Frank en el directo inspirándose en el diccionario de mitología griega que abraza Doro sobre el pecho—. Te invito a comer bien lejos.

21 de marzo. Hacia la misma hora del mediodía del sábado siguiente

Músicos de todas las edades y estilos entran y salen de los locales de ensayo como abejas a una colmena. Repantingados en las sillas de plástico blanco que hay al final de su pasillo olor a hachís, junto a las máquinas expendedoras de cervezas y café, los Ráfagas y los Long Train comparten unas caladas.

Yara no puede hablar de otra cosa que del concierto de mañana. Hace dos semanas les comunicaron que han ganado un concurso convocado por una discográfica y una marca de cerveza, y, como parte del premio, mañana tocan con Zodiacs en la Sala El Sol de Madrid. Frank, en cambio, de manera incomprensible, parece más interesado en contarles que llevan toda la semana dándole forma a un tema nuevo. Si queda bien lo añadirán a la maqueta:

—El domingo pasado, después de un sábado noche espectacular sin dormir, me salió casi solo... Pero me faltaban palabras, acordes... A media tarde, todo me cuadró.

Grabó el primer borrador en su portátil esa misma noche y enseguida se lo envió a su hermano. En el *e-mail* con el MP3 adjunto Fer notó a un Frank acobardado, inseguro, tocado por algo: “*Si no t gusta, lo borro*”. Fer dejó la faena que estaba intentando adelantar, subió el volumen de sus altavoces e inspiró

intensamente intuyendo algo bueno. Casi podía ver a su hermano susurrando al micrófono, con los ojos cerrados, ralentizando el tiempo y el espacio sobre el doble arpegio de acústica:



*Tal vez me perdones por haberte querido,
Por querer ser tu abrigo, las tardes de frío.
Tal vez me perdones por leer en tu libro,
Los renglones torcidos de algo que está prohibido.
Tal vez me perdones por haberte escrito canciones,
Por no haberme largado cuando estaba de más...*

*Tal vez me perdones por no ser el amigo
Que tú hubieras querido, ahora que estás con otro,
Tal vez me perdones por mirarte a los ojos,
Por besarte en la boca, por quitarte la ropa.
Tal vez me perdones por haberte comprado esas flores,
Ahora sé por qué toses y tu alergia soy yo.*

*Tal vez me perdones por no haber preguntado por
nombres,
Por no haberme largado cuando estaba de más,
Cuando estaba de más, cuando estaba de más...*

Con el vello como escarpas, Fer no se cansó de escucharla una y otra vez. July no tardó en asomarse por la puerta, atraída por las estrofas como una polilla a la luz. Pese a su facilidad con las letras, el periodista

contestó escueto el correo: “*Ni se t ocurra descartarla. T haces mayor, eh?*”

Los Ráfagas, que se han convertido en la banda cómplice de Long Train, pasan a su local para que les presenten el tema.

—A ver qué os parece —concluye Frank mirando a Pablo como nunca antes lo había hecho. El sábado pasado, Doro le estuvo contando toda su historia con él. Frank se percató de que para ella Pablo es más que importante.

Pablo, que anda apurando su vasito de café, descubre en la pared el póster de *The Soul of a Man* que acompañó a Doro a recoger. Para él, Frank es el mejor espejo donde mirarse en lo musical, pero hoy le preocupa algo más. Sin rodeos, cuando Frank se agacha a encender su amplificador, Pablo dispara:

—Frank, ¿a qué juegas con Doro?



Algunas horas después, encerrado en su cuarto, con el póster gigante de la lengua de los Rolling que Doro le ayudó a colgar por cabecera

Pablo se ahoga. Necesita oír música para respirar, pero no encuentra cuál. Con los cascos puestos, prueba una canción tras otra sin llegar a acabar ninguna. También ha empezado a componer

algo para Ráfagas, pero no consigue enfocar sus emociones. Resuena todavía en su cabeza la última composición de Frank. En la letra, encuentra cada uno de sus sentimientos por Doro. “La ha clavado, el cabrón”.

Ha dejado dos llamadas de Doro perdidas en el móvil. Ya no sabe cómo comportarse con ella. Aunque se muere por estar cerca, le duele cada vez más. La idea de ser solo amigos no le sirve, y menos que pueda acabar liada con Frank, que les separa como un muro imposible de atravesar. Teme que esté pasando algo entre ellos. Ningún final le parece bueno.

Tampoco ha contestado al mensaje de Raúl avisándole de que han quedado para salir. Es sábado noche.

—¡Alma en pena! ¡¿Estás listo?! —le grita Dani desde la puerta del cuarto para que Pablo le oiga con los auriculares—. ¡Raúl está abajo!

—Hoy no salgo —ni le mira.

—¡¿Seguro?! ¡Viene Doro!

Dani ve en el rostro de Pablo un: “Con más razón”.

—¡¿Qué te ha pasado con Doro, tío?! —se decide a preguntar Dani.

—No chilles, joder —se cabrea Pablo quitándose la música e incorporándose de un salto, como si fuera a empujar a su hermano, que da un paso atrás:

—Habéis tenido movida seguro —baja la voz—. No sois los mismos, tío. Antes no había quien os

despegara, y ahora, casi ni os miráis.

—Déjame con mi estación seca —los títulos de canciones ayudan a Pablo a expresarse.

—Tú mismo. Ya sabes dónde estamos si te animas.



Como león enjaulado, Pablo sigue dando vueltas a su corazón y a su casa

Tirado en el sofá del salón, cambia a golpe de mando el canal de la televisión, como marcando un segundero. Agobiado, descuelga su cazadora vaquera y pega un fuerte portazo tras de sí.

Merodea por las calles y, como por inercia, va a parar a la puerta de Futbolines, donde es probable que la pandilla esté echando unas partidas después de cenar. Duda unos instantes, hace el ademán de largarse, pero acaba cruzando la entrada.

Enseguida localiza a Doro al fondo, divirtiéndose a los mandos de los descascarillados equipos pintados del Athletic de Bilbao y de la Real Sociedad, rodeada de otra gente que hace cola para jugar. Pablo vuelve a recular por un momento, pero, de nuevo, no es capaz de marcharse.

Desde la barra, vigila al grupo unos minutos. Pilla una cerveza y, finalmente, se acerca. Doro se alegra al verle y le saluda con una sonrisa sincera, pero

Pablo le contesta apático, con una mueca extraña, antes de sentarse en una esquina, indiferente al rollo de los demás.

A escasos metros, algunas compañeras de clase han visto llegar a Pablo y le tienen en el punto de mira. Raúl se lo hace notar para subirle la moral:

–Venga, fiera, que hace tiempo que no mojas. Desde lo de “la heavy” te haces de rogar demasiado.

–La morenita se te está comiendo con los ojos – cambia de tema Dani.

–Sí, tío, y es de las que a ti te molan... Se parece un montón a Doro –comenta un desafortunado Raúl sin tener ni idea de cómo acaba de meter la pata.

–¿Qué? –se interesa Doro al oír su nombre sentándose ilusionada junto a Pablo.

–Nada –encubre Dani a su hermano intentando echarle un capote. Aunque es año y medio menor que Pablo, Dani tiende a protegerle. Más corpulento y de facciones más duras, el segundo guitarra de Ráfagas aparenta el mayor.

Raúl se dispone a repetirle su comentario a Doro cuando Pablo le intercepta. Abre la boca por primera vez desde que ha llegado:

–Me contaba Raúl que ayer por la tarde estuviste muy cariñosa con Frank en el Hard. ¿Qué pasa? ¿Ya has adquirido categoría de *groupie*? –intenta hacerle daño.

Casi antes de acabar la frase se arrepiente, pero su rabia está fuera de control. Raúl, que les observa sin

entender nada, le ha estado cotilleando por la mañana en el local que esta semana Frank y Doro se han pasado juntos por el Hard Time un par de veces a tomar algo cuando no había nadie y aquello era como su casa:

—Ayer llegaron pronto. Acababa de abrir. Una vez que miré, Doro estaba tumbada en el sofá, con su cabeza sobre las rodillas de Frank, y él le acariciaba el pelo mientras la observaba montarse su película divertido —había exagerado un poco Raúl al narrar lo ocurrido, sacando de quicio a Pablo.

Doro no sabe qué contestarle. Ha tratado de quedar con él para contarle lo que está viviendo con Frank, pero Pablo no le ha dado ocasión. Y ahora tampoco sabe por dónde empezar, qué nombre ponerle.

“Si es que a las tías les van los malotes, joder, no los pringaos como yo. Nací gilipollas y moriré gilipollas”, se encierra Pablo en sí mismo. Revive la película *Reality Bites* que descubrió con Doro una de sus mañanas de sábado. Le rasca por dentro el despecho que vomita al micrófono Ethan Hawk sobre el escenario de un club cuando ve a su mejor amiga con su novio después de haber hecho el amor con ella la noche antes, de reconocerse a sí mismo que está enamorado; cuando gime asustado desde su lado más grunge el estribillo del “Add it up” de Violent Femmes: ***“Why can’t I get just one kiss (...) Why can’t I get just one screw (...) Believe me I know what to do / But something won’t let me make love to you...”***

Pablo está fuera de sí, como nunca antes. Le falta el aire, se atraganta con el silencio. Furioso, se levanta sin mediar palabra con nadie y va hacia sus amigas del instituto. Le habla al oído a la que no dejaba de mirarle, le coge de la mano y salen a la calle.

Algo en Doro se parte. Dani y Raúl casi pueden oír el chasquido, y eso que no se han enterado de la mitad de la historia.

—¿Jugamos la revancha? —trata de disimular Doro con el futbolín tras un minuto interminable.

23 de marzo. Una mañana de lunes difícil, al acabar la primera clase

Doro se gira hacia la puerta una vez más. Entre la aglomeración del pasillo, esta vez sí, ve a Pablo. Cierra la libreta en la que rayaba desanimada y sale a su encuentro peleando con su ansiedad, como si llevara días esperando verlo, sin saber qué esperar.

—¿Cómo has empezado la semana? —le saluda Pablo cariñoso como tantos otros lunes antes de que todo se complicara.

—Con la batería baja. ¿Y tú? ¿Qué tal acabaste el sábado? —indaga Doro temiendo la respuesta.

Pablo no quiere hablar de eso. Para él fue la forma de salir de un torbellino que le estaba enloqueciendo. Un polvo rabioso de una noche, a saco, físico e intenso, sin quitarse la ropa. Nada y todo que ver con esos otros con Doro que han quedado atrás.

—Toma —como si no hubiera oído su pregunta, Pablo le entrega a Doro su memoria USB roja—. Ayer fue un día muy largo. No anochece nunca. Amplié una de las carpetas que recopilamos para Nochevieja. La que titulamos *Al caer la noche...* ¿Te acuerdas? —continúa con voz de bueno.

—Nuestras baladas *Top Ten*.

—He añadido algunas más, de esas que les dicen al corazón y al alma lo que no quieren oír. También una maquetilla de una mía nueva.

—Gracias —le sonríe Doro aliviada

agradeciéndole algo más que la música. Reconoce al Pablo de siempre. Siente que por fin ha vuelto.



De mudanza otra vez

La vida de Frank se acelera por días. Tan solo en sus ratos con Doro encuentra cierta cordura. También en el trabajo las cosas transcurren a su velocidad habitual. Pero una vez acaba la jornada, su mundo puede virar en minutos.

Todo marcha genial con su música. Con el premio del concurso han podido terminar de pagar la grabación de la maqueta y ayer domingo, después de tocar con Zodiacs, un A&R le pidió una copia y un dossier sobre Long Train.

Tenían decidido autoeditar el disco y currarse la distribución por internet, pero es difícil renunciar al sueño de que una discográfica les fiche para su escudería. “Súbete a este vagón, Frank, que igual no vuelve a pasar”, se dice a sí mismo. “Siempre estarás a tiempo de saltar”.

Hace una semana quedó libre una habitación en el piso de su compañero Hugo, que convenció a Frank para que se mudara en cuanto le vio en el trabajo. Desde que lo dejó con Bárbara y volvió a pedir asilo político a sus padres, Frank ya no ha encontrado su

lugar con ellos. Ni siquiera había sacado sus cosas de las cajas. Ha estado yendo y viniendo de bolos; quedándose en distintos sofás; en hostales donde reencontrar la inspiración, donde mirarse en otros espejos.

—¿Qué ha pasado esta vez? ¿Los papás te han echado de casa? —le vacila Fer mientras le ayuda a subir los últimos trastos a su nuevo cuarto.

—Serás cabrón... Necesitaba perder a Ale de vista.

—¿Y eso? —Fer deja a un lado la bolsa con el teclado de Frank.

—¿No sabes que la enana está liada con Yara?

Fer, desencajado, como si fuera a salirle humo por alguna rendija:

—La muy cabrona no me ha contado nada. ¿Lo saben los papás?

—Seguro que no. Yara solo entra a hurtadillas cuando no están... Y, que yo sepa, no le han montado ningún pollo.

—Bueno, ¿por qué se lo iban a montar? —va haciéndose a la idea Fer—. Al que le debe joder de verdad todo esto es a ti...

—Pues sí —se sincera Frank necesitando sacar otro tema del que Fer y él no han hablado aún—. Las relaciones duraderas no son lo mío... Ya ves lo que pasó con Bárbara... ¿Cómo puede ser tan jodido lo de tener pareja?

Esa es la dirección en la que Frank parece buscar el consejo de Fer: los pros y los contras de sentar la cabeza.

—Es una apuesta fuerte, tío, y más para un pendón como tú. Coleccionas despedidas. Además, artista, vas a tu puta bola. Vives en tu propio mundo. Hay que quererte mucho para aguantarte. ¿Quién tiró la toalla, ella o tú? —se interesa Fer.

—Fue cosa de los dos. Vimos que no. Ella tampoco se privaba de nada. Andaba con historias con otros tíos...

—Así que diste con la horma de tu zapato, ¿eh? Frank sigue vaciando una caja de libros:

—Ya no había buen rollo —no quiere reconocerle que le perdían sus mamadas pero le mataba verla pasar de largo. No quedaba nada.

—Bueno, ¿y qué? —le pregunta Fer viendo que no va a contarle nada más—. ¿Qué tienes entre manos ahora? ¿Qué es eso de que día sí día también andas inspirado?

—No sé. Estoy teniendo muchos ratos creativos, tío. Algunos se pierden porque llego reventado a casa de tanto curro. Mira, echa un vistazo a lo último que he escrito.

Le pasa algunas letras a mano. Fer las ojea con una media sonrisa:

—Chaval, y tan creativo... Tú estás enamorado.

—Yo me enamoro y desenamoro cada noche...

—fanfarronea Frank chinchetas en mano mientras

inaugura la pared de su nuevo cuarto con el póster de *The Soul of a Man* que se ha traído del local de ensayo.

9 de abril. Tres semanas después del juego sin reglas por mensaje entre Doro y Frank

Doro lleva casi cinco minutos parada frente al portal de Frank. Saca y guarda su teléfono dudando si avisarle al móvil o sorprenderle directamente por el telefonillo. La otra noche en el ensayo, Frank le apuntó su nueva dirección y le invitó a pasarse alguna tarde.

Le apetece estar a solas con él, pero el cambio de escenario le aterra. Le resulta más fácil verle al oscurecer, cuando la puesta de sol les pone máscaras, o con el disfraz de los personajes creados a través de sus mensajes, como aquel sábado increíble hace tres semanas en que Frank la rescató de la biblioteca.

“Hemos comido juntos en un bareto cutre de carretera, a las afueras de la ciudad”, tecleó Doro pasada de revoluciones nada más llegar a casa aquella madrugada, sin poder meterse en la cama.

Doro no tiene diario, pero escribe en su ordenador sus vivencias más especiales y las guarda como archivos ocultos con nombres inimaginables.

“Nos ha volado la tarde tirados en la parte de atrás de su coche de tercera mano, arreglando el mundo con un par de packs de cervezas, estirándonos entre los asientos una y otra vez para cambiar la música. A la hora en que los coches

encienden las luces de cruce, Frank ha abierto el maletero, su baúl de artista con vestuario de una sesión de fotos de Long Train, y nos hemos engalanado para quemar la noche. Hemos callejeado durante horas... de garito en garito... de toma en toma... hasta perder toda noción del tiempo.

De regreso por caminos secundarios, relámpagos enormes partían la oscuridad. Frank ha parado en un descampado junto al arcén para ver romper la tormenta. Creía que me daba algo. He salido y me he sentado sobre el capó. Él se ha apoyado a mi lado. En pocos minutos, un ruido seco de goterones ha empezado a golpear la carrocería. Hemos dejado que nos lloviera encima, sin hablar, apenas iluminados por una tajada de luna que se abría hueco entre una densa capa de nubarrones. Parecía un eclipse parcial. Ha sido la rehostia.”

Ahora, sentada en el escalón del portal de Frank, Doro revive aquella noche de ensueño. El frío era cada vez más cortante y se guarecieron dentro del coche. Sin pudor, como si estuvieran acostumbrados a ver sus cuerpos semidesnudos, se desvistieron para secarse con una manta que Frank siempre lleva en el maletero y entrar en calor. En ropa interior, Doro descubrió qué lleva tatuado Frank: una vía de tren en tinta oscura que se pierde en perspectiva hacia su hombro, con las pecas de su espalda a modo de estrellas sobre las traviesas.

Llegó a casa una hora después, cuando ya amanecía, ataviada solo con una camiseta de Frank, su

ropa mojada en una mano y la mochila con libros en la otra.

Reconociéndose en sus recuerdos, Doro recobra la confianza. “Venga tía. Una, dos, y...”, se levanta y llama al timbre con decisión.

—Mansión Long Train, ¿quién es? —contesta la voz desconocida de Hugo.

—¿Está Frank? —se decide Doro tras dudar al principio.

El sonido de apertura del portal es el pistoletazo de salida a un nuevo desafío. Con el pulso descontrolado, en el tiempo al piso 8º, Doro se mira en el espejo del ascensor, indecisa sobre si soltarse el pelo. Lleva dos coletas bajas, minifalda vaquera, una camiseta vieja muy escotada y zapatillas de deporte negras. Aspecto descuidado, pero todo muy calculado. Se humedece los labios. Se siente atractiva, pero... ¿cómo la verá él?

Frank espera apoyado en el marco de la puerta, intrigado por saber quién sube.

—¿Te pilló en mal momento? —le tantea Doro sin soltar el ascensor.

—Para nada, chica manga. Estás en tu casa.

En el comedor, Hugo y todos los Long Train. Nada más lejos de la tarde a solas que Doro anhelaba. Tanta gente y actividad recuerda al camarote de los Hermanos Marx: Yara escribe al ordenador, el segundo guitarra y el bajista revisan los archivos de la sesión de fotos en otro portátil, Hugo tiene las

maquetas de Long Train esparcidas por la mesa entre latas de cerveza y ceniceros hasta arriba. Por todas partes, recortes de prensa y *postalfree* de sus actuaciones.

Frank le presenta a Hugo.

—Así que tú eres Doro. He oído hablar de ti.

A Doro le halaga la confesión de Hugo. Frank se percata de que no miente.

—Nos has pillado con las manos en la masa —disimula Frank—. Estamos preparando el paquete para la discográfica, y de paso copias para otras compañías independientes. No somos de apostararlo todo a una carta.

—No, si ya —lamenta Doro en voz alta.

—¿Quieres tomar algo? —la mirada de Frank se desliza bajo la falda de Doro, que al sentarse en el sofá deja al descubierto sus *sexys* braguitas a rayas de colores que Frank reconoce. Él tampoco olvida aquella noche en su coche.

—¿Qué tienes? Te acompaño —se apunta Doro incorporándose. Esta vez Frank le ve el sujetador, azul eléctrico, y su bonito escote.

—Vente y te enseño —le invita.

—Ojo con lo que le vas “enseñando” a la joven, rapaz —le advierte Hugo.

Yara deja de escribir. Observa la escena algo tensa golpeando con sus dedos índices la parte inferior del teclado del portátil, a modo de batería sorda. Es quien mejor conoce a Frank y teme que pueda hacerle

daño a Doro, la mejor amiga de Alexia. Siguen oyéndose bromas sobre el Frank cazador cuando él y Doro abandonan el comedor.

Al pasar por el primer cuarto de camino a la cocina, Doro ve colgado el póster que le regaló. Su mirada la intercepta Frank. Con sigilo felino, Doro entra y se apoya en la pared de la habitación:

—¿Esta es tu nueva madriguera? ¿Tu picadero?

—Ahora quiero estar más tranquilo —hace un amago de sincerarse Frank dejándose caer junto a ella, muy cerca—. ¿Sabes? Estoy de los nervios por lo que pueda pasar con la discográfica. Igual sale bien. El agente parece legal —le confiesa acercándose cada vez más.

—¡¡¡Frank!!! —le reclama Yara desde el salón con una intención clara—, ¡¡¿¿¿pensás que la frase “letras incisivas con una base rítmica impecable” nos define??!

—Mejor volvemos a controlar a estos o la presentación de Long Train acabará pareciendo la de Lady Gaga —acepta Frank decepcionado todavía con una voz muy dulce—. Pilla lo que te apetezca de la nevera y vente a ayudarme a asesorar a esta panda —le pide en tono de despedida acariciándole suavemente las coletas mientras gira en dirección opuesta de regreso a la sala de prensa improvisada.

30 de abril. Tercer round en Madrid

Con la cabeza apoyada en la ventanilla del autobús, Doro zigzaguea su mirada entre las rayas de la carretera. Duda si hace bien mintiendo a su madre y faltando mañana al instituto para seguir a Frank esta noche.

A través del cristal de la furgoneta, Frank sumerge su sensación de velocidad en el asfalto de la autopista, sin tener la menor idea de que Doro viaja en el Auto-Res al que acaban de adelantar.

La puerta principal de la sala todavía está cerrada. El luminoso apagado. Por las aceras, este anochecer de miércoles se mueve al ritmo del cierre de oficinas. La salida de emergencia, al lado opuesto de la manzana, abierta ya hace un rato, espera la llegada de Long Train.

El primero en saltar de la camioneta es Frank. Con una funda de guitarra en cada mano empieza a bajar hacia la sala. Unas escaleras, negros escalones, negras paredes, conducen al *backstage*. Huele a otros conciertos, a otras veladas, pero ahora, vacío, silencioso, carece del alma que las bandas le imprimen antes y después de cada actuación.

Al asomarse al recinto desierto, Frank piensa en tantos grandes artistas que han estado antes que él entre estas mismas paredes. Ha asistido alguna vez de público, pero nunca había tocado aquí. Desde este

nuevo ángulo, los suelos de madera y los palcos se le aparecen con más magia que nunca.

Se siente llamando a las puertas del cielo, pero a un paso del infierno. Es raro en él, pero le falla el aplomo. Es un día clave y no puede cagarla. Cruza los dedos para que no sea la discográfica la que lo haga.

Con las guitarras apoyadas en la barra, Frank repasa el *backline* y calcula las posiciones de cada músico sobre el escenario. Los demás van entrando el resto de bultos.

—No te vayas a herniar —le recrimina Yara cargada de piezas de batería arrastrándose como puede.

El encargado les recibe contento de poder avisar al técnico de sonido, sin tiempo para cortesías:

—Entonces tú debes de ser Frank. Empezáis a las diez en punto. Poneros a probar a toda leche que abrimos puertas a las nueve para que la gente vaya consumiendo. A las doce, ni un minuto más, ni un minuto menos, turno de discoteca, así que os largáis media hora antes para que puedan actuar los de limpieza. Venga, aligerando, la caja manda.

—Enseguida nos ponemos —aparenta Frank educado incendiado en sus adentros. “Empezamos bien”.

—Os entrarán algo de picar al vestuario para que no os retraséis cenando. Tenéis bebida en la nevera.

—Tomo nota.

Yara es la primera en probar. Le siguen el

bajista, el segundo guitarra y, por último, Frank, que afina guitarra y voz. Tocan un par de temas juntos y todo queda ecualizado para el momento de la verdad.

Doro llega cuando acaban de abrir puertas. Con la sala para ella sola, intimidada, le da vueltas a que Frank pueda divisarla mientras actúa. Opta por apoyarse agazapada tras una columna fuera del alcance de las luces.

En el *backstage*, Frank no come nada. Bebe algo y se aísla en un rincón, concentrado. Se cambia de ropa y se pinta la raya de los ojos bien negra con khol. Listo.

En sus salidas, a menudo la propia furgoneta hace de *backstage*. Otras veces, apenas cuentan con una estrecha habitación en la que amontonar las chaquetas y las fundas de los instrumentos sin demasiadas garantías de que no caigan en manos de amigos de lo ajeno. Este pequeño vestuario, con sofás de pana bajos muy desgastados que alguna vez fueron color carmín, no es de los más grandes, pero sí el de mayor encanto.

—Esta vez sí que sí —da la voz de arranque Frank según comienzan a salir todos hacia el escenario.



La puerta magullada que da al backstage chirría al abrirse

Frank se ilusiona al ver entrar a Doro:

–Tía, has venido... ¿Has estado todo el concierto? ¿Te lo has pasado bien? ¿Cómo lo has visto? –la bombardea cariñoso.

–Traía la camilla, a vuestro rescate, pero creo que no os hará falta.

Al escaso público, apenas 20 personas, se lo han metido en el bolsillo desde el primer “Buenas Noches, Madrid”. Long Train ha cumplido. No se ha dejado afectar por el aspecto desangelado del local que la discográfica ha reservado para verles en acción. Han tocado como si estuviera abarrotado y han caldeado la sala de inmediato.

Después de oír la maqueta y estudiar su trayectoria, el A&R les aseguró hace diez días que tomarían la última decisión esta misma semana en función de cómo los viera un jefe superior en directo. El trabajo está hecho. Ahora a esperar que no haya sido todo otro espejismo.

Nerviosos, sin saber si el representante de la compañía se asomará a decirles algo, comparten estos minutos de tensión, expectantes, sin cambiarse todavía de ropa, vaciando las botellas.

Reflejada en el espejo que ocupa todo un costado de la habitación, de lado a lado, del suelo al techo, Frank ve abrirse de nuevo la puerta y aparecer al agente, un tío joven, de pinta rockera:

–Bienvenidos al equipo –les informa tendiéndole la mano a Frank.

–Vas de farol –solo se le ocurre decir a él

mientras la estrecha con fuerza.

—Está decidido. El mes que viene intentaremos hacer hueco en un pequeño estudio de grabación de Londres con el que curramos. La idea es lanzar el disco enseguida, en cuanto tengamos el diseño y la maquetación. Si la cosa tira, promoción y algo de gira.

A Frank le cuesta creer lo que está oyendo, pero siente el convencimiento en Doro. Como su banda, hace malabarismos con la emoción y la incertidumbre de cómo organizarse en el curro si todo sale adelante. Sin olvidar anteriores desengaños, tantos tropiezos, Frank se arriesga a volver a soñar.

13 de mayo. Archivo oculto

Los encuentros entre Doro y Frank han forjado entre ellos “*una amistad adictiva, siempre presente*”, trata de definirla Doro sentada a su ordenador. “*Es como ese tesoro que todos hemos tenido de pequeños: ese cochecito mohoso que desenterramos un día de entre la arena de la playa; esa moneda oxidada que encontramos entre la roña bajo el almohadón de algún sofá mientras nuestros padres bebían con sus amigos... Algo que no enseñamos nunca a nadie pero que no podemos dejar de contemplar una y otra vez*”.

Doro se ha habituado a la complejidad de Frank: un tipo corriente con los suyos, impredecible, imperfecto, con una cara egoísta, pero también carismático; un canalla con las *groupies*, críptico y resbaladizo, algo cabrón, pero a la vez enamorado. Ha aceptado que no podría estar a su lado como pareja, que Frank es un espíritu nómada al que le gusta viajar al límite sin equipaje, pero eso no quita que sus transformaciones de entrañable y frágil a hijoputa mayor le arrastren como una fuerte corriente. Cuando le llega algún mensaje suyo, no hay nada que pueda competir con todo lo que siente.

Ha empezado la tarde sentada frente a la libreta de problemas y teoremas, pero ha cometido el error de acompañarse de los ocho minutos casi acabados que le ha adelantado Frank desde Londres y que se ha encontrado esta mañana en el buzón de entrada de su

e-mail:

—“¿Te debía una canción, no? Pues ahí van dos. Por cierto, ¿qué nombre es Doro? Nunca te lo he preguntado”.

—“Estás perdiendo cualidades, profesional. Cuando nací, mi padre empezó a llamarme Dolo. Dolo desembocó en Doro. Y Doro me quedó. Ni por Dorotea, ni por Adoración. Por María Dolores”.

Las horas le han volado perdida por cada pista..., por los matices de su voz..., por los gemidos de las cuerdas al contacto con la púa..., por cada silencio, recreándose en los momentos que ha vivido este curso con él, hasta que no se ha resistido a desahogarse frente a la pantalla en uno de sus archivos ocultos. “Guardar como: *The Big Bang Theory*”.

Un trueno la despierta sin estar dormida. Atontada de volver al mundo real tan de sopetón, no sabe qué hora es, donde está, qué siente. Mira por la ventana: “Seguro que en Londres está lloviendo también”.



Desde que Long Train pisó suelo inglés hace cuatro días, no ha dejado de chispear. El estudio, en el sótano de la casa en la que se alojan, está a una hora en tren del centro de Londres. Esa es la única queja, demasiadas estaciones para escaparse a tantos lugares que planeaban recorrer. La discográfica lo sabe bien:

aquí los grupos aprovechan al máximo las horas que pagan para la grabación de sus álbumes. Tan solo visitas al 24 horas de la esquina y unas pintas en el pub cercano.

El técnico que han elegido para Long Train es un inglés bajito de cara chistosa que anda todo el día fumado. En Madrid les comentaron que no tiene mucho currículum, pero es una joven promesa tras los mandos que se defiende con el castellano. Él y Frank se manejan bien y eso está facilitando mucho las cosas. Incluso ha contactado con algunos músicos locales para los arreglos de Hammond y cuerda. El presupuesto no llegaba para traer a nadie más desde España, y eso que al final ha viajado el Long Train en clave de tres. El segundo guitarra ha decidido no ir, así que Frank está metiendo todas las guitarras.

A una hora indeterminada que oculta ese cielo siempre encapotado, el técnico y el bajista cenan en la cocina. Frank se les ha adelantado y se ha desmarcado solo a la buhardilla con su guitarra. Yara, en un nuevo intento por disipar el mal rollo con Frank, sube por la escalera de madera que da acceso a la trampilla del desván cogiéndose con una sola mano mientras sujeta su sándwich con la otra.

—¿Qué tema llevás repitiendo toda la tarde? Es nuevo, ¿no? —saluda a Frank sentándose frente a él en el suelo enmoquetado verde diarrea.

—Es solo un borrador sin rematar —contesta sin levantar la vista de la caja de ritmos con la que

maniobra concentrado—. Me ha salido aquí. Será este clima, o la distancia, pero siento algo diferente. Ya casi tengo los acordes, pero solo algunos fragmentos de letra.

—A ver...

Frank se queda mirándola. Necesitado de alguien de confianza a su lado, deja que su amiga se acerque de nuevo. Sin micro, su voz suena más sincera:



*Me bebo la vida y me muero por tí,
Filosofía de la ciencia prohibida.
Y María Dolores...*

Yara le analiza el gesto.

—¿Por qué me miras así? —se incomoda Frank.

—¿Qué me perdí?

—Es solo una canción...

—... de amor...

—Todas mis canciones son de amor...

—Sí, y una mierda. En todo caso, de amor a la noche, a los bares, a las drogas... Pero no como esta...

—La palabra amor es seria, joder. Asusta. Es de esas que habría que escribir siempre en mayúsculas... Yo solo me entrego a la música...

—Venga ya. A mí no me vengas con boludeces.

—Quemar la noche, la carretera, son incompatibles con una chica esperándome en casa —se protege Frank—. En la vida hay que probarlo todo... No podría renunciar a mi libertad aunque alguien especial me lo pidiera... Quizás algún día lo hagan... —se plantea—. Pero yo soy más de ir a contratiempo que al compás... Ya lo sabes...

—Y vos que yo pensaba igual, y ya ves...

—Eso espero, porque como juegues con Ale, te las verás conmigo —hablan por primera vez del tema.

—El amor puede con todo, pibe.

—No puedo decirte. No lo he conocido todavía...

—Ya estamos otra vez.

—Igual alguna vez he estado cerca... Muchas tías me habéis dado mucho... —no llega a mirar Frank a Yara—, pero...

—Y entonces, María Dolores, ¿qué? ¿Tu último rollo? —le interroga Yara sin saber que ese es el nombre de Doró.

—¿Rollo? No... —contesta Frank en voz baja, pensativo, con la tormenta de fondo.

15 de mayo. Las cosas cambian en casa

—Así que este es Luis —analiza Doro la foto de cuerpo entero que Lola le muestra en el móvil.

Intercambio de papeles: la madre está presentándole a su hija a su chico.

—¿Qué te parece?

—No sé, cuéntame cosas.

—Pues... trabaja en contabilidad como autónomo...

Doro exagera un bostezo:

—No te enrolles, mamá. Me refiero a cosas importantes. ¿Lo pasas bien con él? Porque con ese inicio...

—Claro que sí, faltona. Te caerá bien. Es muy macarra. Usa una botella de Jack Daniels para el aceite de cocinar como nosotras.

—Dato importante —se ríen—. Qué escondido lo tenías...

—Me ha costado aceptar que me había enamorado. Tenía pánico a equivocarme y meter más duelo en casa...

—Me gusta verte otra vez tan radiante.

—¿En serio? Gracias, nena.

—No te olvidarás de papá, ¿no? —necesita confirmar Doro.

—¿A qué viene eso?

Lola deja su teléfono sobre la mesa y sujeta las muñecas de Doro. El tono de voz le cambia:

—Hemos hablado de vivir juntos. Él en nuestra casa, con tu permiso. Con nosotras. ¿Qué opinas, cariño?

De golpe el aire entre las dos no corre. Las puertas se cierran de un portazo.

—No sé... No le conozco todavía... Pero... yo... qué importa... Tienes derecho a rehacer tu vida... No sé, me refiero... Tal vez debería dejaros solos —se expresa Doro con apenas un hilo de voz, sin saber cómo seguir la conversación.

—¿Ya quieres abandonarme, trasto? Tú siempre serás mi niña —le sonríe con ternura Lola.

Doro eleva los hombros con gesto de duda, desbordada. Quizás no es tan madura como creía. Es un escenario inesperado en el que no había pensado. Ve la etapa de vida con sus padres cerrarse. No entiende cómo encaja ella en esta nueva relación. Siente que no pinta nada, pero trata de no darle demasiada importancia a lo que su madre le acaba de anunciar:

—Y, ¿es divorciado y pobre o un soltero forrado?

—Separado. También tiene una hija. Mayor que tú, con pareja y... un bebé —le confiesa Lola ruborizada.

Doro trata de reponerse con una caraza, abriendo los ojos al máximo:

—Así que te han hecho abuelastra, ¿eh?



Aunque son casi las doce, Doro necesita hablar con un amigo

La noticia que le ha dado su madre le ha afectado más de lo que creía y no consigue conciliar el sueño.

El móvil de Frank “está apagado o fuera de cobertura” desde que se fue a Londres. Enciende el ordenador con la esperanza de que Pablo esté conectado. Está Sergio, claro, pero para esto no le sirve.

–“*Esa Doro*”, le escribe Sergio en cuanto la detecta en el chat.

–“*Hasta mañana, colega*”, contesta ella sintiendo sus manos algo débiles por el disgusto.

–“*Eso es todo, pantera? Con kien abias kedao?*”, indaga Sergio. Todo lo que tiene de agrio y desagradable en el cara a cara, se convierte en simpatía en la red.

Doro ya se ha desconectado y está mirando el móvil, pensando si llamar a Pablo tan tarde. “Total, es viernes. Y si está durmiendo lo tendrá apagado”, se autoconviene dándole a la rellamada.

–Hola –contesta casi enseguida Pablo abrazado a su almohada.

Doro respira hondo y se sienta en su sillón frente a la ventana. En ese momento se percata de que media luna se esfuerza por brillar fuera.

—Hola —repite cariñosa en voz muy baja.

—¿Qué pasa? —suena Pablo adormilado.

Doro se mantiene en silencio. Sabe que si abre la boca para contarle lo que siente, se le escapará por ahí el llanto que está reprimiendo.

—¿Doro? ¿Estás bien? —se incorpora Pablo preocupado al no obtener respuesta.

Ella sigue sin hablar todavía unos instantes. Él se mantiene expectante sin saber cómo actuar.

Como temía, al intentar explicarse, Doro rompe a llorar.

—Doro, ¿qué te pasa?, ¿dónde estás? —se alarma Pablo.

—En casa... —le tranquiliza entre sollozos.

Pablo, al otro lado del teléfono, le hace compañía a la espera de que se desahogue un poco y le explique.

—Tranquila, tía... Cuéntame... Seguro que encuentro una canción que te ayude —le hace sonreír entre lágrimas en la oscuridad de su cuarto—. ¿Ahora te estás riendo, majara?

—Es mi madre —le cuenta entrecortadamente—, va a traerse a su novio a vivir a casa.

—Vaya. ¿Y te molesta?

—No es eso. Pero... —de nuevo Doro desaparece al otro extremo del teléfono.

—¿Es por tu padre? —lee Pablo en su mente desde la distancia.

Doro esboza de nuevo una tímida sonrisa en su

sillón:

—Ahí le has dado. Elige premio.

—¿Se puede cobrar en especies? —le sigue el juego Pablo.

—Ya estamos —se recupera poco a poco Doro—. Es que, no sé, sí, lo cambia todo. Ahora estaba aún el recuerdo de mi padre...

—Bueno, si te agobias puedes venirte a vivir con Dani y conmigo. Ya sabes que mis viejos siempre han querido una chica. Y Dani está pirado, pero es buena gente. Tú y yo podríamos compartir habitación. Mi cama es grande...

Doro se encuentra mucho mejor.

—¿Ves la luna desde tu cuarto? —le pregunta a Pablo susurrando—. Creo que ahora sonrío... —dice cambiando el tono de voz, que por fin vuelve a sonar con su chispa de siempre.

—La luna... Ya me gustaría a mí tener una vista como la tuya, listilla. Mírala tú por mí. Yo solo veo la fachada de enfrente. Si quieres te cotilleo lo que hace alguna vecina.

—Hasta mañana, Pablo —Doro se siente bien al teléfono con él—. Gracias.

—Por nada. Nos vemos en los bares...

16 de mayo. Un amanecer plagado de dudas

La velocidad con la que Doro se zambulle en la piscina a la mañana siguiente es proporcional al vértigo que siente. Pavor cargado de emociones. Muchas incertidumbres y contradicciones.

Oye silbar el agua en sus oídos al tirarse de cabeza y ve pasar las burbujas frente a sus retinas. Nada sin gafas y con los ojos bien abiertos, como intentando ver la respuesta a sus preguntas. Aunque luego le quemen. Que el cloro le aclare bien la sesera.

Con cada brazada un flash: “Pablo. Frank. Mamá. Luis. Frank. Pablo. Luis. Mamá... Papá”. No le quedan ni tiempo ni fuerzas para pensar. Se concentra en respirar y en desplazar sus músculos por la calle, pero grandes interrogantes saturan su cabeza.

Sin darse cuenta, cada vez va más rápido. No nota el cansancio. Con cada movimiento, bombea adrenalina. Según vira en la pared, reaparece intermitente el repicar de su mente: “¿Enfermera? ¿Imagen y Sonido? ¿Aquí? ¿En otra ciudad? ¿En otro país? ¿Llamo a July?”.

Continúa recorriendo un largo de piscina tras otro. Si no estuviera en el agua, teme que podría explotar. De vez en cuando le asaltan fragmentos de canciones:

***Es tu corazón, una montaña rusa,
Y el mío un par de botas sucias.***

En la siguiente piscina:

*Llevaré mis botas de piel,
que están ya rotas de andar por charcos.
Todo va a estar bien... un sábado a la noche.*

El peso de sus pensamientos le hace perder el ritmo de la respiración. Se apoya en el borde de la piscina y a través del techo acristalado del pabellón descubre que aunque el sol ya brilla bien alto, la luna de anoche aún no se ha ido a dormir.

Cuando ha empezado a nadar apenas había nadie en el recinto un sábado tan temprano. Poco a poco se ha llenado de gente, pero ni se ha percatado. Al salir del agua, pasa junto a unos chicos del instituto que recrean la vista sentados en las gradas. Todos a la vez le dan un repaso de arriba abajo.

—Vamos enfriándonos, tíos —suelta uno.

Doro se ríe sola de camino a los vestuarios. Tampoco necesita decidir nada hoy. “Todo se andará”, se tranquiliza con la frase que usaba su padre.

21 de mayo. Un jueves por la tarde

Apoyados en la barra del Hard Time, Frank le cuenta a Doro la experiencia en Londres:

—Ha sido como estar dentro de una película, tía —se abre a ella Frank en su reencuentro—. Miraba a un lado y a otro por si aparecían los títulos de crédito... porque, ¿cuánto duran los sueños?

Esa es la imagen que golpea a Pablo al entrar en el local. Los Long Train y los Ráfagas se han citado para tomar unas cervezas y escuchar cómo ha quedado el disco. Para Long Train, aunque incondicionales, Ráfagas son el mejor test para su trabajo.

Reunidos alrededor de un par de mesas, Frank y Yara, en estéreo, les hacen la crónica sobre la grabación:

—Prueba superada, tíos. Nos tocó un técnico de puta madre —comienza Frank satisfecho.

—Buenísima onda el fumeta —le toma el relevo Yara.

—¡Aunque se curraba más tes que porros! —vuelve a la carga Frank—. Joder, no hacía otra cosa que preparar la tetera. Hervía, sonaba y servía. Y hostia, otro té.

—Y otro peta... Pensé que no acabábamos nunca. Siempre había algo más que retocar —resopla Yara—, y eso que aquí el boss quería que sonara “fresco” —juega a criticar a Frank, que no le da cancha.

—Y no va el tipo y nos dice el último día que se

le habían borrado todas las pistas...

—Che, sí, poca broma... aunque falsa alarma...

—Hostia, pero por si acaso, nos metimos una copia del máster en el bolsillo de mi chupa.

—Y, por fin, nos piramos al centro... —habla Yara a la vez.

—Nos hicimos la foto clásica en el paso cebra de Abbey Road...

—Y con el tren aparecimos en el Putney Bridge, el del último punk de la canción —continúa Yara enseñándoles las fotos en la pantalla de la cámara con el brazo que no tiene alrededor de Alexia—. Aquí, en el mercadillo de Camden Town. Frank pilló una cazadora vaquera muy guapa. Un poco pequeña, ¿eh, pibe?... —le guiña el ojo.

Las últimas noches, en el desván de Londres, Yara y Frank, aliados de nuevo, se han tirado largas horas volviéndose a contar. Al principio Frank no soportaba oírla mencionar a Alexia, pero acabó reconociéndole algo que apenas empieza a descifrar en su relación con Doro.

Sin querer, o quizás queriéndolo, Frank y Doro se separan del grupo lentamente, como buscando estar solos. Doro también guarda algo en el bolsillo de su chaqueta. Lleva un rato inquieta. Necesita contarle una cosa.

—¿Y tú qué, Doro? Te veo nerviosa. ¿Estás bien?

¿Es que Pablo y tú otra vez...?

—No, no es eso. Es que...

—¿Qué te pasa? ¿Qué son esos papeles que estás torturando?

—Información sobre la universidad... Ha ganado enfermera —le mira algo mustia.

—Hey, enhorabuena. Joder, tía, ¿bien, no? Al fin te has decidido. Ahora ya tendré quien me vende las heridas —prueba romántico Frank.

—Bueno...

—¿Qué? ¿Por qué esos ojitos?

—Estoy rellenando la solicitud para una facultad... en Nueva York...


Frank se queda sin aire. Apoya los codos sobre sus rodillas y baja la cabeza para recuperar el aliento con discreción. Si nadie lo remedia, el deseo que Doro le confió antes de salir hacia Londres va a hacerse realidad.

Las miradas de Doro y Frank se encuentran por un instante y parecen decirse algo que no quieren admitir. Algo que no está escrito ni cantado todavía.

22 de mayo. Cuando no puede ser

Como cada viernes noche, manadas de rockeros urbanos campan en el bar Futbolines. Animales heridos que se reconocen, que se reconfortan, comparten canciones y espacios en este bareto que parece un botellón bajo techo.

Un Pablo renqueante, sentado frente a Doro, le da vueltas a su carajillo, atrapado en el remolino de su cucharilla: “joder... joder... joder...”. El “Quiero beber” de Secretos machacando su mente. Pegado a él, su hermano Dani no entiende por qué Pablo se oculta a millones de años luz hoy mientras los demás celebran que Ráfagas tocará en la fiesta de fin de curso del instituto. Su primer concierto. Después del descarte en Navidad, serán cabeza de cartel.

Los litros de plástico y las pintas de calimocho con mora corren rápido entre temas de Hellacopters, Detroit Cobras, AC/DC, White Stripes y Nirvana por segunda vez. “You know you're right” abre en canal a Pablo, que deja su parte de la cuenta sobre la mesa y huye a la acera hasta que salgan los demás. Litrona en mano, le rodean grupos de colegas entre nubes de hierba. Desde fuera sigue oyendo “ *have never failed to feel Paaaaaaaain!!!*”.

En Futbolines la música te alcanza de lleno con nitidez, no como en otros bares de alrededor, donde los 40 Principales chasquean como un ruido de fondo en sus equipos.

Hacia las doce y media, la pandilla se deja llevar hacia el Hard Time, tres manzanas más abajo, como otra mucha gente que esquivo las sesiones *house* y la salsa de los garitos de la zona.

Los fines de semana, el Hard es territorio exclusivo del rock en castellano: Extremoduro, Marea, Barón Rojo, Tako, La Fuga... Temas que todos se saben, para dar saltos y pegar guitarrazos con la mano. Para gritar sin desentonar, como Pablo ansía.

Justo después de Barricada reconoce las primeras guitarras de “Trece”, del disco de Long Train, que Raúl infiltró ayer en la lista de reproducción. Para Ráfagas, la pista se convierte en un improvisado concierto. Cogidos por los hombros, se entregan al tema en bloque, desgañitándose:



*Trece, llevo tu número trece, colgado de mí mala suerte,
Clavado en el corazón,*

*Trece, trece segundos de suerte, rozando la gloria de
verte, Llegando en la oscuridad...*

Doro y Pablo, bien agarrados, otorgan a este “Trece” otra intensidad. Hace unas horas, antes de acudir a Futbolines, sentados en su cama, Doro le ha contado a Pablo su decisión de irse a Nueva York. “¿Y yo qué? ¿Dónde quedo yo?”, se ha roto Pablo.



*Trece, marco tu número trece, pero una voz me responde,
que tú ya no estás aquí...*

Pendientes solo el uno del otro, Doró y Pablo no ven como Sergio, con los ojos enrojecidos por los porros y el alcohol, les hace gestos a través de sus gafas de pasta para que se fijen en Raúl, que está pegando botes como poseído, con su larga coleta atada a la espalda y las cadenas de sus pantalones negros salpicados de metal saltando en el aire. De repente, impulsándose con sus botas adornadas de acero, Raúl salta sobre Dani, que pisa mal y acaba por los suelos.

Los amigos acaban la juerga en la sala de espera de Urgencias.



Otro plan de viernes

Fer desliza su mano bajo la falda de July hasta colarla en sus bragas. Pasando de la película, se arrastran a los últimos asientos y, con la sala de cine para ellos solos, en la penumbra de la proyección, rematan el veintiocho cumpleaños de July masturbándose. Después de una semana sin sexo, sus

cuerpos les pedían acción.

Se limpian como pueden y salen rápido, mirando al suelo, temiendo que alguien pueda haber estado observándoles desde la ventanita del proyector. En cuanto giran la esquina, comienzan a correr muertos de risa.

—Cualquier día dormimos en comisaría por escándalo público —farda Fer morbosamente.

—Ya debe correr algún video nuestro por internet —intenta hablar en serio July.

Al llegar al portal, se adelanta a abrir la puerta, pero Fer la detiene. La sorprende con su regalo: un folio doblado que lleva en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—¿Y esto? —pregunta July intrigada al reconocer los garabatos característicos de los escritos de Fer.

—Felicidades, nena. He tenido que echar mano de mi única riqueza...

—Tú siempre tan original. Gracias. Creía que solo me regalabas el polvo. Y me parecía bien, ¿eh? Ha tenido mucho nivel, “dedos rápidos”.

—Lo escribí el año pasado. Hacía tiempo que quería dártelo —le explica Fer descojonado.

—¿“Cartas de Julia”?

—En tu último cumpleaños tuvimos una gran bronca, ¿te acuerdas? Estuvimos separados casi diez días... Todavía la guardaba en una de mis libretas.

—Claro que me acuerdo —asiente July comenzando a leer:

*“Solo en una cama de cualquier hotel,
Cojo la guitarra y algo de beber,
Busco en mi maleta cartas de Julia.
Lejos de mi casa y en cualquier ciudad
Dentro del teatro de la soledad
Busco entre mis manos gotas de lluvia.
Te pido perdón, no estaba entre mis planes
volver a subir a un tren que nunca lleva hacia tí...”*

Sin mediar palabra, July le besa sujetándole fuerte la cabeza con las dos manos.

—¿Le ha puesto música tu hermano?

—Aún no. Quería que la leyeras primero. ¿Te molaría que fuera una canción?

—Pues claro, tonto. La escucharía a todas horas.

—Hablaré con él. Aunque más adelante. Ahora anda demasiado liado. Y le he visto bastante chafado — le comenta entrando en el portal.

—¿Y eso?

—No lo quiere admitir, pero... creo que es por Doro.

—¿Qué pasa con Doro? —se preocupa July dejando de subir las escaleras.

—Que a mí me da que Frank se ha pillado por ella, y ahora resulta que Doro ha decidido largarse a estudiar a Nueva York.

—¿¡Frank está colgado por Doro!?! —exclama July como en *shock*.

—Yo creo que sí... Para una vez que se cuelga de verdad por alguien...

—Fer... —parece disculparse July.

—¿Qué pasa?

—La he cagado...

Fer la mira sin entender nada.

—Doro y yo nos encontramos una noche en el Hard. Soñaba con vivir algún día un tiempo en Nueva York. Me llamó hace poco. Estaba pensando en estudiar enfermería y le recomendé mi universidad en Manhattan...

—¿Tú?

—*Sooooorry!* También le estoy ayudando a rellenar los impresos de preinscripción... Un colega mío le está buscando habitación... Frank me va a matar.

2 de junio. Frank comienza la semana bloqueado por sus emociones

Iluminados por un foco cegador, Hugo y él están colgados en el hueco del ascensor de una vieja finca revisando uno muy antiguo. Siempre sacándole jugo a la rutina, Frank a veces compara los ascensores con modelos de mujer. Cuando encuentra uno como el de hoy, clásico, con doble entrepuerta de hierro negro forjado más puerta de seguridad, con todo su esqueleto al aire y esos gruesos cables subiendo y bajando, se siente como ante una estrella del celuloide, ante una Marilyn. Los trata con más cuidado del habitual, con otro registro, como en blanco y negro.

El teléfono del trabajo suena y Frank se apura en meter el destornillador en su ancho cinturón de cuero para descolgar. Con desgana, reconoce el número de Sonia, la administrativa de la central, que imagina tendrá nuevas instrucciones del encargado.

—¿Qué ocurre, bombón? Acabamos de empezar aquí —se la intenta camelar.

—Nada —Sonia no parece que quiera hablarle de trabajo—. ¡Acabo de oírte por Radio3, chaval! ¡Han puesto una de tus canciones!

—No jodas...

Es lo último que esperaba Frank, convencido de que la compañía no estaba moviendo un dedo por Long Train. El disco ha salido según lo convenido, pero el marrón de conseguir los primeros bolos se lo está

comiendo él.

—¿Y qué han dicho de nosotros? —se recupera.

—Os han presentado. Todo muy corto. Que era un single recién llegado.

“Joder, igual sí se lo están currando...”, se replantea Frank.

—Porque he oído “Long Train”, que si no, no hubiera reconocido tu voz, *number one* —continúa Sonia ilusionada tratando de conectar con Frank, enmudecido al otro lado del teléfono.

—Ya te vale. Tenemos que pasar más horas juntos —reaparece el lado rufián de Frank.

—Tú siempre aprovechando la ocasión, ¿eh, majo?

—¿Y por qué nos han puesto? ¿Así porque sí? —vuelve Frank a lo que le importa.

—No, por la historia de la Coruña. Están pinchando canciones de todos los grupos que tocarán este verano en la playa de Riazor.

—¿Qué me cuentas? Jooder.

—¿No sabías nada?

—Bueno, nuestro contacto nos dijo que intentarían meternos en la quiniela de los festivales de verano, pero no teníamos nada asegurado.

—En julio. No recuerdo el día. ¡Tocáis con Fito y The Right Ons! Mucho nivel.

—No jodas.

Frank deja caer todo su peso sobre el arnés que le sujeta. Algo reclinado hacia atrás, recorre unos

segundos las luces y sombras de los diferentes pisos. Su primera gran cita en directo. Están en el circuito. Tal vez no haya sido todo una alucinación, como se temía.

—Frank, ¿sigues ahí? Te cuelgo. Luego hablamos... en la intimidad, si quieres... —se insinúa Sonia.

—¡Hey, Sonia! Otra cosa. ¿Qué tema ha sonado?

—“*En la discoteca, en la discoteca...*” —canta antes de colgar el teléfono.



En otra dirección. Tras las clases

—¡Solo nos faltaba aquí un saco de dormir, tío! —se desespera Pablo apartándolo con el pie al entrar en el local de ensayo.

Raúl, como animal acorralado, les recibe con su vestimenta siniestra y su *look* oscuro como desteñidos. Ayer sus padres mantuvieron una conversación con él que le hizo palidecer aún más:

—Has de dejarte el grupo. No puedes ir disfrazado color ala de mosca todo el día. El curso que viene comienzas la universidad y debes labrarte un futuro —sentenció su padre.

—Y olvídate de pasar tantas horas en ese pub —le remató su madre.

Anoche Raúl no durmió en su cama.

—Joder, Raúl. Estás loco. No te puedes largar

así de casa —le recrimina Sergio.

—¿Y qué queréis que haga? ¿Que me corte la coleta? Me niego. Y además, ¿el grupo qué?

—Igual deberíamos hablarlo —aprovecha Dani, acomodado con su pierna escayolada entre dos sillas que le han entrado de la zona común—. Yo también tengo algo que contaros.

Pablo ya sabe de qué va el tema. Hasta ahora ha intentado no escuchar a su hermano.

—Me he preinscrito en Ortodoncia en Salamanca.

—¿Qué quéeeee? —flipa Sergio—. ¿Estás *pirao*? Nos estás tomando el pelo, ¿no? ¿Ortodoncista? Menudo coñazo, tío. No te pega. ¿Qué te has metido? ¿Pero tú no ibas a hacer Educación Física?

—Con una pata solo no puedo presentarme a las pruebas del INEF. Y mis viejos me han convencido de que la ortodoncia tiene más futuro.

—Pero, ¿qué se te ha perdido en Salamanca? —sigue a la suya Sergio.

—Qué pesao. Ni que me fuera a Nueva York. Hostia, perdona Pablo —se maldice Dani por el desafortunado ejemplo.

—Tío, pero igual es una pasta... —ofrece una distracción Raúl.

—No tanto. Además, como Pablo se va a buscar la vida, salgo ganando...

—Tú no riges, tío. Estás grillao. Raúl, cuando le saltaste encima, además de partirle la pata, le dejaste

tonto —le increpa Sergio.

—Tú ya puedes ir cerrando el pico. Nadie te llama piraio porque estés todo el día colgado del ordenador haciéndote el *hacker* —se la devuelve Raúl.

—Suenan mejor arreglar ordenadores que arreglar bocas —se defiende Sergio.

—Bueno, y entonces, ¿qué pasa con Ráfagas? —pregunta Raúl como desconcertado estudiando la reacción de Pablo, petrificado, sentado sobre su amplificador.

—Lo justo es que cojáis a otro guitarra y que yo no os frene —trata de ayudar Dani.

Raúl sigue esperando respuestas. Reconoce en la escena el fin de un ciclo. Se fija en su bajo negro tuneado con motivos góticos, que parece mirarle apenado, recostado junto a la pizarra Villeda con el listado de canciones retocado cien veces. No puede creer lo que está a punto de salir por su boca:

—Tíos, si no seguimos todos, yo casi lo dejo también. Negociaré con mis viejos. Si renuncio a la banda y al curro en el Hard, me perdonarán las pintas. Vestiré algo más discreto al principio y, así, todo arreglado. Igual más adelante puedo reengancharme al rock con algún grupo más cañero.

—Pablo, ¿y tú? —recurre Sergio a él espantado sin soltar sus baquetas recién llegadas compradas por internet—. ¿No les vas a decir nada a estos dos?

Pablo, con su mundo en pedazos a sus pies, permanece callado. No es de los que montan escenas.

Se esfuerza por sintonizar una explicación:

—¿Qué quieres que les diga? Ya han tomado su decisión. Supongo que empezaré otra banda. Buscaré quien me siga, no sé. El mismo rollo. ¿Tú te quedarías de batería conmigo? —le pide a Sergio bien agarrado a su Gibson negra.

—No sé, tío. Tú ahora buscas algo más profesional. Te juegas el pan. Igual debería aparcas las baquetas un tiempo. En realidad soy bastante malo. Algún día me tendrías que echar.

—Eres ruidoso. Solo te falta practicar —Pablo no tiene muy claro qué hace convenciéndole. A veces no se entiende ni él.

—¿Si siempre me abroncas porque no hay manera de que acabe una canción al ritmo que la comienzo? Tienes demasiado nivel para cargar conmigo. Además —gesticula Sergio poniéndose bien las gafas—, ha quedado demostrado que el grupo no es la clave para ligar. Para eso es mejor la red —concluye orgulloso.

—El otro día leí en una entrevista en *Efe Eme* que la mayoría de artistas del rock no follan tanto como parece —añade Raúl.

Pablo asiste pasmado a la frivolidad con que sus colegas afrontan el momento, *clowns* en una obra que no comprende.

—Joder, cómo estarán mis viejos —le entra el pánico de repente a Raúl—. Voy a llamar a casa —desaloja el local conectando su teléfono.

Sergio y Dani salen tras él sin reparar en que Pablo se queda atrás, todavía sentado, con su eléctrica al brazo. Testigo del fin de la andadura de Ráfagas, Pablo afina las cuerdas tratando de recuperarse de semejante encontronazo contra esta calle cortada, punto y final inesperado de diez meses de compañerismo rock.



En el local de ensayo contiguo

Pablo ni siquiera intuye que tras los tabiques insonorizados, a pocos pasos de su tragedia, tiene lugar un episodio muy diferente.

Alexia y Yara están tiradas en el sofá del local de Long Train, frente a los micros, los amplificadores y la batería de la banda, formados como sobre un escenario. En el cubo de basura, los envoltorios de los kebabs y la ensalada que se han comprado para comer. Alexia habla sin pausas y a Yara le cae la baba paseando las yemas por su ombligo.

“Uno, dos...”, Yara trata de contabilizar para sus adentros los segundos que deja su chica entre frase y frase: “Uno, dos..., uno..., uno...”. Le parece muy graciosa la manera que tiene de saturar a quienes la escuchan cuando se emociona contando algo. Empieza temas que nunca acaba. Le recuerda al personaje de María Estévez en *Al otro lado de la cama*, con sus eternas

enumeraciones. Es fácil perder el hilo de esas argumentaciones que alarga tanto.

Alexia habla y piensa sin dejar silencios. No deja a Yara mediar palabra. Ella se hace con todas las intervenciones. Ha empezado hablando de su temor a la selectividad, pero en algún momento ha saltado a que aún no entiende que Doro se largue a Nueva York, y de ahí a los preparativos de su amiga para poder estudiar allí.

—Anoche me enseñó la información sobre los préstamos que hay para su universidad en Estados Unidos. Así podrá ayudarse a pagar los estudios. ¡Pero es un lío! Y no te digo lo de sacarse el visado...

“Uno...”.

Alexia sigue analizando las dificultades que implica la decisión de Doro. La reticencia inicial de su madre a que se fuera. Las largas negociaciones entre Doro y Lola. Cada una de sus gestiones para marcharse:

—Al final, su madre le paga el avión, el alojamiento le sale gratis a cambio de currar de *au-pair*, con los ahorros que su padre le dejó podrá apañarse para comer al principio y mientras buscará otros curros... Le ha costado mogollón montárselo todo, pero no ha habido manera de hacerla cambiar de opinión. Y ha tenido mucha suerte. July le ha ayudado. Vivirá con una pareja joven cerca de su universidad. Doro dice que es una zona llena de baretos, de salas de conciertos, de tiendas de ropa de segunda mano, de

tiendas de discos, de librerías...Vamos, que estará en su salsa...

“Uno...”

—Doro siempre ha sido una tía con las ideas muy claras, con iniciativa, con...

—Álex. Querés mucho a Doro..., ¿verdad? —decide cortarle Yara—. ¿Se pegaron las dos alguna vez un buen revolcón?

—Pero, ¿de qué vas? —se incorpora Alexia descolocada—. ¿Tú no puedes entender que dos tías sean solo amigas?

—Claro, no tiene nada que ver. Pero teniendo tanta confianza, igual, quién sabe...

Por primera vez en toda la tarde, Alexia cierra la boca. Hacía mucho que no pensaba en su infancia con Doro. Si remueve entre sus recuerdos del colegio sabe que puede desentrañar algunas experiencias en las que exploró su sexualidad con ella. Apenas eran unas niñas cuyos cuerpos empezaban a desarrollarse. A veces, cuando dormían juntas, se inventaban cuentos con la almohada, o alguna hacía el papel de chico...

—¿Y esas mejillas sonrosadas? —le sigue picando Yara—. Sí que compartieron juegos de alcoba, ¿eh? —le sonsaca—. No te avergoncés, Álex. Muchas lo hicimos —le provoca acariciándole el brazo con el exterior de su dedo índice.

—Sobre todo tú, no te jode.

—Che, que yo hasta llegué a salir con tíos... No nací sabiendo que me gustaban las pibas...

—Pues lo siento, no tengo ese tipo de detalles para ti —Alexia vuelve a la pregunta inicial para evitar que Yara siga por ese derrotero. No soporta oírle hablar de sus anteriores relaciones. Y eso que todavía no conoce su faceta de ex amante de Frank.

Yara intenta reprimir una carcajada por lo que ha dicho Alexia. Justo detalles son lo que suelen sobrarle a su chica, que ha detectado su reacción:

—Qué zorra eres, ya te estás metiendo conmigo.

—No te enojés, Álex. Venga, dejame que yo te de todos los detalles...

Yara se desliza sobre Alexia lentamente, iniciando media hora de placer. Con los instrumentos observándolas, Alexia se desabrocha el vaquero.

Al otro lado del aislamiento, Pablo sigue con su rock:



*Porque terminó
Como todas las cosas que son bonitas,
Recordaré siempre tu canción,
La mejor versión.
No olvidaré, no olvidaré...
La calle en que te vi, la primera vez,
La tarde en que tú y yo nos conocimos,*

*El sabor del vino,
Y un adiós tan frío...
No no no no no.
Nunca serás tú, nunca serás tú...*

13 de junio. La montaña rusa en la que vive Frank vuelve a coger velocidad

A pesar de tanto indicio prometedor, a Frank se le va desgastando la moral con cada golpe de timón, cansado de tener que ser él quien toma cada decisión. Todavía al principio del camino, nota a la banda quemada, que kilómetro a kilómetro pierden la ilusión por Long Train. Tiene la impresión de que hasta la incondicional Yara va a la suya. Le trastorna que pueda darle la espalda ella también.

“Ya les vale, joder”. El rencor ha acompañado a Frank esta mañana de camino a la radio local a la que a nadie le venía bien ir con él. Durante la entrevista se ha sentido incómodo. No ha tenido el día. En su afán por saborear algo de fama, la presión desde tantos flancos le ha llevado a desafinar a la acústica su “COU del 94”.

Anteanoche, el ambiente no fue mejor. El mal rollo con el segundo guitarra estalló tras un concierto fuera de casa. El aforo se limitó a la gente tras la barra y su compañero de cuerdas, antes de desaparecer sin ayudar a desmontar, le echó en cara las promesas incumplidas, un alquiler de salas mal planteado, una taquilla que no llega ni para cubrir la gasolina. Yara tuvo que separarles antes de que los empujones pasaran a mayores.

Después de dos salidas de promoción sin despertar la menor expectación, cuestionado, enfermo

de fracaso, Frank adolece no dar con el rock en las calles. Tanto esfuerzo para no llenar ni dos filas de cabezas en los conciertos que han montado. Confía en la cita de Riazor como revulsivo, pero también teme que, si sigue la desbandada, pueda ser el gran final.

Sentado sobre la tapa del váter del garito de turno, con cero ganas de fiesta, entretiene su confusión en las pintadas que emborronan los azulejos y la puerta. Con el rotulador negro del repertorio, deja escrito junto al papel higiénico: “Las cosas siempre acaban mal, cuando valen la pena...”.

17 de junio. Blues

En su diecinueve cumpleaños, Doro se despierta tarde. Antes que su equipo de música, hoy enciende el móvil. Tres mensajes de felicitación la espabilan de golpe. Uno de Ale. Uno de Pablo. Y uno de Frank. Con el primero sonrío. El segundo hace que le brillen los ojos. Tras el tercero se retuerce en la cama reprimiendo un chillido.

Entre las sábanas su teléfono vuelve a pitar. Cuando lo atrapa, en la pantalla, “1 mensaje nuevo”. Le da a abrir con cuidado, como pidiendo un deseo: “Frank”. Presiona con suavidad, tratando de alargar la emoción: “*T recojo en la piscina esta noche y reptimos nuestro primer día en el Hard?*”. Doro tiembla de pies a cabeza. Apenas puede sostener el móvil entre sus manos.

—¡Ya era hora! —se lanza su madre sobre ella—. Felicidades, lirón —le da su regalo.

—¡Gracias! —Doro arranca el papel a lo bruto—. ¡Un MP3 acuático! ¡Qué pasada! —besa con ímpetu a Lola hundiéndole la mejilla—. Ahora solo me falta la piscina en Nueva York —le agradece feliz. Una sombra aparece en sus ojos...

—¿Estás bien, nena?

—Claro...

—Echarás de menos a alguien, ¿no?

—A ti... —la estruja Doro.

—Serás falsa. Yo sí que te voy a echar de menos,

trasto.

—¡Voy a montarme una lista de reproducción acuática! —recupera Doro su biorritmo matinal camino de su ordenador. Aplaza el momento de enfrentarse a la partida. Pero, sobre todo, necesita que su madre salga rápido de la habitación para poder contestar a Frank.

—Ya te busca alguien —va Lola a contestar al timbre después de darle un beso en el cogote—. ¡Es Pablo! ¡Está subiendo! —le avisa desde la otra punta de la casa.

Doro salta de la silla buscando el espejo y se repasa de arriba abajo. No puede evitar querer estar atractiva para Pablo. Dos chicas en una, una está loca por Pablo y la otra por Frank. Sin poder reconocerlo, está colgada por los dos hasta las trancas, por cada uno de una manera, como si Pablo fuera parte de su realidad y Frank una fantasía. Incapaz de decidirse, en parte por eso ha optado por irse a Nueva York. No puede más. Necesita espacio. Y el panorama en casa, con la entrada de Luis en el hueco de su padre, ha terminado de desquiciarla, de vaciar de serenidad donde siempre la encontraba.

—¿Se puede? —pregunta Pablo desde la puerta.

Doro le mira con complicidad y un amago de sonrisa. Le ha dicho mil y una veces que no le pida permiso, nunca, para nada. De ahí su mueca frunciendo el ceño.

—Felicidades, bonita —desoyendo las reticencias

de su corazón remendado, Pablo la besa en la boca con dulzura, tal y como ha venido considerando todo el camino desde su casa—. Toma —le entrega un paquete que lleva a la espalda.

Doro le abraza con la mirada, sorprendida: — Gracias, tío.

Se acomoda en el centro de su cama y empieza a abrirlo. Pablo acerca la silla giratoria. Frente a ella, dando vueltas, atacado, le vienen a la memoria las horas que han pasado juntos entre estas paredes, aunque nunca entre las sábanas. Doro está preciosa: algo despeinada, descalza, con las piernas entrelazadas, como siempre se coloca.

—Para que no te olvides de mí —le susurra sentándose junto a ella y limpiándole con el dedo gordo una lágrima que le resbala.

Vuelven a mirarse como queriendo decirse lo que se han confesado otras veces, o lo que nunca se han reconocido, y empiezan a besarse como si les fuera la vida en ello. A su lado, el regalo, un diario en blanco que Pablo ha forrado en *collage*. Hojas de calendario señaladas cubren versos de sus canciones; entradas de conciertos y medios tickets de cine; fotos de móvil de las noches de juerga; en el centro, esa púa de Dublín como un corazón bajo el aeronfix... Restos de recuerdos inconclusos que un día creyeron eternos.

En una espiral de deseo, con Doro manoseando su bragueta, por un instante, Pablo echa a volar. Recorre con ella en su imaginación la órbita

americana, como en un film, con paso de viejo bluesman, maquetados los dos en portadas de viejos discos, en carteles de conciertos. Una carrera de éxitos, de glamour y gradas llenas. Una historia sin flashes, de sueños a un dólar. “¿Tendría sitio en Manhattan?”.

—¿Pablo, llevas...? —le corta Doro en seco levantándose a echar el cerrojo de la puerta. Lo demás ya no importa. Solo sabe que quiere hacer el amor con Pablo. Aquí y ahora. Quizás por última vez.

—La verdad, un martes por la mañana, con tu madre en casa... No venía preparado.

—Espera, le pilló uno a ella. Ahí quieto, no te muevas... —le guiña un ojo saliendo corriendo.

Sobre la mesa del cuarto de Doro, su móvil con el mensaje de Frank esperando contestación.



Un polvo después

—¡Doro! —trata de abrir la puerta del cuarto su madre.

Pablo se cae de la cama del sobresalto y a trompicones se apresura a vestirse.

—Que está cerrado —le tranquiliza Doro sin parar de reír—. ¡Espera mamá! ¡Ahora salgo! —grita.

Escuchar fuera a Lola acalora aún más a Pablo.

Mientras se calza los vaqueros atolondradamente, vuelve a tropezar y cae de bruces.

—Nunca te había visto sonrojarte, cantante —se pone la camiseta Doro.

Lola, discreta, se aleja de la puerta y no insiste.

—Tranqui, que mi madre es muy enrollada.

—Sí, tía, ya lo sé, pero aún así... Desaparezco. Lo prefiero. ¿Seguimos celebrándolo esta tarde con los demás?

Doro recuerda en ese momento el mensaje de Frank. Mira el móvil sobre la mesa. Ahora la que se pone roja es ella.

—¿Qué te pasa?

Doro no quiere mentir a Pablo, pero no sabe explicarle la situación. Con voz insegura:

—Deja que vea si mi madre me ata a la cama y te digo si salgo.

—Vale. Chao, bonita —enaja Pablo. Dulce pero atormentado, le suelta un beso expreso y se marcha sigiloso a toda prisa para no cruzarse con Lola. La pasión va quedando atrás.

Sentada en el borde de la cama, Doro lee una y otra vez el texto de Frank. Parece que hayan pasado años desde que lo recibió hace apenas una hora. Se siente tan cerca de Pablo ahora mismo que le reconcome engañarle. Pero no puede rechazar a Frank. “¡Es Frank! ¿Y qué pasa con Pablo? Ha sido tan especial... Es tan... Y está tan... Pero, joder, Frank...”.

Replegada de nuevo en medio de su colchón, se tapa la cara con las manos tratando de esclarecer una salida. Se siente lo peor, no se entiende, pero tiene clarísimo con quien quiere salir esta noche.

—Hija, ¿qué te pasa? —le pregunta inquieta Lola apartándole las manos—. ¿Estás bien?

—No, mamá, pero no es culpa de Pablo, ¿eh? Ha estado de vicio. Perdona, ha salido así, sin planificar. Por cierto, te he abierto la caja sabor cereza.

—De vicio... Sabor cereza... —se hace un silencio entre las dos—. La madre que te parió, que soy yo.

Se ríen como hacía tiempo.

—¿Qué te preocupa entonces, Doro? —vuelve al tema Lola.

—Joder, es que, no lo entiendo... Tengo a dos tíos increíbles estirándome cada uno de un brazo... Y no veas cómo duele...

—¿Pablo y...?

—No le conoces. Es un poco mayor. Tiene veintiséis —entorna los ojos mordiéndose el labio con gesto de haberla cagado—. El hermano de Ale.

—¿El cantante ese que te gusta tanto? Joder con la mosquita muerta. Festival.

La expresión de perdida de Doro lo dice todo.

—Suerte, pendón —la deja a solas.

Tal como Lola sale del cuarto, Doro empieza a escribir un mensaje: “A las 9 en la puerta d la piscina”. Escueto. No se siente inspirada para mandarle nada

ingenioso a Frank.

—Ahora Pablo... —conjura en voz baja como concentrándose antes de realizar algo muy difícil. Marca rellamada sin saber aún qué le va a decir...



Pasados cinco minutos de las nueve de la noche, arranca la segunda parte del día

Mientras nadaba, Doro le ha dado mil vueltas a si ha elegido bien saliendo con Frank. Todavía le retumba en los oídos el silencio de Pablo al otro lado del teléfono:

—Frank ha vuelto un día antes de la promo del disco para celebrar conmigo... ¿Lo entiendes? ¿Seguimos nosotros el viernes después de la fiesta del instituto?

—Supongo —han sido las palabras de Pablo antes de colgar tras esos segundos de traición sin ecos, con una voz quebrada que Doro tampoco puede quitarse de la cabeza.

Pablo en realidad no entiende nada. Está totalmente destrozado. Fuera de juego, de nuevo. Hoy ha vuelto a llorar hasta perder toda la fuerza y con ella la pena. Le ha escrito un mensaje a Doro que ha eliminado antes de enviar: “No me busques más”.

Al ver a Frank en la calle, apoyado en un coche

frente a la puerta de la piscina, a Doro se le borran todos los sentimientos encontrados que le abrumaban. El mundo desaparece y solo quedan ella y Frank, cara a cara. “Joder, qué bueno está. Parece una estrella más que nunca”, se descontrola Doro, que lo imagina en la portada del *Rolling Stone*, “con esa camisa arremangada tan rock, como aquel sábado noche de tormenta”.

—Hoy tienes un brillo diferente en los ojos, guapa.

—He tenido un día increíble...

—¿Me cuentas...?

—Luego. Ahora vamos a empezar la noche —le invita Doro cogiéndole de la mano para que eche a andar hacia el Hard Time, aunque enseguida se la suelta, como si le quemara.

Doro trata a Frank con total confianza, pero con sumo cuidado. Su relación, directa y espontánea, está rodeada por fuertes reglas invisibles. Unas fronteras que se ha marcado para no quedarse colgada de él, para que no le haga daño. Le asusta convertirse en una más de sus compañeras de viaje y de cama. No quiere que Frank tenga que ponerle excusas por no llamar. Que desaparezca sin dejar rastro. Cuando sus caminos se cruzan, son inseparables, pero si le pierde la pista, no espera explicaciones. Se queda con ser simplemente su amiga, aunque a menudo lo olvida.

Con Pablo es diferente. Siempre ha estado ahí para ella. Jamás ha tenido que esforzarse por ser quien

no es con él. Se divierten juntos y se entienden. Se han ido acercando cada vez más hasta que no ha podido evitar que se convierta en su verdadera estrella. Aún más, en su chico. Y podría serlo sin fecha de caducidad si no sintiera algo tan desmedido por Frank. Aunque se niega a que pase algo entre ellos, no consigue dejarle fuera. Las fases autodestructivas del Frank más negativo, con sus cambios de ánimo, la intoxican. Sus mensajes en esos días le inyectan una nostalgia de la que no sabe zafarse. Pablo no se lo merece. Frank es la espada y Pablo la pared. Le cuesta asumirlo, pero necesita pasar página, buscar otra salida. No es capaz de deshojar si quiere ser mujer de un solo hombre o vivir arriesgadas aventuras. Nueva York le brinda su oportunidad. Alberga la esperanza de que su frenesí y la distancia le ayuden a recobrar la cabeza, a terminar de descubrir su verdadera identidad.

Pero sentada con Frank a una mesa del Hard Time a la que nadie osa acercarse a molestar, todas sus dudas se esfuman. Se divierten, se cuentan, se acompañan, y el resto no existe. Ni siquiera han visto que en otro apartado del local están Yara y Ale, igual que ellos, en su nube. La compenetración entre cada una de las parejas salta a la vista.



—Esta vez sí te acompaño a casa...

—Si te empeñas —coquetea Doro saltando del escalón de la puerta hacia la calle—. Tal vez sea mi último día en el Hard por mucho tiempo —se gira a mirar el luminoso—. Ni en Nueva York encontraré un rincón como este —se coge de la cintura de Frank.

—Lo de las Américas... ¿no tiene marcha atrás? —arriesga él empezando a caminar.

Doro no quiere tocar ese tema. Sabe que podría arrepentirse.

—Mira... —señala con el dedo—, el camión de la basura. ¿Te gustaría ese curro? Yo lo pienso muchas veces. Si no fuera por el pestazo... Recorrer las calles de noche, sin grandes preocupaciones... Explorar las tripas de la ciudad... ¿Te imaginas conocer ese rostro de Nueva York?

A Frank le sube un escalofrío. A menudo Doro parece leer en su mente. Son tan iguales, y al tiempo, tan diferentes... Verse con los ojos de Doro, filtrar sus defectos con su espontaneidad, le hace sentir mejor persona. La coge por el hombro, como tratando de que no escape. Sigue sin poder distinguir del todo lo que siente por ella, pero no la quiere perder. A Doro le habla de sus debilidades y temores, de sus aspiraciones y decepciones; de cosas que nunca había compartido con otras personas. Con ella baja la guardia, se quita la coraza. Eso le atrae y le descoloca.

No se sueltan hasta llegar a casa de Doro. Frank piensa en despedirse dentro del portal, pero se frena. Es como si conociera las reglas no escritas de Doro,

como si supiera que no debe cruzar la línea... que lo echaría todo a perder... Se da miedo. Desea que le dé pie, pero espera que no lo haga...

Doro se siente igual. Quiere correr escaleras arriba, huir de la tentación, pero también se muere por quedarse, por estirar la noche al máximo, por arrastrar a Frank dentro, contra los buzones, y dar rienda suelta a toda su pasión en el hueco de la escalera.

Como luchando contra un campo de atracción, comienzan a despedirse.

—Bueno... —se acerca Doro muy lentamente hacia Frank decidiendo todavía si besarle en la mejilla o en la boca, suplicando que sea él quien le retenga la cabeza con sus dos manos frente a sus labios.

Frank también duda. Echa mano de todo el autocontrol del que dispone para no sucumbir a sus instintos más básicos.

A escasos milímetros de encontrarse, sus rostros maniobran para decirse adiós con un tierno pero casto beso en la mejilla, no a tiempo de evitar que las comisuras de sus labios se toquen y hagan saltar chispas.

—Nos vemos... —cierra Frank.

Doro escapa metiéndose rápidamente en el portal, decepcionada. Desde dentro, antes de desaparecer por el rellano, se gira con una mueca de tristeza. Frank también la mira un segundo, le sonrío sin convicción y sin hacer caso a todas las alertas que se han disparado en su organismo, comienza a alejarse.

Apenas ha dado unos pasos cuando le gritan por detrás:

—¡Frank!

—Hey, tío, ¿de dónde sales? —saluda a Pablo sobresaltado, como si le hubiera pillado haciendo algo malo.

Pablo, que les ha seguido desde el Hard Time, desquiciado tras la imagen de Frank y Doro caminando agarrados por las aceras, le alcanza y, sin mediar palabra, hace añicos su admiración por él de un derechazo. La olla a presión que ha estado silbando en su cabeza todos estos meses impulsa su puño como en una escena de *Dragon Ball*. De igual a igual. En el mismo estado de nervios, Frank se lo devuelve, ciervos salvajes chocando cornamenta con cornamenta.

Despejados por el rápido intercambio de golpes, para evitar más embestidas, Pablo y Frank se abrazan fuerte unos segundos como boxeadores, esperando que un árbitro ausente pare el combate. No necesitan repetirlo dos veces. Se separan y empiezan a andar uno al lado del otro, sin poder calmarse, echándoles un pulso a sus demonios dos manzanas.

Sin sangre aparente pero con el alma bien jodida, se detienen ante el escaparate iluminado de una tienda de instrumentos. A Pablo el corazón aún le retumba bruscamente en los oídos. Quiere entender a Doro. Él también admira a Frank y le gusta pasar tiempo con él. No se atreve a preguntarle qué siente por ella. A reconocer lo que Frank significa para Doro.

Frank se recrimina su espantada frente al portal, convencido de que ha dejado escapar su gran oportunidad. Trata de asimilar cierta envidia por Pablo, de asumir que no debería haberse metido entre él y Doro.

Las opiniones que se les escapan sobre las guitarras expuestas recargan de normalidad la situación. Prendados por una vieja Gresch en venta, Pablo y Frank empiezan a conversar dejando a un lado su rivalidad:

—¿Sabes que hemos disuelto Ráfagas? —le cuenta Pablo frente al cristal.

18 de junio

“Hola Doro,

Ha caído la noche y dentro de unas horas nos volveremos a encontrar. Rodeados por los demás, nos dejaremos llevar, no miraremos atrás. Ya no voy a darle más vueltas a las escapadas de tu corazón liado; a todo lo que no he entendido mientras aceptaba solo partes.

Ya tengo planes para las noches en que estarás tan lejos de aquí... Joder... He conseguido un billete para Long Train. Con lo que te metías conmigo cuando no podía quedar por tener conservatorio.

Los dos vamos a dar nuevos sentidos a nuestras horas. Tal vez algún día nos crucemos. Ya no seremos los mismos, pero igual cuando hayamos vivido, queramos recuperar lo que tuvimos. Si aún queda algo...

Chao, Doro. R&R”

Pablo guarda el *e-mail* como borrador, sin enviar, apaga el ordenador y se lanza sobre la cama junto a su móvil, cargado una vez más de llamadas perdidas de Doro. El cuerpo le pide coger la guitarra, dar forma de canción a lo que acaba de vomitar sobre el teclado, pero es tarde para ponerse a tocar pared con pared con la habitación de sus padres.

—¿Qué pasa tío? —le saca de su concentración Rut “la heavy” desde la puerta.

—¿Qué haces tú aquí? —se descoloca Pablo con su música en la cabeza.

—¿No te alegras de ver a tu heavy favorita? ¿Tan mal te traté? —le entra Rut toda de negro, con una camiseta de Nightwish de tirantes que deja al descubierto su ombligo, la minifalda muy baja sujeta por un cinturón de tachuelas y sus botas militares cubiertas con calentadores.

—¿Has venido a ver a Dani? —no tiene ganas de juegos Pablo, ya inmune a sus encantos.

Rut y Dani van a la misma clase. No pueden evitar gustarse. Pero escaldados por el culebrón que vivieron con Pablo el curso pasado, se esfuerzan por mantenerse distantes.

—Sí. Quería desearle suerte al cojo para el concierto de mañana. Vuestro gran día. ¿Cómo estás tú? ¿Qué te pasa?

—¿Por qué lo dices?

—No sé... pareces... —empieza a decir Rut entrando en el cuarto y cerrando la puerta tras ella.

—¿Parezco qué? —le reta Pablo sentado en el borde de su cama vestido solo con sus bóxers negros elásticos.

—¿Distinto...? —afirma y pregunta Rut entre adivinando y sonsacando a Pablo, que aguanta sin soltar prenda, como invitándola a seguir probando—. Herido... pero recuperado —continúa Rut sentándose a su lado y rastreándolo con la mirada por encima de esa raya negra que siempre lleva tan marcada—.

Endurecido, como una cicatriz...

Entre Pablo y Rut se reactiva ese tipo de amistad con escenas de sexo en su camino:

—Tío, ya sé: eres el cisne negro, el más interesante de la bandada, que parecía estar fuera de sitio, pero que ha completado su metamorfosis y nada decidido contra la corriente. Sí, el patito feo que descubre que lo que pasa es que es diferente, y va a por todas.

A Pablo se le encienden los ojos con las palabras de Rut, pero se mantiene frío. No le contesta. Acerca su rostro al suyo, sin dejar de sonreírle, le da uno de esos besos que significan tantas cosas y vuelve a separarse, dejando que prosiga con sus cábalas.

—¿Qué has hecho con Pablo? —bromea la *femme fatale* hecha un flan.

—Ya solo vas a encontrarlo en las canciones de Ráfagas —contesta crítico—. Ahí se queda. Mañana, punto y aparte.



Bien entrada la noche

Doro da vueltas en su cama. Izquierda. Derecha. Izquierda. Almohada en paralelo, almohada en diagonal. Boca arriba. Boca abajo. Otra vez de lado. Aprieta los ojos y practica cada truco que ha oído para relajarse y dormirse de una vez. El auricular de su MP3

cambia de oído con cada giro.

Pablo tampoco duerme aún. Oye a 091 con los cascos puestos en el sillón del salón. Con los párpados bien cerrados, deja que las canciones llenen su cabeza:



*Había un mapa imaginario, un libro sin final
El camino estaba ya trazado
Y algo nos impedía andar.
No puedo recordar jamás cómo acaban los sueños,
Después de despertar se desvanecen y los pierdo...*

19 de junio. Un último día



*Tú tienes algo, yo quiero probar,
Tú pon un precio, que pueda pagar...
Y algo que me ponga enfermo.
Algo que me pueda perder.
Algo que nos vuelva locos.
Algo que cure la sed.
Algo rápido y sucio... sucio.*



La música retumba por toda la casa. Lola abre los ojos alarmada. No se acostumbra a estos amaneceres enérgicos de Doro. Un día más se ha puesto el CD inglés de Long Train.



*que no sea a plazos,
que no haya contratos...*



Lola se cubre la cabeza con la almohada mientras las guitarras alcanzan su punto más álgido. Doro se ducha al ritmo de la música y canta a grito

pelado tratando de expulsar su confusión: “¡¡¡Dame algo rápido y sucio, dame algo, rápido y sucio, dámelo ya, dámelo ya...!!!”.

Por toda la ciudad, un viernes muy caluroso, casi asfixiante, con algo que lo hace diferente, como un día laboral pero a la vez festivo, de celebración y de duelo. Los estudiantes se preparan para el cierre de curso.

Doro apaga su equipo Hi-Fi:

—¡Me largo! —deja vacía la casa.

—¡Pásalo bien! No me hace ni puto caso —se dice a sí misma Lola—. Cada vez son más caros los besos.



Con escasos minutos de retraso sobre lo anunciado, se oyen los primeros gritos y aplausos

Justo debajo del escenario, Doro, centrada en lo que ocurre sobre las tablas, vive a una con Pablo esta ocasión tan especial para él. Ráfagas apuntaba como el grupo más en forma, pero al final, por sorteo, les han colocado los primeros en actuar, bajo el fuerte sol de las 12 de la mañana.

Dani, sentado en un taburete bajo que han cogido del local de Long Train, apoya su Telecaster en

la pierna escayolada, estirada, con la que casi hace caer a Pablo. A su lado, Raúl gesticula por problemas con el amplificador del bajo y Sergio, tras la batería, no tarda en quitarse su camiseta de Obituary vestida mil veces que una vez fue negra.

Este circo improvisado provoca algunas risas en el público, sobre todo entre los que, al fondo, sentados contra el muro de ladrillo rojo, ya han empezado el botellón con provisiones del súper del chafflán. Pero cuando Pablo, de espaldas, empieza a hacer sonar su acústica, el ambiente se transforma y se hace el silencio. Las ganas de verle se acumulaban. Le aclaman. Impregna el aire la idea del mito, de presenciar un estreno único. El primer bolo de Pablo.

Cuando se gira hacia el micro, todo de negro y con sombrero, Doro cree reconocer la escena, con él frente al ordenador, viendo a Jack White interpretar “Effect and cause” a plena luz del día. Pero esta canción no la conoce... Pablo la ha compuesto durante las últimas semanas y no ha llegado a pasársela:



*Cómo puedo explicarte que no sé bien quien soy
Tan solo escucho alguna voz interior
y luego me voy cayendo a tus pies.
He salido a buscarte y solo puedo encontrar
un carnaval andando por la ciudad*

De gente sin alma, y caigo a tus pies...

En ese punto entra el resto de la banda. Dani, con el pie de micro ajustado a su altura, dobla en un tono de corte dulce la voz de su hermano, que se desgarran en cada palabra. Pablo no aparta la mirada de Doro, que a duras penas puede soportar tanta sinceridad:



*Y si ya no hay solución
Para esta historia de amor
Que pongan barrotes en mi corazón
Perder la razón, cayendo a tus pies...*

—¡Pero qué puntazo de momento! —piensa Alexia en voz alta divertida junto a Doro.



10 canciones más tarde, el concierto de Ráfagas está terminando. Un año en una hora

—De puta madre, gracias. Hasta aquí ha llegado Ráfagas. Este es nuestro primer concierto, pero también el último —trata de no dramatizar Pablo.

Porque para él esto es solo el principio. Continuará con su guitarra, con los ensayos. Su nueva banda: Long Train. Frank le ofreció una plaza en cuanto le comentó la disolución de Ráfagas. A pesar de la tensión entre ellos hace dos noches, tras los puñetazos, Frank y Pablo conectaron más que nunca al cruzar sus decepciones. Acabaron en el local preparando juntos algo para hoy.

Antes de presentar el último tema, Pablo busca ansioso a Frank entre el público. Sin encontrarlo, no puede evitar detenerse en Doro, desconocedora de lo que se le viene encima. Resignado, hace el ademán de arrimarse al micro cuando ve entrar corriendo en el recinto a su nuevo socio:

—Bueno, aquí lo dejamos. Para cerrar, un aplauso a Frank *Long Train*, que nos acompañará en este último suspiro.

—Una pena que abandonéis el club... —sube Frank al escenario.

Como han planeado, sin dejar espacio a los aplausos, Frank mete la primera guitarra de “Bocadillos de fracaso” y Pablo puntea a su lado sobre el barullo que monta Sergio, rompiendo los platos al fondo:



*Corriendo tras de mí, la esquina del deseo
Me mira con desprecio y le digo que sí.*

*Ahora dime que esto no estaba bien,
que todo fue un error que no hay que volver...
un, dos, tres cierra los ojos, me enveneno con tu pelo.*

*Nos buscábamos cualquier sitio apartado,
un portal vacío, cualquier coche aparcado,
carita gitana, me mata con la mirada.*

*Bocadillos de fracaso se me escapan de las manos,
Yo me arrastro a recogerlos...*

*Sabes bien que estoy borracho cuando digo
que te quiero.*

*Hay una fiesta en el lavabo.
que se pare el mundo entero... El mundo entero.*

Este chute de adrenalina que ha despertado cada mañana a Doro, le abre esta vez los ojos a los ecos del adiós, que rebotan por los muros como un bumerán impredecible.



Con el guitarrazo final todavía vibrando en el ambiente, los extintos Ráfagas recogen pedaleras e instrumentos para dejar paso al hip hop.

Pablo baja de la tarima con la mirada puesta en Doro, que le espera emocionada entre el bullicio. Perdonándole la herida, le pone su muñequera de cuero. No necesitan *backstage*. Viven el momento

rodeados de su gente.

Una vez más, Frank se siente espectador. Desciende las escaleras como un rayo y se acerca al grupo para despedirse:

—Tengo que volver al curro pitando. Mi jefe me está puteando. Nos vemos antes de que te vayas, ¿eh? — le susurra a Doro con un contundente beso en la mejilla, apartándole el pelo de los ojos con una mano y posando la otra en su cadera.

Sujetándose a su cintura con las dos manos, Doro le retiene con nostalgia tratando de alargar el momento, sin articular palabra. Su gesto refleja que ya ha tomado una decisión.

20 de junio. Ruido

Al día siguiente, pasado el mediodía, en una atmósfera de alto el fuego en la que se palpa la tensión entre Frank y el segundo guitarra, la máquina rock de Long Train está montando un tema sin terminar que no aparece en el disco.

Frank se adelanta hacia el micro con un ademán en su cara, como si fuera su canción más especial:



*Entra el sol en tu casa y te quieres colgar,
Otro día de cazar tormentas,
Nada en la cabeza, nada mejor,
Que escuchar el canto de las sirenas...*

Pablo, sin haber dormido apenas, al abrir la puerta del local de ensayo de Long Train, escucha un pasaje que no conoce:



...frío y calor en el alma, y ruido en el corazón...

Al verle, Frank detiene el ensayo:

—Hey, tío, pasa. Aquí tenemos a nuestro segundo fichaje —presenta a Pablo.

Alexia, cogida a un micro entre Frank y Yara, le

saluda con expresión agridulce.

—Siento cortaros —se disculpa Pablo, que sostiene como puede unas latas frías de cerveza de la máquina del pasillo mientras aparta unos trastos del sofá—. Venía a concretar lo de septiembre.

La oferta de Frank la madrugada del cumpleaños de Doro para que sustituya a su segundo guitarra fue en firme, pero Pablo necesita oír el sí del resto del grupo.

—Una banda de moda le ha tirado los trastos y se larga con ellos —le contó aquella noche Frank dolido—. Estaría de puta madre que entraras tú, tío... En cuanto acabemos los bolos de verano...

El líder de Long Train confía en Pablo. Con el mismo espíritu Stone, este año se han marcado sus buenas sesiones de rock and roll sobre esta alfombra. Veladas de improvisaciones, diálogos de guitarras, bailes del pato...

—Tendrás campo libre para tus temas, tío —le repite Frank su oferta ante los demás—. Compones de puta madre —quiere destacar el talento de Pablo—. Y, si quieres, puedes cantar algo, si todos están de acuerdo.

En la expresión de Ale, Yara y el bajista, Pablo solo encuentra aprobación. Frank se sienta junto a él en el sofá y abre una lata:

—Tú te puedes encargar de las versiones en inglés... —se ríe—. Ya sé que cada versión tiene su

escenario, su momento, pero molaría tocar la de Violent Femmes que hacías con Ráfagas... La bordas, tío... Te has tirado tus buenas horas estudiando sus videos en *Youtube*, ¿eh?

Pablo, como parado en un cruce de emociones, se siente alagado, pero no llega a contestar...

Frank escanea su alrededor buscando la forma de plantear otro tema. Pablo también le da vueltas a cómo comentar algo. Se le ve tristón, a pesar de la buena noticia que le acaban de confirmar. Un sueño hecho realidad: guitarra y voz de Long Train.

—¿Sabes...? —empiezan a decir finalmente los dos a la vez.

—Di tú —le da paso Pablo, como quitándole importancia.

—No, nada, si sabes cuándo se va Doro. No la localizo —se decide Frank.

—Creía que de ti sí se habría despedido...

Sin pretenderlo, Pablo se siente algo mejor. Le abandona cierta sensación de segundón.

—¿Se ha ido? —exhala Frank conmocionado, como si su mundo se acabara de poner bocabajo. Su pregunta suena entre exclamación y lamento. Se restriega las manos por la cara como despejándose de un profundo sueño. Descompuesto, mira fijamente al infinito. “Ni que fuera novato en esto, joder. En el instituto. Lo decía con su silencio, estaba en su mirada, y no la entendí”, retumba en su cabeza su maldición de sentir siempre a destiempo.

—Me ha mandado un mensaje de camino al aeropuerto —le cuesta decirlo a Pablo—. Ha volado esta mañana.



Cinco horas antes, a media mañana de este sábado

Doro se sienta en la puerta de embarque. Deja su bolsa de mano a un lado y busca su avión en la pista por el mirador. Su madre no ha podido resistirse a unas lágrimas, pero ella tampoco. En unos minutos parte hacia Nueva York. Empezará a trabajar el mismo lunes, con las tardes libres para seguir perfeccionando su inglés y preparar las pruebas de acceso a la *New York University*. Vivirá cerca de donde estudiará, en la zona de Washington Square... “¡la plaza donde Bob Dylan empezó a tocar!” le animan sus expectativas.

Justo antes de cruzar el control de seguridad, Doro le ha dado las gracias a su madre por su apoyo:

—No te defraudaré.

—Serás una magnífica enfermera —le ha sonreído ella con esfuerzo tratando de dejar de llorar y de robarle una última sonrisa a su hija—: ¿Cómo te llamarán allí? ¿Dogo? ¿Dologues? ¿Maguia Dologues?

No ha querido volver a insistirle en lo mucho que la echará de menos, en tantas cosas sobre las que durante el último mes madre e hija han charlado, han

discutido, han llorado... La certeza de que el padre habría apoyado a Doro en su determinación es lo que más ha influido en la decisión final. Sin decírselo, diminutas en el amplio hall del aeropuerto, entre filas de desconocidos, han comprendido que sus caminos se separan aquí.

—Tú ahora a saborear tu segunda juventud sin mí, mamá. No más lágrimas. Nos veremos siempre que podamos por Skype.

Todavía con los ojos llenos de tristeza, a Doro le vienen a la mente instantáneas de la larga noche anterior, de un último día cargado de no despedidas. Solo Alexia sabía que se iba hoy. “Joder, Ale. Cómo ha cambiado este curso. Frank y Yara la han convencido para unirse a la gira de verano como segunda voz de Long Train. Qué fuerte”. Ayer lo pasaron en grande en su última cena de pandilla. Hicieron el macarra hasta entrada la madrugada y, ya borrachas, en el baño del Hard Time, Doro le descifró su encrucijada entre Pablo y Frank.

Pablo y Doro no se han separado hasta que ha amanecido. No han hablado ni del pasado ni del futuro. Solo unas horas golfas de diversión. Sin conclusión. En el hueco de su escalera, frente al ascensor, Pablo le ha desabotonado la bata blanca de enfermera que habían empapado en cerveza sobre su cuerpo después del concierto y se lo han dado todo contra la pared. Doro no ha dormido nada. Al subir a casa, su madre ya le

esperaba para desayunar algo y salir hacia el aeropuerto.

Lleva puesta la cazadora vaquera con la que Frank la sorprendió el día de su cumpleaños. La que le compró en Camden Town. Su cumpleaños... Imposible un día más asombroso. Primero con Pablo y luego con Frank. Una mañana de infarto y una noche irrepetible. También uno de los días más difíciles de su vida: le falló a Pablo... Pero lo que sintió con Frank... Cambió algunos planes de los bolos de promoción para estar con ella. Una última noche de confidencias. Ya no han vuelto a estar juntos. Tan solo esa caricia fugaz que cruzaron bajo el escenario del instituto.

Doro no ha podido digerir ese “Bocadillos” inolvidable. A dos voces. Su gran disyuntiva, Pablo y Frank, frente a ella, al borde del escenario, haciendo lo que mejor se les da, rockanrolear. Supermacarras, con la acústica casi por las rodillas y el pitillo en la boca. Ha querido quedarse con ese recuerdo. Desde que pasó lo de su padre, a Doro le acompaña la sensación de que los mejores momentos pueden no repetirse. Los vive, los disfruta al máximo, pero luego, “a otra cosa mariposa”.

Mira la pantalla con la información de los vuelos. En apenas diez minutos todo será pasado. Repasa en su memoria cada situación en la que podría haber actuado diferente, las cosas que podrían haber salido de otra manera... “Como las bandas de rock”, se consuela, “los amores, incluso los mejores, también

tienen un final... o... no llegan a encontrar su oportunidad...”.

Ya no duda. Se siente bien siendo quien es en ese momento justo. Le queda mucho por vivir y va a su encuentro. Sube al avión con paso firme y un gesto de satisfacción. Se lleva el veneno del rock en sus ojos. Sabe que empieza otro capítulo de su historia.

Domingo 5 de julio. Cae la noche...

Long Train, en el papel de grupo revelación, abre en unas horas el festival de la playa de Riazor teloneando a The Right Ons y a Fito. Al fin una noche grande para la banda.

—Hey, tío, no sé a quién me recuerdas... —junto al enorme escenario, Frank habla por el móvil con Pablo—. Necesitamos un mánager que nos apriete las tuercas.

Alexia, sentada en la arena entre las piernas de Yara, le mira con curiosidad.

—Es Pablo. Que en su primer día de curro detrás de la barra del Hard ya le ha caído una oferta para que toquemos en un Colegio Mayor femenino.

—¡Me apunto! —reta Alexia morbosa a Yara.

—Te estás contagiando de la peor calaña, Álex...

Frank no acaba de acostumbrarse a ver a Yara con Ale. Ni a Ale con Yara. Ni se hace a la idea de que ya no puede compartir sus inseguridades con Doro. Salta de la euforia a la soledad en segundos.

Desde el paseo marítimo, los viandantes, atraídos por el ajeteo del montaje, otean desde las alturas. Las pruebas de sonido han comenzado con retraso y Long Train aún no ha podido probar. Los técnicos andan concentrados, a lo suyo, de un lado a otro, sin caer en que ellos están allí.

—Al menos enchufar y un par de temas —

reclama Frank a la organización con su Estrella Galicia helada en la mano.

Pero, de momento, nadie le confirma. Nadie sabe nada. Los planes cambian minuto a minuto. Que tal vez sí, que no. Andan nerviosos. Ya no están en el Hard Time. Estas columnas tiran mucha potencia. Nunca han actuado a tanto volumen. No se les queda grande, pero es nuevo para ellos.



Algo alejado de sus compañeros, Frank imagina que pudiera contárselo a Doro, enredados en el asiento de atrás de su coche. Sentado en una caja gigantesca de metal, comienza su particular crónica del momento en voz alta, imitando a Jimmy en *The Commitments*, cuando representa ante al espejo del baño que le hacen una importante entrevista sobre su banda:

—La arena está salpicada de peña que hace botellón en sus toallas...

Frente a él, la playa se transforma en el mejor escenario. El agua de espejos, en tonos azul y plata, refleja el atardecer como telón de fondo. Lejos quedan sus días de pipa en Madrid, cuando aparecía en grandes escenarios solo a cuidar de otros y hacía mutis rápido, de espaldas al público; cuando puso su guitarra al servicio de otras bandas como mercenario; cuando pocos creyeron en él y en sus canciones. Aquellas tardes en las calles.

—Se encienden los focos. Ya falta muy poco — prosigue Frank con su relato—. Debe haber ya más de tres mil personas... Un momento para no olvidar jamás... Quién sabe si se repetirá... —se queda en silencio mirando a través del Océano—. Joder, qué putada que no estés...

—¡Frank! —le grita Yara cogida de la cintura de Alexia, histérica—. Nos toca. Tenemos solo 45 minutos. Nos han recortado.

Frank aparece sobre las tablas. Su pose, su Stratocaster, marcadas a contraluz, de espaldas al público. Por su cabeza corre la voz de Pepe Risi: “Esta va a ser una larga noche de rock and roll... Un, dos, tres”.

Long Train arranca en seco. Suena a derrota...



*Entra el sol en tu casa y te quieres colgar,
Otro día de caza de tormentas.
Nada en la cabeza, nada mejor,
Que escuchar el canto de las sirenas.
Y María Dolores se largó, sin decir adiós,
Frío y calor en el alma y ruido en el corazón.
Me bebo la vida y me muero por tí,
Filosofía de la ciencia prohibida.
Y María Dolores se largó, sin decir adiós,
Frío y calor en el alma y ruido en el corazón,*

*Y María Dolores me atrapó, sin decir adiós,
Frío y calor en el alma... MDMA
Y ahora estás dando vueltas,
Sin saber bien lo que hay de verdad,
Dando vueltas...*

El tema “Ruido en el corazón” inspiró esta novela.

Esta canción de Nando López (Motel) pertenece a Daños Colaterales, una maqueta maldita de la que se perdieron todas las pistas. Nueve de sus temas inacabados se escuchan en esta novela cedidos por su autor.

Las demás canciones compuestas por Long Train y Ráfagas se han rescatado también de otras maquetas y discos del grupo de rock español Motel (www.motelrock.com).

La mayoría de estos temas no pasaron por estudio, como los de tantas otras bandas. Más allá de la ficción, muchas veces la realidad del rock se queda en un cajón silenciada por las trabas de la distribución.

Tras cuatro discos autoeditados y varias maquetas, en 2009 Motel publicó su primer disco oficial con una discográfica, Animales de Compañía, para volver a la autoedición en 2010 con Los Renglones Torcidos.

Referencias:

Las canciones de **Long Train** son:

- “Un pequeño hotel” –Motel– Maqueta *Círculo Vicioso* (2003).
- “Bocadillos de fracaso” –Motel– *Veneno Stereo* (2002). Veneno Records.
- “Sábado noche” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “El pantano” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “Discoteca” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “Solo (con mi cabeza)” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “COU del 94” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “Cuando estaba de más” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “Trece” –Motel– *Círculo Vicioso* (2003).
- “Cartas de Julia” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).
- “Rápido y sucio” –Motel– *Amigo Cuchillo* (2002).
- “Ruido en el corazón (MDMA)” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).

Las canciones de **Ráfagas** son:

- “Música popular” –Motel– Maqueta *Mudanzas-Parte I* (2005).
- “Todas las cosas que son bonitas” –Motel– Maqueta *Renglones torcidos* (2010).
- “Cayendo a tus pies” –Motel– Maqueta *Daños Colaterales* (2005).

Escúchalas en
www.ruidoenelcorazon.com

Las demás letras de canciones citadas en el libro son
fragmentos de:

-“Dolores se llamaba Lola” –Los Suaves– álbum *Ese día piensa en mí* (1988). Clave Records.

-“Luna I” –Perros de Paja– Maqueta no publicada (2000).

-“Maneras de vivir” –Leño– álbum *En directo* (1981). Zafiro.

-“Sábado noche” –Moris– álbum *Fiebre de vivir* (1979). Chapa-Zafiro.

-“Sentado en el barro” –Buenas Noches Rose– álbum *Buenas Noches Rose* (1995). Discos Madison.

-“La estación seca” –Buenas Noches Rose– álbum *La estación seca* (1999). Autoeditado.

-“Standby” –Extremoduro– álbum *Yo, minoría absoluta* (2002). Dro East West.

-“Una noche más” –Los Hermanos Dalton– álbum *Vitamina D* (1996). Dro East West.

-“El roce de tu cuerpo” –Platero y Tú– álbum *Muy deficiente* (1992). Dro.

-“Salitre” –Quique González– álbum *Salitre 48* (2001). Universal.

-“Alas” –Las Ruedas– álbum *Live Sala Ágapo Madrid* (1988). Rosmilar-d Records.

-“You gotta move” –versión de The Rolling Stones– álbum *Sticky Fingers* (1975). Rolling Stones Records.

-“You can’t always get what you want” –version de The Rolling Stones por Diamond Dogs– álbum *Honked* (1994).

-“Add it up” –Violent Femmes– álbum *Violent Femmes* (1982). Slash Records.

-“Días de feria” –Quique González– álbum *Salitre 48* (2001). Universal.

-“You know you’re right” –Nirvana– album *Nirvana* (2002). Geffen Records.

-“Cómo acaban los sueños” –091– álbum *Todo lo que vendrá después* (1995). Autoeditado.

Otras referencias:

-“Rosa's Motel”, página 3 –Las Ruedas– *Las Ruedas* (1986).

-“Lola”, página 4 –The Kinks– *Lola Versus Powerman and the Moneygoround, Part One* (1970).

-“Rápido y sucio”, página 33 –Motel– Tema de *Amigo Cuchillo* (2002); *Los Renglones Torcidos* (2010).

-“Una noche sin ti”, página 65 –Burning–, del álbum *Noches de Rock and Roll* (1984).

-“Quiero beber”, página 182 –Los Secretos– Tema “Quiero beber hasta perder el control” del álbum *El primer cruce* (1986).

-“Las cosas siempre acaban mal, cuando valen la pena”, página 200, estribillo de “La Nevera” –Motel– *El complicado sabor de la carne cruda* (2000).